

~~46~~ en este libro esta falta de pago ~~7/4~~

83-1

LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

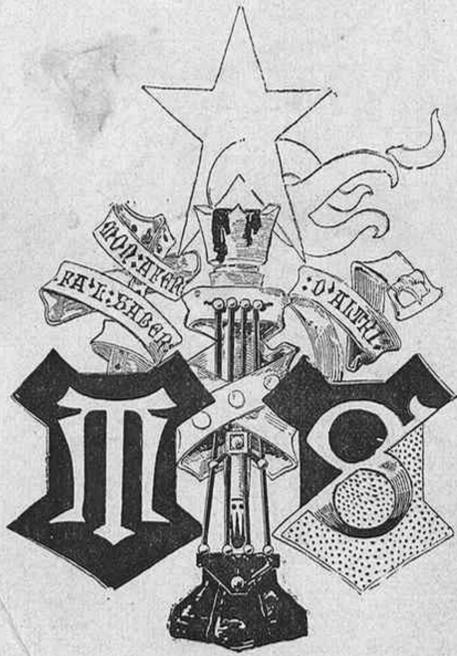
PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



Ref. G. 194.

TOMO XIII.—AÑO 1894

Reg. 1110
BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1894

REVISTA HISTÓRICA

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL Y DEL MUSEO NACIONAL

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL Y DEL MUSEO NACIONAL



BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL Y DEL MUSEO NACIONAL

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL Y DEL MUSEO NACIONAL

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL Y DEL MUSEO NACIONAL

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL Y DEL MUSEO NACIONAL

ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN EL TOMO XIII DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

- Cristóbal Colón, estatua de Justo de Gandarias, página 2.
Crónica de la campaña, por José Ibáñez Marín, 2.
Tipos madrileños. El hombre de administración, por Luis Taboada, 2.
¡A buen tiempo!., por Antonio de Valbuena, 4.
La acusación fiscal, por Alejandro Larrubiera, 6.
Nuestros grabados, 10.
Miscelánea, 10.
Hechizo peligroso, novela de Andrés Theuriat, traducida por Carlos Frontaura, ilustraciones de Emilio Bayard, 11.
Sección científica. Juan Tyndall. El ferrocarril intramural en la Exposición Universal de Chicago, 14.
Verdades y mentiras, por R. Balsa de la Vega, 18.
El secreto, por S. López Guijarro, 18.
Una colonia socialista en el Perú, por X., 20.
¡A buen tiempo!., (continuación), 22.
Miscelánea, 26.
Nuestros grabados, 26.
Hechizo peligroso (continuación), 27.
Sección científica. - Máquina de esculpir automática, por J. Lafargue. La industria de los lápices. Obreros baratos. Desección de un lago. Ancora flotante, 30.
Medalla conmemorativa de Alejandro Magariños Cervantes, 31.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 34.
Crónica de la campaña, por José Ibáñez Marín, 35.
¡A buen tiempo!., (conclusión), 36.
¡El primero!, por P. Gómez Candela, 38.
Nuestros grabados, 42.
Miscelánea, 42.
Hechizo peligroso (continuación), 43.
Bellas Artes, 46.
Crónica de arte, por R. Balsa de la Vega, 50.
Diálogos matritenses. El café del Sur, por A. Danvila Jaldero, 52.
Consecuencias de un experimento, por José Rodríguez Mourelo, 54.
El asilo Jorge Sand en París, por X., 55.
Nuestros grabados, 58.
Miscelánea, 58.
Hechizo peligroso (continuación), 59.
Sección científica. - El torpedo de Roberto Fulton, por J. A. Gouin. Eclósión artificial de balaos. Los estragos de las hormigas blancas, 62 y 63.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 66.
El general Ricardos Carrillo de Albornoz, por A., 66.
Micifuf y Zapirón, por A. Sánchez Pérez, 68.
El amor y las chochas (historia de un cazador sentimental), por Enrique Pérez Escrich, 68.
Antiguas explotaciones auríferas del Africa austral, por D. B., 70.
Nuestros grabados, 74.
Hechizo peligroso (continuación), 75.
Miscelánea, 78.
Verdades y mentiras, por R. Balsa de la Vega, 82.
Los desórdenes en Sicilia, por X., 82.
Pérez Galdós y «La de San Quintín», por A., 84.
Una más, por F. Moreno Godino, 84.
Nuestros grabados, 90.
Miscelánea, 90.
Hechizo peligroso (continuación), 91.
Ojeada sobre el arte musical francés, por Carlos Willeby, 94.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 98.
Lililo lugareño, por M. Ossorio y Bernard, 99.
Museo de Bellas Artes. Capítulo de un libro, por Juan O'Neill, 102.
Nuestros grabados, 106.
Miscelánea, 106.
Hechizo peligroso (continuación), 107.
El salón del ciclo, por A. Deschamps, 110.
Tombuctú, 110.
Noticias varias, 111.
Crónica de arte, por R. Balsa de la Vega, 114.
La confesión, por Juan Buscón, 114.
Salón París, undécima exposición extraordinaria, por A. García Llansó, 116.
Palomo, por Angel R. Chaves, 118.
Nuestros grabados, 122.
Hechizo peligroso (continuación), 123.
Sección científica. - Utilización de los tranvías en América, por E. Hospitalier. La locomotora eléctrica de J. J. Helmann. Proyecto de expedición antártica, por Carlos Rabot, 126.
D. Emilio Arrieta, 127.
Todo intacto, por A. Sánchez Pérez, 130.
Los tuaregs, por V., 130.
César (historia madrileña), por A. Larrubiera, 132.
Pruebas de amor (historia que parece cuento), por Vicente Moreno de la Tejera, 134.
La ópera moderna, 135.
Nuestros grabados, 138.
Miscelánea, 138.
Hechizo peligroso (continuación), 139.
Páginas de la autobiografía de Salvini, 142.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 146.
D. Francisco Asenjo Barbieri, por A., 146.
Diálogos matritenses. El parque de Madrid, por A. Danvila Jaldero, 148.
Quitáñez, por P. Gómez Candela, 148.
La distribución del frío en América, por X., 150.
Nuestros grabados, 151.
Miscelánea, 154.
Hechizo peligroso (continuación), 155.
Páginas de la autobiografía de Salvini (continuación), 158.
Verdades y mentiras, por R. Balsa de la Vega, 162.
El castigo, por S. López Guijarro, 163.
Música romántica y música simbolista, por F. Giner de los Ríos, 164.
El médico del alma, por M. Ossorio y Bernard, 166.
Nuestros grabados, 170.
Miscelánea, 170.
Hechizo peligroso (continuación), 171.
Páginas de la autobiografía de Salvini (conclusión), 174.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 178.
Los grandes artistas místicos españoles, por R. Balsa de la Vega, 179.
Período de apogeo de la música eclesiástica, por Felipe Pedrell, 183.
«Pater mi... transeat a me calix iste», por E. Almonacid, 186.
Nuestros grabados, 190.
La fotografía de los colores, por G. T., 192.
La obra divina, por S. López Guijarro, 194.
Jesús de Nazareth, por A., 194.
Corazón (cuento que parece fábula, por Alejandro Larrubiera, 194.
Diálogos matritenses. El expedienteo, por A. Danvila Jaldero, 198.
Modas culinarias, por Eduardo de Palacio, 199.
Nuestros grabados, 202.
Miscelánea, 202.
Hechizo peligroso (continuación), 203.
Los nuevos asociados de la Real Academia de Londres, 206.
Una anécdota de Van Dyck, 207.
Lord Rosebery, 208.
Murmuraciones europeas por E. Castelar, 210.
El cometa, por El Abate Pirracas, 212.
La pintura impresionista francesa, por F. Giner de los Ríos, 212.
Los nuevos asociados de la Real Academia de Londres (conclusión), 215.
Nuestros grabados, 218.
Hechizo peligroso (continuación), 219.
La arquitectura naval primitiva en la Europa septentrional, por Daniel Bellet, 222.
Los banqueros en la antigüedad, 223.
La electricidad en la Medicina. El oro del mar. Los cofres de Moctezuma. El primer billar, 224.
Verdades y mentiras, por R. Balsa de la Vega, 225.
La ópera de Puccini «Manon Lescaut», por X., 228.
Piso tercero por alquiler, por Juan Buscón, 228.
Metales de transición, por José Rodríguez Mourelo, 230.
Nuestros grabados, 230.
Hechizo peligroso (continuación), 235.
Sección científica. - El carruaje eléctrico de José Carlí. Aplicación de la antiseptia al empleo del método hipodérmico, por el doctor Z., 238.
Luis Kossuth, 240.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 242.
La lucha por la existencia, por el doctor K., 243.
Por acostarse temprano, por M. Ossorio y Bernard, 244.
La isla de Capri, por X., 246.
La hija de las hadas, por Manuel Amor Meilán, 246.
Nuestros grabados, 250.
Miscelánea, 250.
Hechizo peligroso (continuación), 251.
Cuentos de Grim, nueva edición monumental alemana, ilustrada por P. Grot Johann, 254.
Crónica de arte, por R. Balsa de la Vega, 258.
Congreso médico internacional de Roma, por X., 259.
Diálogos matritenses. El Gavilán, gran baile de máscaras de 1 a 6 de la madrugada, por A. Danvila Jaldero, 260.
Enseñanzas elocuentes, por A. Sánchez Pérez, 262.
En Assisi. El perdón, por A. Fernández Merino, 262.
Casablanca, por Z., 263.
Nuestros grabados, 263.
Miscelánea, 266.
Hechizo peligroso (continuación), 267.
Entierro de Kossuth en Budapest, 270.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 274.
La cinta de San Fernando, por Francisco Barado, 276.
Teodoro Mommsen, juriscónsul, filólogo e historiador, por Juan Fastenrath, 276.
El llanto, por P. Gómez Candela, 278.
¡Te acuerdas!, por Matías Padilla, 279.
Nuestros grabados, 282.
Miscelánea, 282.
Hechizo peligroso (conclusión), 283.
Juan M. Swan, 284.
Sección científica. - La medicina muscular. Modificaciones de la voz por medio de inhalaciones de vapores, por el Dr. Servet de Bonnières, 286.
La Exposición Internacional de Bellas Artes, por J. Yxart, 290.
Hilachas, por Ricardo Palma, 290.
De esta agua no beberé, por Emilio Blanchet, 291.
Verdades y mentiras, por R. Balsa de la Vega, 294.
Nuestros grabados, 298.
Miscelánea, 298.
¡Vencido!, novela por Juan de la Brette. Ilustraciones de Marchetti, 299.
Sección científica. - Auxilios a los que se ahogan o se asfixian. El daltonismo. Un faro admirable, 302.
La exposición de Lyon, 304.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 305.
Estatuas en honor de los hombres ilustres, por Pedro de Madrazo, 306.
Don Apolinar, por Carlos Frontaura, 308.
La Exposición internacional de Bellas Artes, por J. Yxart, 310.
Juicio por jurados, por Eduardo de Palacio, 311.
Nuestros grabados, 314.
Miscelánea, 314.
¡Vencido! (continuación), 315.
Sección científica. - Aparato astronómico inventado por D. Enrique Santaolaria. Coche eléctrico, 318.
Crónica de arte, por R. Balsa de la Vega, 322.
El centenario de Federico Diez, padre de la filología romance, por Juan Fastenrath, 323.
El centenario de Puerto Rico, por Manuel Fernández Juncos, 324.
La Exposición internacional de Bellas Artes, por J. Yxart, 326.
Nuestros grabados, 330.
Miscelánea, 330.
¡Vencido! (continuación), 331.
La exposición de Milán, 334.
El perfume de las flores, por el Dr. A. Cartaz, 335.
El doctor Cajal, 336.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 338.
Injusticias terrenales, por M. Ossorio y Bernard, 340.
Don Poli, retrato al temple, por Alejandro Larrubiera, 340.
Aclaraciones, por Eduardo de Palacio, 343.
Nuestros grabados, 346.
Miscelánea, 346.
¡Vencido! (continuación), 347.
Sección científica. - Lo que puede hacerse con un bastón, por Gastón Tissandier. El tiburón, 350.
Verdades y mentiras, por R. Balsa de la Vega, 354.
El despertador, por P. Gómez Candela, 356.
La ópera en España, por José M. Sbarbi, 356.
Nuestros grabados, 359.
Miscelánea, 362.
¡Vencido! (continuación), 363.
Sección científica. - Los tiempos de reacción, por el Dr. Servet de Bonnières. Exposición eléctrica de Budapest. Generadores y transformadores polimórficos de energía eléctrica, 366.
Carlos Jacque, 367.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 370.
Cuentas atrasadas, por A. Sánchez Pérez, 372.
Diálogos matritenses. Los novios, por A. Danvila Jaldero, 374.
Don Lupercio, por Juan Buscón, 374.
Nuestros grabados, 378.
Miscelánea, 378.
¡Vencido! (continuación), 379.
Sección científica. - La coraza del sastre alemán Dowe. Terremotos de Grecia en abril y mayo de 1894, por G. T., 382.
Los bersaglieri, por José Ibáñez Marín, 386.
Don Federico de Madrazo y Kuntz, 387.
Amor al arte de los antiguos romanos. Cómo protegían sus monumentos, por Pedro de Madrazo, 388.
Diálogos matritenses. En el museo de vaciados, por A. Danvila Jaldero, 388.
Nuestros grabados, 391.
Miscelánea, 391.
¡Vencido! (continuación), 395.
Sección científica. - Sobre los espectros del oxígeno a elevadas temperaturas. Estatuillas etnográficas indias. Tracción eléctrica, 398 y 399.
Crónica de arte, por R. Balsa de la Vega, 401.
El indiano (cuento novelesco), por M. Ossorio y Bernard, 402.
La fiesta de la Barranca (cuadro de costumbres andaluzas), por Clemente Blanco Villegas, 404.
Mi máscara, por José Juan Cadenas, 406.
Nuestros grabados, 410.
Miscelánea, 410.
¡Vencido! (continuación), 411.
La escultura moderna en Inglaterra (1879-1894), por Edmundo Gosse, 414.
Federico Madrazo, por R. Balsa de la Vega, 417.
Los restos de Luis XVII, por A., 418.
El torero, su vida y milagros, por Florencio Moreno Godino, 419.
La prueba de indicios, por Antonio de Valbuena, 420.
Nuestros grabados, 426.
Miscelánea, 426.
¡Vencido! (continuación), 427.
Sección científica. - La utilización del bastón. Tranvía movido por el gas, sistema Lührig, por X., 430.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 433.
El torero, su vida y milagros (continuación), 435.
Verdades y mentiras, por R. Balsa de la Vega, 436.
Recompensas póstumas (episodio de 1836), por Angel R. Chaves, 438.
Nuestros grabados, 442.
Miscelánea, 442.
¡Vencido! (conclusión), 443.
Sección científica. - Locomoción aérea en Knoxville (Estados Unidos), por M., 446.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 450.
El torero, su vida y milagros (conclusión), por F. Moreno Godino, 451.
La mujer en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona, por A. García Llansó, 452.
La promesa, por M. Martínez Barriónuevo, 454.
Nuestros grabados, 455.
Miscelánea, 458.
Una venganza, narración danesa de J. P. Jacobsen, ilustraciones de Jeannigt, 459.
Sección científica. - Rueda colosal en la Exposición de Earl's Court, Londres. Loch eléctrico de doble molinete del contraalmirante francés M. Fleurais. Tromba de viento observada en Friedrichshagen. El cólera y el tabaco, 462 y 463.
Crónica de arte, por R. Balsa de la Vega, 466.
Razón de la sinrazón, por A. Sánchez Pérez, 467.
Lo mejor de Sadowa (novela inventada), por P. Gómez Candela, 468.
Señor Dimas, por Alejandro Larrubiera, 470.
Nuestros grabados, 471.
Miscelánea, 474.
La nube de incienso, cuento rápido por Enriqueta Lozano de Vilches, ilustraciones de Cabrinety, 475.
Sección científica. - Ferrocarril de Catskill Mountain en las inmediaciones de Nueva York, por C. Marsillón. El mal de montaña. Ferrocarril de cremallera de Monte-Carlo a la Turbia, por Mario Otto. El reclamo fin de siglo. Fotografía instantánea de un caballo dando un par de coques, por Gastón Tissandier, 476 a 479.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 481.
El testamento de D. Gil (últimas ideas de un librepensador), por Luis Mariano de Larra, 484.
Una entrevista con Sarah Bernhardt, por Flaneur, 486.
El anagrama, por M. Ossorio Bernard, 490.
Nuestros grabados, 490.
Miscelánea, 490.
Puvís de Chavannes, por L. de Fourcaud, 491.
Sección científica. - El siglo de los explosivos, por Mariano Rubió y Bellvé. La Exposición Universal de Lyon, 493 y 494.
Verdades y mentiras, por R. Balsa de la Vega, 498.
Las sandalias del guerrero (cuento egipcio), por A. Danvila Jaldero, 499.
Nido de palomos, por Eduardo de Palacio, 500.
El juicio de Dios, por Alejandro Barba, 502.
Nuestros grabados, 503.
Una noche en las montañas, por Cordelia, 507.
Sección científica. - El estereocromoscopia, por Gastón Tissandier. El columpio diabólico, nueva ilusión óptica y mecánica, por el Dr. Z., 510.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 514.
Los soldados de la Independencia. El cura de Villoviado, por Eduardo Zamora y Caballero, 516.
Gente de Madrid. Daniel y el amigo de Daniel, por Carlos Frontaura, 518.
Nuestros grabados, 522.
Miscelánea, 522.
La tía Elvira, por Jorge Glatrón, ilustraciones de Alejo Vullon (hijo), 523.
Sección científica. - Curioso experimento de electricidad. Iluminación de una naranja, por C. E. G. Los ferrocarriles en los Estados Unidos. Los tranvías eléctricos, 526 y 527.
Crónica de arte, por R. Balsa de la Vega, 530.
Metamorfosis, por Antonio de Valbuena, 531.
El anillo, por Juan Buscón, 533.
Nuestros grabados, 535.
Novela nocturna, por Antonio Albalat, ilustraciones de Vogel, 539.
Sección científica. - Electricidad práctica, por J. Lafargue. Chassis transformador de fotografías, 542.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 546.
El reloj de familia, por Pedro E. Moreno, 547.
Daniel Urrabieta Vierge, por José María de Heredia, 549.
El capitán de Barbastro, por M. Martínez Barriónuevo, 550.
Nuestros grabados, 551.
Miscelánea, 554.
La taberna de las Tres Virtudes, novela original de Saint-Juirs, ilustraciones de Daniel Urrabieta Vierge, 555.
La escultura moderna en Inglaterra, por Edmundo Gosse, 558.
Verdades y mentiras, por R. Balsa de la Vega, 562.
El recuerdo del tirano, por Alejandro Larrubiera, 563.
Los soldados de la Independencia. Alvarez de Castro, por Eduardo Zamora y Caballero, 566.
La paloma mensajera, por Felipe Trigo, 566.
Nuestros grabados, 570.
La taberna de las Tres Virtudes (continuación), 571.
Sección científica. - Concurso de coches automóbiles organizado por el «Petit Journal», por E. Hospitalier. Los relojes parlantes, por L. Reverchon, 574.
Rafael Iglesias, presidente de la República de Costa Rica, 576.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 578.
La venganza de un gorrión, cuento japonés, 580.
El jaique, por F. Moreno Godino, 580.
Nuestros grabados, 583.
Miscelánea, 586.
La taberna de las Tres Virtudes (continuación), 587.
Sección científica. - Armas explosivas submarinas, por Jorge Wislicenus, 590.
Ventura de la Vega (recuerdos íntimos), por Carlos Luis de Cuenca, 594.
El pródigo, por P. Gómez Candela, 595.
¡Música! ¡Música!, por A. Sánchez Pérez, 596.
La duquesa Juana, por M. Martínez Barriónuevo, 598.
Nuestros grabados, 602.
La taberna de las Tres Virtudes (continuación), 603.
Sección científica. - Armas explosivas submarinas, por Jorge Wislicenus, 606.

- Crónica de arte, por R. Balsa de la Vega, 610.
El amigo de los difuntos, por Carlos Frontaura, 610.
Ventura de la Vega, recuerdos íntimos (*conclusión*), 612.
El Japón tal cual es, por A. García Llansó, 614.
Nuestros grabados, 618.
Miscelánea, 619.
Sección científica. — El ciclógrafo y la fotografía de los grandes horizontes, por el Dr. Servet de Bonnières. Procedimientos para dar transparencia a los negativos sobre papel. Fotografías sobre papel de cartas, 622 y 623.
El Conde de París, 624.
Murmuraciones europeas por E. Castelar, 626.
Recuerdos de viaje, por Eduardo de Palacio, 627.
Industrias artísticas. La orfebrería sevillana, por José Gestoso y Pérez, 628.
Los soldados de la Independencia. Romeu, por Eduardo Zamora y Caballero, 629.
La felicidad (entre dos párrafos), por M. Ossorio y Bernard, 630.
Nuestros grabados, 634.
Sección científica. — El puente de la Torre de Londres, por Daniel Bellet. Salvamento de buques varados, 638 y 639.
Cómo se construye una casa en América, 640.
Verdades y mentiras, por R. Balsa de la Vega, 642.
Perdida, por Alejandro Larrubiera, 643.
Industrias artísticas. La orfebrería sevillana (*conclusión*), 646.
«Audaces fortuna...» (prosa prosaica), por P. Gómez Candela, 646.
Nuestros grabados, 650.
Elisa, novela original de Grant Allen, ilustraciones de Paul Hardy, 651.
Sección científica. — Nuevo puente proyectado sobre el Hudson. Brújula para los electricistas, por J. Lafargue. La madera de Jarrah. La fuerza motriz en Pforzheim, 654 y 655.
Tolstoi y sus extravagancias (con perdón sea dicho), por A. Sánchez Pérez, 658.
Marquita la Pelona (cuento), por Luis Mariano de Larra, 658.
Caras de regreso, por Eduardo de Palacio, 662.
Madagascar, por V., 662.
Nuestros grabados, 663.
La taberna de las Tres Virtudes (*continuación*), 667.
Sección científica. — Las grandes estaciones de ferrocarriles de Alemania, por L. B. Influencia de la abundancia de alimentación de las plantas en la longitud de sus raíces, por E. Breal, 670.
Crónica de arte, por R. Balsa de la Vega, 674.
Casimiro Pérez, por Carlos Frontaura, 676.
Un teatro tagalo al aire libre, por X., 678.
La escalera de las bellas, por P. Gómez Candela, 678.
Nuestros grabados, 682.
Miscelánea, 682.
La taberna de las Tres Virtudes (*continuación*), 683.
Sección científica. — La curación del crup, por Guy Tomel, 686.
Monseñor Federico Aneiros, arzobispo de Buenos Aires, 688.
Los ojos... para el artista, por el Dr. Julio Altabás, 690.
Fatalidades, por M. Martínez Barrionuevo, 690.
En «Charenton», por Rafael Guerrero, 692.
Shanghai, por X., 694.
Nuestros grabados, 695.
Miscelánea, 698.
La taberna de las Tres Virtudes (*continuación*), 699.
Sección científica. — La máquina de volar de Maxim. Depósito de esmeril en la isla de Naxos. Separación de los líquidos por la fuerza centrífuga, 702.
Las deformaciones craneales en el arte antiguo, por el Dr. F. Regnault, 704.
La república más pequeña del mundo, por X., 706.
Don Seráfico, por Alejandro Larrubiera, 708.
Verdades y mentiras, por R. Balsa de la Vega, 708.
Nuestros grabados, 710.
Miscelánea, 714.
La taberna de las Tres Virtudes (*continuación*), 715.
Sección americana. — Recuerdos de Colombia. La Fura Tena (hombre y mujer), por José M. Gutiérrez de Alba, 718.
«El Empeinado», por Eduardo Zamora y Caballero, 722.
El armario de la abuela (historieta contemporánea), por A. Danvila Jaldero, 722.
La noche de ánimas, por Manuel Cambón, 726.
El recuerdo, por Felipe Trigo, 726.
Nuestros grabados, 730.
Miscelánea, 730.
La expedición ártica de Peary al Norte de Groenlandia, por X., 731.
«Similia similibus», traducido por E. L. Verneuil, 732.
Sección científica. — Las grúas-cabrias derricks, por E. Vignes. Curiosidades arqueológicas de Colombia. La piedra labrada de Aipe, por José M. Gutiérrez de Alba, 734 y 735.
Monumento erigido a Quatrefores, por G. T., 736.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 738.
El retrato, por José Brissa, 740.
«El Empeinado», por Eduardo Zamora y Caballero, 740.
La campana de Imst (tradicción tirolesa), por Augusto Jerez Perchet, 742.
¡Así sea!, por A. Sánchez Pérez, 742.
Nuestros grabados, 746.
Miscelánea, 746.
La taberna de las Tres Virtudes (*continuación*), 747.
El salto de Tequendama, por J. M. de Alba, 749.
Una noche en la cima del Monte Blanco, por Eduardo Whympet, 750.
Ejercicio de tiro de arco, 752.
Goya, por R. Balsa de la Vega, 754.
«El amigo Fritz», ópera de Mascagni, por M. A., 755.
El cochinito de San Antón, por M. Martínez Barrionuevo, 756.
Cuento de mi tierra (con ríetes de historia). Don Juan de Mañara, por Pedro José Moreno, 758.
Nuestros grabados, 762.
Neurología, 762.
La taberna de las Tres Virtudes (*continuación*), 763.
Sección científica. — El kinetoscopio Edison. Los bosques petrificados de los Estados Unidos. Descubrimientos arqueológicos en Guatemala, 766 y 767.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 770.
Contrariedades (cuento), por M. Ossorio y Bernard, 772.
La hora del descanso, por M. Amor Meilán, 774.
El cardenal Fray Ceferino González, por A., 774.
Nuestros grabados, 778.
Miscelánea, 778.
La taberna de las Tres Virtudes (*conclusión*), 779.
Sección científica. — Utilización de las fuerzas motrices naturales. Pozos artesianos en los Estados Unidos, por G. Pellissier. Papel fotográfico. Carbón-terciopelo de M. V. Artigue. Desarrollo por medio del serrín de madera, por G. Mareschal, 782.
Antonio Rubinstein, 784.
Verdades y mentiras, por R. Balsa de la Vega, 786.
Amputación. Apuntes de viaje de Baldomero Galofre, por A. G. Llansó, 788.
El tío «Cachano», por P. Gómez Candela, 790.
Nuestros grabados, 791.
Miscelánea, 794.
Sección científica. — Los derrumbes de Tunjuelo, por José M. Gutiérrez de Alba. Las flores de la tinta, por el Dr. E. Trouessart, 798.
Murmuraciones europeas, por E. Castelar, 802.
Una embajada swazi a la reina Victoria de Inglaterra, por A., 803.
Los azufrales de Sicilia, 804.
El abrazo, por Enrique Corrales y Sánchez, 806.
Nuestros grabados, 810.
Miscelánea, 810.
Los terremotos de Sicilia y de Calabria, por X., 811.
Porfiado en amor, por Haroldo Macfarlane, traducción de E. L. Verneuil, 812.
Sección científica. — El gran canal de Chicago, 814.
Las fiestas de Navidad y la venida de los Reyes, por E. Castelar, 818.
Crónica de arte, por R. Balsa de la Vega, 820.
La leyenda rusa, por Aureliano J. Pereira, 822.
Crónicas parisienses, por Juan B. Enseñat, 822.
Nuestros grabados, 826.
Miscelánea, 827.
La locura del barro. Cuento de Nochebuena, con ilustraciones de Cabrinety, por Cayetano del Castillo, 828.
Narraciones sudamericanas. La china del gaucho; por P. Sañudo Autrán, 830.
La navegación aérea, 831.

ÍNDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XIII DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

- En el palco, cuadro de Román Ribera, página 1.
Cristóbal Colón, estatua de Justo de Gandarias, 2.
Antes de la tormenta, cuadro de J. Dupré, 3.
En el Rosario, cuadro de Micislao Reyzer, 3.
Entre compadres, cuadro de Joaquín Araujo, 5.
Una casa de aldea (de fotografía), 7.
Espigaderas, cuadro de J. P. Beadle, 8.
Una boda en Aragón, cuadro de P. Salinas, 9.
El general Peixoto, presidente de la República del Brasil, 10.
El almirante Mello, jefe de la revolución del Brasil, 10.
El perro y el faisán, escultura de Emilio Wunsche, 10.
Fernando de Magallanes, escultura de F. P. de Tavera, 10.
Sección científica. — El eminente físico J. Tyndall (de una fotografía). Detalle de la vía del ferrocarril intramural de la Exposición universal de Chicago. Colector de corriente del ferrocarril intramural de la Exposición universal de Chicago, 14.
El monumento de Wattignies, obra de Fagel, 16.
Miss Ada Rehan, retrato pintado por Jan van Beers, 17.
Mahoma. La plegaria antes de la batalla, cuadro de Domingo Morelli, 19.
El cementerio de Melilla (de una fotografía), 19.
Cadena de prisioneros de una tribu rebelde en Marruecos, dibujo de G. Nicolle, 21.
Marruecos. Un grito de venganza, cuadro de G. Nicolle, 21.
Comitiva del sultán a su entrada en Marruecos, dibujo de Passos, 23.
Marruecos. El día de los funerales, cuadro de Benjamin Constant, 23.
Fe, Esperanza y Amor, cuadro de J. Koppay, 24.
Alegoría de la Música, cuadro de F. Lefler, 25.
D. Mateo Benigno de Moraza, estatua de Venancio Vallmitjana Abarea, 26.
Hernán Cortés, estatua de Eduardo Barrón, 26.
Sección científica. — Máquina de esculpir para la reproducción de estatuas, instalada en los talleres de M. Delin, en París. Vista exterior de la perforadora eléctrica y de las piezas que sirven para labrar la madera, 30.
Medalla conmemorativa de Alejandro Magariños Cervantes, poeta oriental, acuñada por los señores Gottuzzo y Terrarossa, 31.
Melilla. La torre de las Cabras (de una fotografía), 32.
¡Abandonada!, copia del cuadro de F. Uhde, grabado por Brendamour, 33.
Melilla. Una batería de artillería yendo a tomar posiciones (de fotografía). Convoy destinado a proveer de agua el fuerte de Rostrogordo (de fotografía). Sistema de telegrafía por medio de hogueras empleado por las kabilas, 35.
Pescadores pescados, grupo escultórico de Aniceto Marinas García, 37.
Melilla. Vendedora de buñuelos, dibujo del natural. El lavatorio en el cuartel de caballería, dibujo del natural, 39.
En marcha para la fiesta, cuadro de León Fortnanski, 40 y 41.
Arquimedes, estatua de B. Civiletti, 42.
El Dr. D. Andrés Clemente Vázquez, cónsul general de México en la isla de Cuba y el más fe-
cundo de los tratadistas de ajedrez en español, 42.
«Pandereto», el último toro que ha matado *Lagaritjo*, escultura de José C. Ortiz, 42.
Azaleas, cuadro de Alberto Moore, 46.
Siguiendo al guía, cuadro de Alberto Moore, 46.
Un idilio, cuadro de Federico Mock, 47.
¡Alto!, cuadro de Laureano Barran, 48.
El filósofo holandés Benito de Espinosa, estatua en mármol de M. M. Antokolskij, 49.
El portastandarte, cuadro de F. Ronbaud, 51.
Rifeños en una expedición de saqueo a Marruecos, dibujo de R. Caton Woodville, 53.
Una mártir, estatua de G. Argenti, 55.
Los que vuelven, dibujo de M. Picolo, 55.
Lo comida de boda, copia del celebrado cuadro de A. Corelli, 56 y 57.
Sección científica. — Torpedo de ánfora colocado de modo que haga volar un buque en el momento de chocar contra él. Vista de una chalupa-torpedo preparada para el ataque. Vista del brick *Dorothea* en el momento de la voladura, 62.
La trilladora, estatua de Agapito Vallmitjana Abarea, 64.
La última mano, dibujo de L. K. Hill, 65.
Pierrotina, cuadro de A. Strobl, 67.
La niña y el pastor, cuadro de Julio Rotta, 67.
¡Toma, monín!, cuadro de Leopoldo Schumtzler, 69.
Masía catalana, cuadro de José Moragas Pomar, 71.
En la Via Apia, cuadro de Jerónimo Tuduno, 71.
El asalto, cuadro de L. A. Dumond, 72.
Mesa redonda, cuadro de Alonso Pérez, 73.
La trilla, cuadro de Juan Pinós y Palá, 74.
Sorpresa, cuadro de Francisco Sans Castaño, 74.
Una partida empeñada, cuadro de Onofre Gari Torrent, 74.
En el piano, cuadro de Enrique Cain, 78.
¡Buen hallazgo!, cuadro de Vollon, 80.
La niña y las palomas, grupo escultórico en mármol, de Carlos Bernewitz, 81.
Los desórdenes en Sicilia. Episodios de la revolución en la ciudad de Mazzara y tipos de algunos sublevados, dibujos de Dante Paolicci, según croquis del natural de Héctor Ximenes, 83.
El eminente literato D. Benito Pérez Galdós, 84.
Los desórdenes en Sicilia. Los sublevados recorriendo las calles de Castelvetrano, dibujo del natural de Héctor Ximenes, 85.
Melilla. Soldados proveyéndose de agua. Muchacho hebreo del Mantelete. Soldados lavando en el Río de Oro, dibujos del natural de J. Cabrinety. Vista del campamento desde el Mantelete hasta el fuerte de San Lorenzo. El sargento de tiradores de Ceuta. Vlejo hebreo. Muchacha hebraea. Mujeres y niños hebreos. Muley Araaf en el cuartel general. Detalle del campamento, 86 a 88.
Un fígón en tiempo del Directorio, cuadro de Moreau de Tours, 89.
«Tota pulchra est María», estatua de Manuel Garnelo, 90.
Carlos Gounod (de fotografía de Pirou, de París), 94.
Arrigo Boito (de fotografía de Ferrario, de Milán), 94.
Julio Emilio Massenot (de fotografía de Benque, de París), 94.
Ambrosio Thomas (de fotografía de Benque, de París), 94.
Camilo Saint-Saens (de fotografía de Pirou, de París), 95.
Los dos hermanos, cuadro de L. Becchi, 96.
Un bromazo, cuadro de Ramiro Lorenzale, 97.
Isabel, reina de Rumania, 99.
El sueño, escultura de Roberto Toberentz, 99.
El libro ilustrado, cuadro de Hermán Kaulbach, 101.
Visita del príncipe de Bismarck al emperador Guillermo en Berlín. El príncipe de Bismarck dirigiéndose al palacio imperial, 103.
Catástrofe en Chicago. Incendio ocurrido el día 8 de enero último en los edificios de la Exposición, 103.
La pavera, dibujo de Tomás Muñoz Lucena, 104.
En el «foyer», cuadro de Román Ribera, 105.
El *velorum*, ó velocipede doméstico. El triciclo de pequeña multiplicación para lograr el mínimo de velocidad. Máquina de correr, ó bicicleta *Valere*, 110.
La cuadrupleta, 111.
En la feria, dibujo a la pluma de Mariano Pedrero, 112.
Cartel de la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, proyecto y dibujo de José Luis Pellicer, 113.
Bisonte atacado por los lobos, escultura de José Campeny, 115.
Salón de sesiones del ayuntamiento de Toledo, cuadro de Federico Madrazo, 115.
Ermete Novelli, célebre actor italiano (de fotografías de Andouard y C.), 117.
Miedo, cuadro de Ehrlich, 119.
El leñador y la muerte, cuadro de L. Lhermitte, 120.
En la barbería, cuadro de Alonso Pérez, 121.
Recuerdo de Llanerías, tres paisajes, de José Masriera, 122.
Sección científica. — Un tranvía eléctrico, visto de frente, en Chicago. Fila de tranvías eléctricos en Chicago, 126.
D. Emilio Arrieta, 127.
Doncel florentino, acuarela de José Moragas Pomar, 128.
Aldeana de Lagartera en traje de fiesta, dibujo de Baldomero Galofre, 129.
Toledo. Turistas y mendigos, cuadro de R. Madrazo, 131.
Edad dichosa, cuadro de Miss Enriqueta Hathed, 131.
En el templo, cuadro de Carlos Vigor, 133.
Terceto alegre, cuadro de A. Lessel, 134.
Dos amigas, cuadro de L. de Flesch-Brunning, 135.
Rafael y la Fornarina, cuadro de Enrique Lefler, 136.
Rebeca, cuadro de R. Armenise, 137.
Tomás Salvini a la edad de veintinueve años, 142.
Gustavo Módena, gran actor italiano, 143.
Retirando las redes, cuadro de Onofre Gari Torrents, 144.
Cante y manzanilla, pandereta pintada por José Garnelo, 145.
D. Francisco Asenjo Barbieri, 147.
Un episodio del año 1835, cuadro de Luis Buxó, 147.
El pueblo de Amberes arrastrando la estatua del duque de Alba, cuadro de C. Verlat, 149.
El Campiello, recuerdo de Venecia, cuadro de Ricardo Madrazo, 151.
El cuento de la abuela, cuadro de Gysis, 151.
Lectura alegre, cuadro de F. Andreotti, 152.
La tarde en el bosque, cuadro de Mme. Dora Hetz, 153.
«Virgo clemens», cuadro de José M. Tamburini, 154.
Dibujos al lápiz, por Román Ribera, dos grabados, 154.
La Ristori en el papel de Maria Estuardo, 158.
La Rachel en el papel de Fedra, 158.
El tigre real, cuadro de A. Hesse, 160.
La Sagrada Familia, cuadro de Andrés Groll, 161.
Un ángel más, grupo en mármol de Alejandro Tondeur, 163.
Grupo de leones, cuadro de Aristides Sartorio, 163.
La muerte de San José, cuadro de Ploverini, 165.
Retrato de un joven, pintado por Rafael, 166.
Retrato de la Fornarina, pintado por Rafael, 167.
La convaleciente, cuadro de Guillermo Augusto Roesler, 168.
La Anunciación, cuadro de Pablo Hoecker, 169.
Camino de la iglesia, cuadro de J. Ferrer y Pallejá, 170.
Tomás Salvini en el papel de Icilio de la tragedia *Virginia*, de Alfieri, 174.
Santa Inés, grabado de León Fleuret, 176.
La Virgen en oración, cuadro de Sassoferato, 177.
«Regina Coeli», escultura de Adolfo Itasse, 179.
Jesus y la viuda de Naim, cuadro de Luis Feldmann, 180.
«Pietà», grupo en mármol de Juan Dupré, 181.
La Vía Dolorosa. Tercera estación (de fotografía), 182.
Sitio donde, según la tradición, Judas vendió a Cristo, 182.
La Vía Dolorosa. Primera y segunda estación (de fotografía), 183.
Cárcel de San Pedro en Jerusalén (de fotografía), 183.
Dejad venir a mí los niños, cuadro de Julio Schmid, 184 y 185.
Ilmo. Sr. D. Juan A. Puig y Montserrat, obispo de Puerto Rico, 187.
Las santas mujeres junto al sepulcro de Jesucristo, cuadro de W. Bouguereau, 188.
La Anunciación, cuadro de Alfredo Agache, 189.
«Mater Dolorosa», cuadro de Pedro Borrell, 192.
La Agricultura y la Abundancia, grupo colosal de Gustavo Eberlein, 193.
Lección de canto, cuadro de E. Blume, 195.
Decoraciones de la tragedia sacra *Jesús de Nazareth*, pintadas por los Sres. Francisco Soler y Roviroso, Vilumara y Moragas, dos grupos de grabados, 196 y 197.
Frutos otoñales, cuadro de A. Delobbe, 199.
Los memorialistas. Recuerdo de Venecia, cuadro de Ricardo Madrazo, 199.
Curiosidad, copia del cuadro de Hanns Fechner, 200 y 201.
El pintor inglés Mr. Arturo Hacker (de fotografía de Brown, Barnes y Bell, de Londres), 206.
El pintor inglés Mr. Frank Bramley (de fotografía de A. Robinsón, de Hawick, Escocia), 206.

El escultor y pintor inglés J. Glandfield Frampton (de fotografía de Dickson é hijo, Londres), 206.
 Mysteriarch, escultura de Mr. Frampton, 206.
 Christabel, escultura de Mr. Frampton, 207.
 Lord Rosebery, nuevo presidente del Consejo de ministros de Inglaterra, 208.
 Zoraida, cuadro de Benjamin Constant, 209.
 Sport, cuadro de José Cusachs, 211.
 Cuatro capitalistas, cuadro de Luis Graner, 211.
 En tiempo de guerra, cuadro de J. Weiser, 213.
 La princesa María Berta de Rohán, futura esposa de D. Carlos de Borbón, 215.
 Villa Fabricotti, en Florencia, residencia de la reina Victoria de Inglaterra en Italia, 215.
 El banquete de boda, cuadro de P. Salinas, 216.
 Fiesta en Andalucía, cuadro de Domingo Fernández y González, 217.
 Mr. John Maccallan Swan (de fotografía de Waleri, Londres), 218.
 Mr. John S. Sargent, 218.
 El final de una historia, cuadro de Alberto Moore, 218.
 Barcos prehistóricos, dos grabados, 222.
 La esofagoscopia (dos grabados), 224.
 La dueña de la quinta, cuadro de Francisco Masriera, 225.
 Santander. La segunda explosión del «Cabo Machichaco» (de fotografías remitidas por D. Pascual Urtaeun), 227.
 Santiago Puccini, autor de la ópera *Manón Lescaut*, 228.
Manón Lescaut, ópera de Puccini, estrenada en el teatro de la Scala de Milán, 229.
 El eminente poeta catalán D. Angel Guimerá, 231.
 Contrastes de la vida, cuadro de G. Mantegazza, 231.
 La Fe conduciendo a la inmortalidad las víctimas del deber, escultura de Agustín Querol, 232.
 En la casa de orates, cuadro de Atanasio, 233.
 Luis Kossuth a la edad de 35 años. Luis Kossuth a la edad de 50 años. Luis Kossuth a la época de su muerte, tres grabados, 234.
Sección científica. — Coche eléctrico de M. J. Carli (de fotografía). Tubos esterilizados y recipiente de metal plateado. Caja de cinc que contiene los tubos. Jeringuilla encerrada en la cubeta de esterilización. Tubos esterilizados (tamaño natural), 238 y 239.
 Arquilla que encierra un puñado de tierra húngara y que fué regalada a Kossuth por los madgyares, 240.
 Fantasía, cuadro de Francisco Masriera, 241.
 La primera nube, cuadro de W. Q. Orchardson, R. A., 243.
 La imposible, cuadro de Aristides Sartorio, 243.
 La Primavera, cuadro de Pablo Sinibaldi, 245.
 Isla de Capri. Ermita de Tiberio. Los «faraglioni.» Bordadora de Anacapri. Los «faraglioni.» cuatro grabados, 246 y 247.
 Un sermón, copia del celebrado cuadro de Salvador Sánchez Barbudo, 248 y 249.
 El príncipe Arturo y Huberto, cuadro de W. F. Yeames, R. A., 250.
 Astarté Siriaea, cuadro de D. G. Rosetti, 250.
 El irresistible, cuadro de Randolph Caldecott, 250.
Cuentos de Grim. El gnomo. Los músicos de Bremen. Las tres plumas. La hija del molinero, cuatro dibujos de P. Grot Johann, 254 y 255.
 Vista de Mónaco, 256.
 Primeros fríos, grupo escultórico de Miguel Blay, 257.
 El ilustre médico berlinés Dr. Virchow, 258.
 Fachada del Policlínico en Roma, 259.
 Congreso médico internacional celebrado en Roma. Vista general de los pabellones del Policlínico, 259.
 El 14.º de línea en Eylau, cuadro de Leonel Royer, 261.
 Marruecos. Casablanca (dos grabados), 263.
 Idilio, grupo escultórico de Mariano Benlliure, 264.
 En Assisi. El perdón, dibujo de José Benlliure, 265.
 Gentilhombre de la época de Luis XIII, cuadro de Meissonier, 266.
 Monumento erigido al capitán Cook en Sidney, obra de Tomás Wolner, 266.
 Llamador de bronce, de H. E. y L. Fontain, 266.
 Entierro de Kossuth. El pueblo de Budapest contemplando el paso del cortejo fúnebre. Tumba provisional de Kossuth. Paso del cortejo fúnebre por las calles de Budapest, tres grabados, 270.
 Batería de montaña, dibujo de R. Navarro, 271.
 En el ocazo, cuadro de Francisco Sans Castaño, 272.
 En oración, cuadro de Gabriel Max, 273.
 En el taller del armero, cuadro de Walter Gay, 275.
 Al levantarse, cuadro de Román Ribera, 275.
 Después del bautizo, cuadro de Hermann Vogel, 277.
 De tiros largos, cuadro de Egisto Lancerotto, 279.
 La última revista, copia del celebrado cuadro de F. Amling (de fotografía de Francisco Anfsantgl, de Munich), 280 y 281.
 Gabriel Max, 282.
 Estudio de leona para ser reproducido en bronce, por J. M. Swan, 284.
 Estudio de león, por J. M. Swan, 285.
 León echado, dibujo de Rembrandt, 285.
 León y leona, estudio de J. M. Swan, 285.
 La Fatalidad, escultura de Luis Aquilas Christophe, 286.
Sección científica. — Aparato inhalador. Escena de anestesia con la máquina Rafael Dubois, 286.
 El postigo del aceite en Sevilla, dibujo de Manuel G. Rodríguez, 288.
 Primavera de la vida, cuadro de J. Koppay, 289.
 Rezando, cuadro de J. Juncosa, 291.
 Ruinas artísticas, cuadro de J. Juncosa, 291.
 El fiel Eckart, cuadro de Julio Adam, 293.
 Afición, cuadro de Escipión Vannutelli, 294.
 Después de la batalla, cuadro de José Cusachs, 295.
 Senda de abrojos, cuadro de N. Sichel, 296.
 Senda de flores, cuadro de Román Ribera, 297.

Sección científica. — Aplicación del método del Dr. Laborde en caso de asfixia de un recién nacido. Salvamento de un hombre ahogado; método del Dr. Laborde, dos grabados, 302.
 La hora del almuerzo, cuadro de Vicente Caprile, 303.
 Escudo de Wellington, dibujo de T. Stothard, 304.
 El guitarrista, cuadro de Luis Graner, 305.
 Muchacha veneciana, cuadro de E. Biaas, 307.
 Barcelona moderna. Reforma de la plaza de Cataluña, proyecto premiado del arquitecto don Pedro Falqués, 307.
 Mes de mayo, copia del cuadro de F. Markham Skipworth, 309.
 Fiestas celebradas en Santo Domingo con motivo de las bodas de oro de la República Dominicana, 311.
 Un concierto en la Academia musical de Munich en el Real Odeón, dibujo de Renato Reinicke, 312 y 313.
Sección científica. — Aparato astronómico inventado por D. Enrique Santaolara. Coche eléctrico de M. Pablo Pouchain. Sección vertical del coche eléctrico. Plano del coche eléctrico, cuatro grabados, 318 y 319.
 El palacio principal de la Exposición universal de Lyon, en cuyo centro se levanta la cúpula gigantesca, 320.
 Monumento a Colón inaugurado en San Juan de Puerto Rico con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América. Obra de Aquiles Canessa, 321.
 Extraviada, cuadro de Antonio Coll y Pi, 323.
 ¡Sin absolución!, cuadro de Juan Antonio Benlliure, 325.
 Vendedora de flores en Oriente, cuadro de Eismán Semenowsky, 327.
 ¡Viva Francia!, cuadro de José Cusachs, 328.
 Pueblo y reyes, cuadro de Juan Luna Novicio, 329.
 Modelo de fuente, escultura alemana, 330.
 La azucena del bosque, escultura de Juan Brandtetter, 330.
 Exposiciones reunidas de Milán. Vista de la fachada principal y del hemicycle de ingreso, 334.
 Don Santiago Ramón y Cajal, 336.
 Diamantes negros, cuadro de Benjamin Constant, 337.
 Retrato de la señorita M. V., cuadro de Ricardo Brugada, 338.
 Patio llamado de Nadal y de Dou en la casa provincial de Caridad de Barcelona, cuadro de J. Triadó y Mayol, 339.
 La huérfana, cuadro de Inés de Beaufond, 341.
 De buen humor, cuadro de F. Roybet, 342.
 Estudio, dibujo de E. P. Valluerca, 343.
 Pescadores de río, cuadro de Muenier, 343.
 Cristo y el joven rico, cuadro de Eduardo de Gebhardt, 344 y 345.
Sección científica. — Utilización del bastón. Bastón de estoque (cuatro grabados), 350 y 351.
 Antigua carroza (llamada de la Calavera) que se conserva en el castillo de Friedenstein (Gotha), 352.
 Una carta interesante, copia de un cuadro de J. Kleinmichel, 353.
 Estados Unidos. El ejército industrial en Washington, 355.
 Maruja, cuadro de Tomás Muñoz Lucena, 357.
 Bordadoras, cuadro de José Miralles Darmanin, 357.
 Una fragua, cuadro de Cormon, 358.
 «L'Innominato» (Sin nombre), boceto en bronce de A. Benvenuti, 359.
 Regreso de la tiente, cuadro de José Cusachs, 359.
 Desamparada, cuadro de G. Manton, 360.
 La tonsura del rey Wamba, cuadro de Juan Brull y Vinyolas, 361.
 Intermedio, cuadro de Ernesto Croci, 362.
 Mercado de aves, cuadro de Ernesto Croci, 362.
Sección científica. — Determinación de tiempo de reacción en una excitación auditiva por el método eléctrico. Determinación de tiempo de reacción en una excitación auditiva por el método gráfico, 366.
 El célebre pintor y grabador francés Carlos Jacques, 367.
 S. A. la infanta doña Isabel de Borbón, cuadro de José Garnelo, 368.
 La fuerza del débil, grupo en yeso de Enrique Clarasó, 369.
 Veturia y Coriolano, cuadro de José Garnelo, 371.
 Aspasia y Pericles, cuadro de José Garnelo y Alda, 371.
 ¿Será difteria?, cuadro de Marcelino Santamaría y Sedano, 373.
 Magdalena, cuadro de José Garnelo y Alba, 373.
 En la plaza de San Marcos, Venecia, cuadro de Enea Ballarini, 374.
 En el jardín, dibujo de Emilio Sala, 375.
 Cazador, dibujo original de José María Marqués, 376.
 Lavaderos en Alcalá de Guadaíra, dibujo original de Manuel García Rodríguez, 377.
Sección científica. — Pruebas efectuadas en Berlín con la coraza Dowe, de croquis del natural por José Gaber, 382.
 En el campo, dibujo original de Tomás Muñoz Lucena, 384.
 Alegoría del Invierno, cuadro de W. Kray, 385.
 D. Federico de Madrazo y Kuntz, director del Museo nacional de Pintura y Escultura, 386.
 La dueña de la quinta, cuadro de Giuseppe Sigón, 387.
 Un bosque de la Garriga, cuadro de José Masriera, 387.
 Línea de la Zaida a Reus, de fotografías de Audouard y C.ª, 389.
 Buenas noticias, cuadro de F. Masriera, 390.
 Un voto, cuadro de F. Cabrera, 391.
 Un judío de Jerusalén, copia de fotografía, 392.
 Amarguras del alma, cuadro de César Laurenti, 393.
 Un cardenal, estudio al lápiz por M. Balasch, 394.
 La quinta, dibujo a la pluma de A. Lhardy, 394.
Sección científica. — Aparato espectroscópico del Observatorio de astronomía física de Meudón.

Experimento con tubo vertical y la espiral incandescente. Aparato para los experimentos a altas presiones, tres grabados, 398.
 Retablo del siglo XIV que existía en la catedral de Barcelona y que se ha colocado hoy en una capilla de su claustro, 400.
 Al amor de la lumbre, cuadro de José Jiménez Aranda, 401.
 El trabajo, cuadro de Amelia Beaurry-Saurel, 403.
 Una boda en Valencia, cuadro de Juan Peyró, 405.
 Buenas tardes, maestro, cuadro de Nicolás Alpérix, 405.
 Novela romántica, cuadro de Santiago Rusiñol, 407.
 Preliminares del 1.º de Mayo, cuadro de V. Cuntanda, 407.
 Pintura, cuadro de Julio Borrell, 407.
 San Juan Bautista niño, cuadro de Bartolomé Esteban Murillo, 408.
 La Herrería, cuadro de Luis Graner, 409.
 Artemisa desnuda, escultura de Hamo Thornycroft, R. A., 414.
 Guerrero llevando un herido, escultura de Hamo Thornycroft, R. A., 414.
 Clitia, escultura de G. F. Watts, R. A., 414.
 Artemisa vestida, escultura de Hamo Thornycroft, R. A., 414.
 La tragedia, escultura de T. Nelson Mac Lean, 415.
 La vendimia en la granja Oriol, Concordia (Entre Ríos), cuadro de Juan Rabada, 416.
 El día de la ejecución de Hetty Sorrell, copia de una acuarela de J. Enrique Henshall, 417.
 El torero en los comienzos del presente siglo, dibujo de D. Perea, 419.
 La Santa Cena, cuadro del conde Rodolfo de Rex, 421.
 Extraviada, cuadro de Ignacio Díaz Olano, 421.
 Lord Rosebery, presidente del Consejo de ministros de Inglaterra, conduciendo después de la carrera a su potro «Ladas», vencedor en el Derby, 422.
 María Francisco Sadi Carnot, Presidente de la República francesa, 423.
 Milton en casa de Galileo, en Arcetri, cerca de Florencia, en 1640, cuadro de T. Lessi, 424 y 425.
Sección científica. — Utilización del bastón. Tranvía movido por el gas, sistema Luhrig, sección vertical. Tranvía movido por el gas, sistema Luhrig, sección horizontal. Tranvía movido por el gas, sistema Luhrig, vista del vagón, cuatro grabados, 430 y 431.
 Vista general de Marín y su ría (Pontevedra), dibujo de Passos tomado de una fotografía, 432.
 La mesa grande, cuadro de Cecilio Pla y Gallardo, 433.
 El torero a mediados del presente siglo, dibujo de D. Perea, 435.
 M. Juan Casimir Perier, nuevo presidente de la República francesa (de fotografía), 437.
 El Invierno. Alrededores de Sevilla, cuadro de Manuel García Rodríguez, 439.
 Asesinato de M. Carnot en Lyon en la noche del 24 de junio último, dibujo de E. X., tomado de un croquis de E. Ximenes, 439.
 Vendedora de flores, cuadro de Edmundo de Pury, 440.
 Una fiesta en el serrallo del sultán de Palmira, cuadro de A. Rivas, 441.
 Mary, cuadro de Manuel Felis D'Lemus, 442.
 La fiesta del cumpleaños de Herodes, cuadro de Eduardo Armitage, R. A., 442.
Sección científica. — Locomoción aérea en Knoxville, Tennessee (Estados Unidos), 447.
 Monumento erigido en Bedford a la memoria de Juan Howard, 448.
 Monumento erigido en Dusseldorf a la memoria de las víctimas de la guerra franco-alemana, modelado por Carlos Hilgers, 449.
 El torero a fines del presente siglo, dibujo de D. Perea, 451.
 Mercado en el Sur de Marruecos, dibujo de R. Caton Woodville, 453.
 Retrato de Mad. Cahen, cuadro de Amelia Beaurry-Saurel, 454.
 Vendedor de habas en la plaza de Sidi-Ocba, cuadro de Mauricio Bompard, 455.
 Giudecca, Venecia, cuadro de Vittorio Avanzi, 455.
 En la feria, cuadro de Baldomero Galofre y Jiménez, 456.
 Los músicos de la aldea, cuadros de Guillermo Zimmer, 456.
 Mad. Carnot, viuda del último presidente de la República francesa, 458.
 El teniente Sadi Carnot, primogénito del último presidente de la República francesa, 458.
 Casa en donde nació Carnot, en Limoges, 458.
Sección científica. — Rueda colosal en la exposición de Earl's Court, Londres. Loch eléctrico de doble molinete, tres grabados, 462.
 Tromba de viento formada en las cercanías de Berlín, dibujo del natural de Guillermo Kaspar, 464.
 Descanso, cuadro de Francisco Miralles, 465.
 Inauguración del nuevo canal de Sulina, en el Danubio. La calle de Carlos I en Sulina (de fotografía), 467.
 Vista del nuevo canal de Sulina, en el Danubio (de fotografía), 467.
 Un pasatiempo en Marruecos, dibujo de R. Caton Woodville, 469.
 Soñadora, cuadro de Federico de Uhde, 471.
 La catástrofe de Begoña, ocurrida el día 7 de los corrientes en el ferrocarril de Bilbao a Lezama (de fotografía), 471.
 La hostería del Halcón, cuadro de Eduardo Gelli, 472 y 473.
 Pescador de pólipos, estatua en bronce de E. Rossi, 474.
 «Regnum meum...» estatua en yeso de M. Fuxá, 474.
 Pilluelo, estatua en yeso de Eugenio Pellini, 474.
 Barcelona. Baile de gala celebrado en el Salón de Bellas Artes en la noche del 10 del actual con motivo de la clausura de la Exposición, dibujo del natural de Nicanor Vázquez, 477.
Sección científica. — Aparato del doctor Regnard para el estudio del mal de montaña. Ferroca-

rril de cremallera de Monte-Carlo a la Turbia (de fotografía). Facsimile de una fotografía instantánea que representa un caballo dando un par de coces. El reclamo fin de siglo, cuatro grabados, 478 y 479.
 Lucha por la existencia, grupo en yeso de José Campeny, 480.
 Una lectura del *Quijote*, copia del celebrado cuadro de José Garnelo, 481.
 Exposición trienal de Bellas Artes de Milán. El canal de Gioggia, cuadro de Leonardo Bazzaro. Conversación galante, cuadro de Bartolomé Giuliano. Estudio, de José Mentessi. Labores campestres, cuadro de Sofia Browne. Interior de la iglesia de San Marcos de Venecia, cuadro de Ferruccio Scattola, cinco grabados, 483 a 485.
 Humildad, cuadro de Pedro Borrell, 487.
 Sarah Bernhardt en el salón de su casa de París, 487.
 La primera carta de amor, cuadro de C. Saksen, 488.
 Después de la tempestad, cuadro de Carlos Raupp, 489.
 Puvís de Chavannes en su taller, 491.
 La juventud de Santa Genoveva, pintura decorativa de Puvís de Chavannes para el Panteón, 491.
 «Inter Artes et Naturam», cuadro de Puvís de Chavannes existente en el Museo de Ruán, 491.
 La degollación de San Juan Bautista, cuadro de Puvís de Chavannes, 492.
 La Cerámica, cuadro de Puvís de Chavannes, 492.
 La juventud de Santa Genoveva, cuadro de Puvís de Chavannes, 492.
 Pintura decorativa para el hemicycle de la Sorbona, obra de Puvís de Chavannes, 492.
 «Ludus pro Patria», cuadro de Puvís de Chavannes, 493.
Sección científica. — Exposición universal de Lyon. La gran rotunda central y entrada principal de la Exposición (de fotografía). La Exposición a vista de pájaro. Plano general de la Exposición de Lyon, tres grabados, 494 y 495.
 Exposición trienal de Bellas Artes de Milán. Idilio campestre, cuadro de Luciano Lezzo, 496.
 Viejo pescador, cuadro de A. Muenier, 497.
 La hija del jardinero, cuadro de Francisco de P. Mendoza, 499.
 Junto al lecho mortuorio de la madre, cuadro de Teodoro Hummel, 499.
 El Papa León XIII en los jardines del Vaticano, cuadro de Hernán Corrodi, 501.
 Juego de bolos, cuadro de Guillermo Claudius, 501.
 Antes..., cuadro al pastel de Arnaldo Ferraguti, 503.
 Después..., cuadro al pastel de Arnaldo Ferraguti, 503.
 Una huelga, cuadro de F. Esser, 504.
 Hogar sin fuego, cuadro de Victor Bressanin, 505.
 Gomoso, cuadro de Francisco Gómez Soler, 506.
 Medio luto, cuadro de Carlos Stochmeyer, 506.
 ¡Mayo!, estatua de José Soler Forcada, 506.
 Las fuentes del Tigris, cuadro de Kirschenko, 509.
Sección científica. — Vista en conjunto del estereocromoscopio. Sección que representa el dispositivo interior del estereocromoscopio. Vista del colupio diabólico en su posición real. Vista del colupio diabólico en su posición aparente, cuatro grabados, 510 y 511.
 Delicias del campo, cuadro de Fausto Zonaro, 512.
 Busto en mármol, de Miguel Blay, 513.
 Monumento erigido a la memoria del príncipe Amadeo de Saboya en la Cavallina, cerca de Custozza, 515.
 Mañana de invierno, cuadro de Emilio Sánchez Perrier, 515.
 Entierro de un niño en el Zuiderzee, cuadro de Sherwood Hunter, 517.
 La Santa Faz, alto relieve en mármol de Pedro Carbonell, 518.
 Pensativa, estatua de Félix Pardo de Tavera, 518.
 La nueva catedral de Berlín, proyecto de Julio Raschdorff, 519.
 Virginius inmolando a su hija, grupo en bronce de Mad. Elisa Bloch, 520.
 El entierro de Judas, grupo en yeso de Rafael Atché, 521.
 D. Vicente Palmaroli, actual Director del Museo de Pinturas de Madrid, 522.
Sección científica. — Experimento de la naranja electrizada realizado en el laboratorio de física de la Sorbona. La naranja electrizada, tres grabados, 526 y 527.
 ¡A ese!, dibujo original de Carlos Arregui, 528.
 La misa matinal, cuadro de Laureano Barrau, 529.
 Pequeña normanda, cuadro de José Jiménez Aranda, 531.
 Un estudiante de antaño, cuadro de Guillermo de Lindenschmit, 532.
 El buque de guerra japonés «Yoshino-Kan», 533.
 Acorazado chino «Chen-Yuen», 533.
 Colina del Consulado y puerto de Chemulpo, Seoul, 534.
 Un general coreano, 534.
 Vista de Seul, capital de Corea, 534.
 Centro de Seul y edificio en donde está colgada la campana de la ciudad, 534.
 Tipo de coreano, 535.
 Mapa de la península de Corea, 535.
 En casa de los humildes, cuadro de Fernando Willaert, 536.
 Costumbres españolas, cuadro de L. Alvarez, 537.
 La emperatriz del Japón, 538.
 El emperador del Japón, 538.
 El conde Athunaga Shigenobu, ministro de Negocios Extranjeros del Japón, 538.
 El príncipe Arishagawa, tío del emperador del Japón, general en jefe del ejército japonés, 538.
 El conde de Hirsbumi, presidente del Consejo privado del Japón, 538.
Sección científica. — Sistemas de instalación de canalizaciones eléctricas interiores. Facsimile de una fotografía prolongada obtenida por me-

- dio del *chassis* transformador. *Chassis* fotográfico transformador, tres grabados, 542 y 543.
Condorcet, estatua de M. Perrin, 544.
La Virgen de mayo, cuadro de José M.^a Tamburini, 545.
Entrada del palacio del rey de Corea, en Seul, 547.
El virrey de la China Li-Hung-Chang, 547.
El almirante de la escuadra coreana, 547.
Tipos militares japoneses, 548.
Tipos militares chinos, 548.
Retrato del célebre dibujante español Daniel Urrabieta Vierge, dibujo del mismo, 549.
Siete dibujos de Daniel Urrabieta Vierge, 550 y 551.
Desbocados, cuadro de Ulpiano Checa, 552.
Primavera, cuadro de Enrique Lossow, 553.
Placa regalada al Excmo. Sr. D. Manuel Durán y Bas por la facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona, 554.
Ariel, escultura de H. H. Armstead, R. A., 558.
David luchando con un león, bajo relieve de H. H. Armstead, R. A., 558.
Conquistadores, escultura de Roscoe Mullins, 559.
Tumba de Julio Ferry en el cementerio de Saint-Die, 560.
La Anunciación, cuadro de José M.^a Tamburini, 561.
Buena presa, cuadro de Juan Baixas, 563.
La merienda, cuadro de Juan Pinós, 563.
Mme. Severine, retrato de Amelia Beaury-Sauvel, 564.
Batalla de flores celebrada en Valencia durante la última feria, dibujos de F. Vizueté, 565.
Regresando de la fuente, cuadro de Andrés Solá y Vidal, 567.
Rosalia, cuadro de Juan Brull, 567.
El reservista, cuadro de Antonio Coll y Pi, 567.
El jinete del desierto, grupo colosal de Jorge Vastagh (hijo), 568.
Cabeza de estudio, copia del cuadro de Raimundo de Madrazo, 569.
Li-Hui, rey de Corea (de fotografía), 570.
El ministro de Hacienda coreano Pak-Chu-Yang en traje de corte (de fotografía), 570.
Funcionario coreano en traje oficial (de fotografía), 570.
Sección científica. — Concurso de coches automóviles. El reloj parlante con su placa fonográfica. Mecanismo del reloj parlante: aparte se ve la placa fonográfica, tres grabados, 574 y 575.
D. Rafael Iglesias, actual presidente de la República de Costa Rica, 576.
Consuelos de la amistad, cuadro de A. Marck, 577.
La rogativa, cuadro de Vicente Borrás Abella, 579.
Sor Sancha y sus compañeras de Caridad, cuadro de Francisco Torrescasana, 579.
La venganza de un gorrión (cuento japonés), seis grabados, 580 y 581.
Jardinera, cuadro de Gabriel Schachinger, 582.
Al amanecer, cuadro de Emilio Sánchez Perrier, 582.
«Viam veritatis elegi», cuadro de Ricardo Brugada, 583.
Banquete de los oficiales de los arqueros de San Adriano, cuadro de Francisco Hals, 584 y 585.
La Virgen de la Soledad, escultura de R. Atché, 586.
Niño riendo, busto en bronce de Félix Pardo de Tavera, 586.
El primer rencoroso, estatua de José Pagés Horta, 586.
Sección científica. — Explosión de un torpedo-pez Sims con varios cartuchos. Explosión de una carga de gelatina de 50 libras. Mina cargada con 240 libras de pólvora Morse, tres grabados, 591.
Parada y fonda, cuadro de Mariano Oliver Aznar, 592.
El regreso del hato, obra de Francisco Millet, 593.
¡Pobre madre!, cuadro de Garibaldi Gariani, 595.
Gente de mar, cuadro de Eliseo Meifren, 595.
Una calle de San Julián de Vilatorca, cuadro de José M.^a Marqués (de fotografía), 596.
Payesita, cuadro de Dionisio Baixeras, 596.
El rebuso de la aceituna, cuadro de José Pando, 597.
En Santa Lucía, Nápoles, estatua de Rafael Marino, 598.
Lola, cuadro de Daniel Hernández (de fotografía), 599.
La esposa del barquero, cuadro de Alejandro Milesi, 600.
Juana de Arco en presencia de sus jueces, cuadro de Federico Roe, grabado por Bunde, 601.
Armero árabe, acuarela del profesor Enea Ballarini, 602.
En capilla, grupo en barro cocido de Rafael Atché, 602.
Sección científica. — Mina con 150 libras de carga explosiva. La barca *Olive Branch* un segundo después de la voladura. Mina cargada con 100 libras de dinamita, tres grabados, 606 y 607.
El general Jacobo Durando, 608.
El pintor Antonio Fabrés en su taller, en París, copia de una fotografía, 609.
Boedo de un techo, obra de Antonio Fabrés, 611.
Infantería japonesa, dibujo de A. Wald, 613.
Jóvenes japoneses saliendo a paseo (de fotografía), 613.
Japón. Paseo a orillas del río, en Toquío (de fotografía), 615.
Vista de Che Fú, el principal puerto chino en el mar Amarillo, 615.
La caravana de la Muerte: musulmanes chitas yendo en peregrinación a Kerbelia, dibujo de Alberto Richter, 616.
La muerte del torero, celebrado cuadro del pintor español José Villegas, 617.
Felipe, duque de Orleans, hijo de Luis VIII, 618.
Luis Felipe, rey de Francia y abuelo del conde de París, 618.
Roberto, duque de Orleans, hijo del conde de París y actual pretendiente al trono de Francia, 618.
Fernando, duque de Orleans, primogénito de Luis Felipe y padre del conde de París, 618.
Vistas de Palma de Mallorca (de fotografías), 620.
Vistas de Palencia (de fotografías), 621.
Sección científica. — El ciclografo y la fotografía de los grandes horizontes. Fotografía continua de una pupila normal y de una pupila atropinizada. Fotografías de pupilas después de excitación ó sección de los nervios del iris. Detalles del ciclografo, seis grabados, 622 y 623.
El conde de París, fallecido en Stowe House (Inglaterra) en 8 del actual, 624.
Grupo de panteras en la fachada del teatro real de Wiesbaden, obra de Gustavo Eberlein, 625.
Zaragoza. Portada de la casa de Zaporta ó de la Infanta, incendiada el día 10 del actual (de fotografía). Patio de la casa de Zaporta ó de la Infanta, incendiada el día 10 del actual (de fotografía), dos grabados, 627.
Maniobras militares de fortaleza en los alrededores de París, dibujos de Salvador de Azpiazu, 629.
Una sección de artillería del ejército regular chino, 631.
Un tribunal en China (de fotografía), 631.
Nerón y su madre Agripina, cuadro de Federico Klein Chevalier, 632 y 633.
H. L. F. Helmholtz (de fotografía), 634.
El célebre compositor francés Manuel Chabrier (de fotografía), 634.
El palacio de Stowe House, en donde falleció el conde de París (de fotografía), 634.
El comedor del palacio de Stowe House (de fotografía), 635.
Cama llamada de la Reina, existente en Stowe House (de fotografía), 635.
La biblioteca del palacio de Stowe House (de fotografía), 635.
Vistas de Pontevedra (de fotografías), 636.
Vistas de las Palmas, Canarias (de fotografías), 637.
Sección científica. — Vista en conjunto del puente de la Torre recientemente inaugurado en Londres (de fotografía). El puente de la Torre en el momento de dar paso a los buques (de fotografía). El puente de la Torre abierto (de fotografía), tres grabados, 638 y 639.
Casa en construcción en Chicago (de fotografía), 640.
Esquilador, dibujo original de Baldomero Galofre, 641.
Accidente en la vía férrea, cuadro de Andrés Solá y Vidal, 643.
Un público indulgente, cuadro de Theo Schmutz-Baudiss, 645.
Meditación, acuarela de Leonardo Wyburd, 645.
Dulces miradas, acuarela de Carlton A. Smith, R. I., 645.
Salida del baile, acuarela de Lucien Davis, R. I., 645.
Dos amigos, acuarela de Miss Juana M. Daaly, R. I., 645.
Pescadora de almejas, de una fotografía de R. W. Robinson, 647.
Baile y cante, cuadro de Ricardo Brugada, 647.
La comida del preso, dibujo original de J. García Ramos, 648.
Sevilla. Muelle de Triana, dibujo original de Manuel García Rodríguez, 649.
El almirante chino Ting, que mandaba la escuadra china en el combate naval librado junto a la desembocadura del río Yalu, 650.
Oficiales del buque de guerra chino «Chih Yuen» echado a pique por un torpedo japonés en el combate naval de Yalu, 650.
Sección científica. — Nuevo puente proyectado sobre el Hudson en Nueva York. Vista longitudinal del nuevo puente proyectado sobre el Hudson, dos grabados, 654.
Leona con sus cachorros, escultura de A. Vallmitjana Abarca, 656.
El escultor R. Kissling modelando la estatua de Guillermo Tell, 657.
Regreso a la aldea, acuarela de José Echena, 659.
La jota, cuadro de Baltasar González y Fernández, 659.
Velocipedista del ejército japonés, 661.
Artillería del ejército japonés del Sur, Bateria de campaña en ejercicio, 661.
Oficiales de artillería del ejército japonés revistados por el mikado, 661.
Estatua ecuestre de Ramón Berenguer III, obra de José Llimona (de fotografía), 663.
La feria de Santo Tomás en Palma de Mallorca, cuadro de Lorenzo Cerdá y Bisbal, 663.
El ejército chino: castigos durante la marcha. Soldados vivaqueando, dos dibujos de R. Catón Woodville, 664 y 665.
La reina Ranavalo Manjaka y su esposo y primer ministro Rainilaiarivoni, 666.
El conde de Yamagata, general en jefe del ejército japonés (dibujo de una fotografía), 666.
Monumento erigido en Cúcuta (Colombia) al general Santander, 666.
Sección científica. — Las grandes estaciones de ferrocarriles de Alemania. Planta de trigo arrastrado en dos soluciones nutritivas de composición distinta, dos grabados, 670 y 671.
Nueva Casa de Correos que se edifica en Liverpool y cuya primera piedra puso el duque de York el día 10 de Septiembre último, 672.
Una representación teatral al aire libre en Taguig (Manila), de Manuel Arias Rodríguez, 673.
La guerra chino-japonesa. — Versión china de un combate por tierra. Versión china del naufragio del «Kow-Shing», dibujos a la pluma de un artista chino, 675.
Soldados coreanos llevando preso a un espía indígena, 676.
Artillería de montaña japonesa en marcha, 676.
Jóvenes japonesas en traje de fiesta, 677.
Niños japoneses de paseo (de fotografía), 677.
Las maravillas de la ciencia. La locomoción del porvenir. Locomotora aérea. El correo por los aires. Locomoción submarina, tres grabados, 679.
Juramentos de amor, cuadro de D. Israel, 680.
Un rezagado, dibujo de Francisco Sans Castaño, 681.
Estatua de la República Francesa, obra de M. Paris, 682.
Estatua de San Ignacio de Loyola, obra de Marcial Aguirre, 682.
Sección científica. — El doctor Roux. Extracción de la sangre de la abalá. Preparación del suero. Jeringa para las inyecciones. Inoculación del suero, cinco grabados, 686.
Monseñor Federico Azeiros, arzobispo de Buenos Aires, 688.
Alejandro III Alejandrovitch, emperador de Rusia, 689.
Derrota de los chinos por los japoneses en Asán, dibujo de un artista japonés, 691.
Infantería japonesa practicando maniobras de defensa de una posición atrincherada (de fotografía), 691.
Una procesión en el Japón (de fotografía), 693.
Shanghai. El canal de Suehó, junto al barrio americano. Calle de Nankin. El mercado (de fotografías), tres grabados, 694.
Guerra chino-japonesa. Combate naval cerca de la isla de Phonto (Corea), dibujo de un artista japonés, 695.
Una compañía de infantería china, 695.
Estío, copia del celebrado cuadro del pintor inglés Reynolds Stephens, 696 y 697.
Retrato, obra de Mauricio Greiffenhagen, 698.
Monumento erigido en Bruyeres a la memoria del doctor Villemín, obra de Jacquet, 698.
Retiro apacible, cuadro de E. J. Gregory, 698.
Sección científica. — La máquina de volar de Maxim tomando impulso para levantarse por los aires. Aspecto en conjunto de la máquina de volar de Maxim, dos grabados, 702 y 703.
Las deformaciones craneales en el arte antiguo, 704.
Una sección de artillería china, 705.
Escudo de la República de San Marino, 706.
Estatua de San Marino, adosada a uno de los ángulos del nuevo palacio, obra de Tadolini, 706.
Estatua de San Marino, existente en la basilica de la capital, 706.
Vista general de la república de San Marino, 707.
La comitiva de los capitanes regentes y oficiales de Estado saliendo de la basilica de San Marino (de fotografía), 707.
Erasmus, cuadro de Holbein, 709.
El tsar Nicolás II Alejandrovitch de Rusia y su prometida la princesa Alicia de Hesse, 711.
Livadia (Crimea), quinta en donde ha fallecido el emperador Alejandro III, 711.
Un bautizo, cuadro de Alejandro Bezzos, 712.
Los desterrados en Siberia entonando el canto de la patria, cuadro de V. Schereschewsky, 713.
Faenas campestres, cuadro de H. H. L. Thangue, 714.
Pandora, cuadro de Rossetti, 714.
Cabeza del Niño Jesús y Cabeza de ángel, de Leonardo de Vinci, 714.
La Fura Tena (hombre y mujer), dibujo de Vizueté, 718.
Gamo atacado por un águila, grupo en yeso de José Campeny (de fotografía), 720.
Los zapatos nuevos, cuadro de G. Puig Roda, 721.
Monseñor Cretoni, arzobispo de Damasco, Nuncio Apostólico (de fotografía), 723.
La visita de los amigos, cuadro de Joaquín Agrasot, 723.
Gutenberg, estatua de Juan Maria Danielli, 724.
Una sesión del congreso católico recientemente celebrado en la catedral de Tarragona, apunte de Torres Fuster, dibujo de Passos, 725.
El príncipe Hohenlohe, nuevo canceller del imperio alemán (de fotografía), 727.
Anheloso amoroso, cuadro de R. Bompiani, 727.
¡No llores, tontuel!, dibujo de H. Ford, 728.
Cabeza de estudio, pintura de L. Barrau, 729.
El capitán Enrique Bartlett. Miss Peary. El teniente Peary. El ballenero *Halobón*, 731.
Un filtro amoroso, cuadro de E. Bundy, 733.
Sección científica. — Construcción del palacio de Justicia de la ciudad del Lago Salado, Estados Unidos, con las grúas-cabrias americanas (de fotografía). Otro tipo de grúas-cabrias aplicado a la construcción del Palacio del Gobierno en Charleston (de fotografía), 734.
La piedra labrada de Aipe, dibujo de José M.^a Gutiérrez de Alba, 735.
Monumento erigido a la memoria de Quatrefoques en Valleruaga, departamento del Gard, 736.
Ante el caballete, composición y dibujo de Sauber, grabado por Florián, 737.
Isla de Cuba. — Inundación de Sagua la Grande, dibujo de José Passos, 739.
El ejército japonés: la primera materia. El artículo manufacturado, dibujos de Federico Villiers, 741.
Camino del mercado, cuadro de C. Troyon, 743.
¡Partió!, cuadro de Francisco Miralles, 743.
Venecia. Muelle de San Trovaso, cuadro de Mariano Barbasán, 744.
Italia. Mercado en Subiaco, cuadro de Mariano Barbasán, 744.
El doctor Zacharin, catedrático de Terapéutica de la universidad de Moscú y médico de cabecera del tsar Alejandro III, 746.
El doctor Leyden, médico alemán llamado a Livadia para consultarse acerca de la enfermedad del tsar, 746.
Maravillas geológicas de Colombia. El salto de Tequendama (de fotografía), 749.
Cabaña situada en las Rocas Rojas. La cabaña experimental del doctor Janssen. Chozo levantada junto a la cabaña experimental, Federico Payot y su primer ayudante. El doctor Janssen, director del observatorio de Meudón y fundador del de Monte Blanco. Federico Payot, guía de Chamounix que ha cuidado de la erección del observatorio del Monte Blanco, seis grabados, 750 y 751.
Ejercicios de tiros de arco por las señoras de la *Royal Toxophilite Society*, en Inglaterra, 752.
Buena pipa, cuadro de Antonio Fabrés, 753.
Francisco Goya y Lucientes, 754.
Caprichos de Goya, tres grabados, 754 y 755.
Escena y decoración del primer acto de la ópera *El amigo Fritz*, 756.
Personajes y escenas de la ópera de Mascagni *El amigo Fritz*, 757.
Estatua de Shakespeare en Chicago, 759.
Puerta oriental de la ciudad sagrada de Mukden en China, 759.
Sitiando la plaza, cuadro de F. Andreotti, 760 y 761.
Luis Figuier, 762.
Yendo al trabajo, cuadro de J. F. Millet, 762.
La Muerte en sus dominios, cuadro de M. Wislicenus, 762.
Sección científica. — Primer experimento del kinetoscopio verificado por Edison en su laboratorio de Orange (Estados Unidos). Vista exterior del kinetoscopio. Mecanismo motor del kinetoscopio. Modo de arrollar en el kinetoscopio la cinta de celuloide en la cual se han sacado las pruebas cronofotográficas, 766 y 767.
La favorita, cuadro de Ricardo de Madrazo, 768.
Regalo de año nuevo, cuadro de C. Reichert, 769.
El entierro del tsar Alejandro III. Llegada del cortejo fúnebre a la ciudad de Yalta. Salida de Yalta del buque *Pamiat Merrukiya* conduciendo el cadáver del tsar a Sebastopol, dos grabados, 771.
Monumentos chinos. Torre funeraria a la memoria de un bonzo. León colosal delante del palacio imperial de verano, en Pekín, 773.
Una procesión funeraria en China, 773.
Ernesto de Köller, el nuevo ministro del Interior de Prusia, 774.
El cardenal Fr. Ceferino González, 775.
El entierro del tsar Alejandro III, 775.
Una partida empeñada, cuadro de R. Armenise, 776.
La Salve antes de la lidia, cuadro de José Gallejos, 777.
La muerte del tsar de Rusia en París, 781.
Sección científica. — Pozo artesiano de Redfield, Estados Unidos. Otro pozo artesiano de Redfield. Desarrollo fotográfico por medio de serrín de madera. Modo de operar, 782.
El eminente pianista y compositor ruso Antonio Rubinstein, 784.
En oración, cuadro de Gabriel Max, 785.
Ampurdán. Afueras de Palamós. Regreso del trabajo. Recuerdo de Castell de Aro. Una calle en San Feliú de Guixols. La trilla. Recuerdo de Palamós. Masía de Palafrugell. Pescador de San Feliú de Guixols, seis apuntes, por Baldomero Galofre, 787 y 788.
San Feliú de Guixols. Un casino al aire libre, apunte de Baldomero Galofre, 789.
Ampurdán. Castellón de Ampurias. Ruinas. Jóvenes de San Feliú de Guixols, dos apuntes de Baldomero Galofre, 790.
Un valentón flamenco del siglo XVII, escultura de Julio S. Cruzado, 791.
Las principales artistas de la presente temporada del Gran teatro del Liceo de Barcelona, dibujo y composición de J. Diéguez, 791.
Procesión de la Cruz de Mayo, cuadro de José Gallegos, 792 y 793.
La guerra chino-japonesa. A bordo de un transporte japonés. La comida del mediodía. Batalla de Ping Yang. Los japoneses tomando por asalto una posición china. Mapa de la guerra chino-japonesa. Revista de la guarnición china de Porth Arthur, dibujo de Frank Dadd, cuatro grabados, 795 a 797.
Sección científica. — Colombia. Los derrumbes de Tunjuelo. Cristalizaciones formadas por la evaporación de la tinta vistas con el microscopio, 798 y 799.
El nuevo edificio del Reichstag alemán, proyectado por el arquitecto Pablo Wallot, 800.
Fragmento del cuadro titulado «El Rosario de la Aurora», original de J. García Ramos, 801.
Una embajada swazi a la reina Victoria de Inglaterra (de fotografía), 803.
La boca de la mina (de fotografía), 804.
El trabajo en las minas, dibujo de Eduardo Ximenes, 805.
Las bodas de Nicolás II. La familia imperial reunida antes de la ceremonia en el salón de malquita del Palacio de Invierno de San Petersburgo. La ceremonia del casamiento en la capilla del Palacio de Invierno de San Petersburgo, 807.
Contrabandistas andaluces, dibujo original de J. García Ramos, 808.
Entrada en Sevilla por la Puerta del Carmen, dibujo original de Manuel García Rodríguez, 809.
Fernando de Lesseps, 810.
Los terremotos de Sicilia y de Calabria. Procesión celebrada en Messina. Episodio después del terremoto de Bagnara, 811.
Sección científica. — Construcción del gran canal de Chicago que ha de unir esa ciudad con el golfo de México. Vista del valle del río Des Plaines. Cabria de vapor para la extracción de tierras. Draga de vapor. Grúa de vapor para la colocación de los bloques. Vista del cauce del canal, 814.
Una feria montañesa, dibujo original de Mariano Pedrero, 816.
Jesús y San Juan, cuadro de Murillo, 817.
Alegoría de Nochebuena, grabado de Ricardo Bong, 819.
La Virgen del Pez, cuadro de Rafael, 821.
París. Vendedor de agua de coco, dibujo del natural de Salvador Azpiazu, 823.
París. Romeo y Julieta, los dos elefantes del Jardín de Aclimatación, dibujo del natural de Salvador Azpiazu, 823.
La Sagrada Familia, cuadro de Fritz Roeber (de fotografía), 824 y 825.
República Argentina. Terremotos ocurridos en las provincias de San Juan y La Rioja, dibujo de Passos (de fotografía), 826.
Prisioneros chinos en Ping Yang, 827.
Las hermanas Barrison en el Jardín de Invierno de Berlín, 828.
El despertar de Jesús, cuadro de P. Borrell, 832.

La Ilustración Artística

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Año XIII

← BARCELONA 1.º DE ENERO DE 1894 →

Núm. 627

En este número comenzamos la publicación de la preciosa novela de Andrés Theuriet **HECHIZO PELIGROSO** con bellísimas ilustraciones de Emilio Bayard y traducida por el reputado literato Carlos Frontaura



EN EL PALCO,

quadro de Román Ribera, reproducido por Angerer, de Viena

SUMARIO

Texto. - Cristóbal Colón. Estatua de Justo de Gandarias. - Crónica de la campaña, por José Ibáñez Marín. - Tipos madrileños. El hombre de administración, por Luis Taboada. - ¡A buen tiempo!..., por Antonio de Valbuena. - La acusación fiscal, por Alejandro Larrubiera. - Nuestros grabados. - Miscelánea. - Hechizo peligroso, novela de Andrés Theuriot, traducida por Carlos Frontaura, con ilustraciones de Emilio Bayard. - SECCIÓN CIENTÍFICA: Juan Tyndall. - El ferrocarril intramural en la Exposición universal de Chicago. - Libros recibidos.

Grabados. - En el palco, cuadro de Román Ribera, reproducido por Angerer, de Viena. - Cristóbal Colón, estatua de Justo de Gandarias. - Antes de la tormenta, cuadro de J. Dupré. - En el rosario, cuadro de Micislao Reyznar. - Entre compadres, cuadro de Joaquín Araujo. - Una casa de aldea (de fotografía). - Espigaderas, cuadro de J. P. Beadle. - Una boda en Aragón, cuadro de P. Salinas. - El general Peixoto, presidente de la República del Brasil. - El almirante Mello, jefe de la revolución del Brasil. - El perro y el faisán, escultura de Emilio Wunsche. - Fernando de Magallanes, escultura de F. P. de Tavera. - El eminente físico J. Tyndall. - Figs. 1 y 2. Ferrocarril intramural de la Exposición universal de Chicago. - El monumento de Wattignies, en Maubeuge, obra de Fagel.

CRISTÓBAL COLÓN

ESTATUA DE JUSTO DE GANDARIAS

Equivocadamente atribuímos a D. José Alcoverro la estatua de Colón que publicamos en el número 619 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y hoy repro-



CRISTÓBAL COLÓN, estatua de Justo de Gandarias que publicamos en el número 619 y que equivocadamente atribuímos a José Alcoverro

ducimos y que es del reputado artista D. Justo de Gandarias.

El nombre de Gandarias va unido a una multitud de esculturas notabilísimas que han merecido premios en públicos certámenes y el aplauso de la crítica y de los inteligentes y aficionados, pudiendo citar entre otras *Plus ultra*, grupo alegórico en yeso del descubrimiento y civilización del Nuevo Mundo, que figuró en la Exposición nacional de Bellas Artes de Madrid de 1881; *Anfitrite*, que fué premiada en dicha Exposición con medalla de tercera clase, *La música*, *El amor y el interés*, *Carlos I de España*, *León y águila*, *el Padre Feijóo*, *el Cardenal Cisneros*, *La armonía*, *La fama*, *Confidencia*, *Japonés*, *Japonesa*, *Moro*, *Chula*, *Un parisiense* y otras.

Nuestro querido colaborador el distinguido crítico D. Rafael Balsa de la Vega, cuyos juicios no suelen pecar de benévolos, en su notable libro *Artistas y críticos españoles* juzga en los siguientes términos del mérito de Gandarias: «Rápido en concebir y en ejecutar, Justo de Gandarias es un escultor que ha merecido recompensas en Exposiciones internacionales que ningún otro escultor español ha logrado todavía. Con ser un devoto del clasicismo, sus estatuas, sin embargo, no tienen la rigidez y frialdad de

líneas que distingue las de esos pseudo-clásicos que aún pasan hoy por inspirados artistas y que ocupan puestos académicos; no, las mujeres que modela Gandarias son finas de línea, carnosas, elegantes de proporción y de traza; en fin, mujeres de carne y hueso, no de mármol.»

CRÓNICA DE LA CAMPAÑA

Melilla 20 de diciembre de 1893

A la esplendidez primaveral sucedió el tiempo huracanado y lluvioso; días de alegría con el regodeo vigoroso de gentes duras y animosas engendraron esos días de tristeza y de atonía, impropios para masas guerreras prestas siempre á cuanto sea bizarrear, movimiento y vida.

Cuatro días de temporal, con agua incesante que calaba hasta la ropa interior y viento fuerte capaz de destruir, no ya nuestras viviendas de frágil lona, pero hasta los baluartes señoriales y vetustos de la plaza.

Durante ese tiempo inclemente, los tropas han permanecido en sus campamentos sin poder siquiera salir media hora porque el agua azotaba con furia. El horizonte turbio, gris el cielo, mustio el ánimo y ateridos los miembros, parecía que entre estos 25.000 hombres aquí reunidos había tomado puesto toda incomodidad y toda congoja.

Porque con las inclemencias del cielo podían surgir enfermedades; las comunicaciones con la patria se hacían difíciles; los ranchos era imposible confeccionarlos; el pan se mojaba, y hasta la pólvora parecía correr el riesgo de flotar en el pequeño diluvio...

A Dios gracias, las cataratas se han cerrado; el sol ha vuelto á brillar en el cielo; la humedad ha disminuído; las auras tibias traen esencias del monte y salud del Mediterráneo, y la madre España nos ha enviado barcos, y con los barcos las palpitaciones de nuestros compatriotas, los amores de nuestros hijos, de nuestros hermanos, de nuestras madres...

* *

Una circunstancia inesperada ha hecho relacionar el cambio de tiempo con cierto asomo de pelea que se vió hace tres días en este campo.

El temporal había arrojado bastante madera de la destinada á la construcción de algunos puentes sobre las playas por donde desemboca Río Oro, que, como es sabido, son nuestras.

Los moros de Mazuca y de Mezquita, en cuanto advirtieron que había madera en la playa se lanzaron sobre ella como fieras sobre su presa. Salió una sección de infantería del fuerte de San Lorenzo á fin de hacerles ver que se vigilaban sus fechorías y... continuaron impertérritos en sus rapiñas. Marchó al lugar del suceso una sección de caballería, hizo señas á los montaraces y... ¡que si quieren!, prosiguieron en su faena.

Observando que la chusma no hacía maldito el caso de las indicaciones diplomáticas, nuestro general en jefe dispuso que el fuerte de San Lorenzo les hiciese saber á cañonazos que la madera era de España y que ésta no toleraba que nadie se la robase. Al hacerse los primeros disparos cesó la lluvia, y todo el ejército salió de sus tiendas corriendo á los cerros más altos para ver el cañoneo del fuerte y el fuego de fusilería de su guarnición.

- Está probado, decía un gentil capitán de cazadores, en cuanto se dispara contra los moros, Mahoma deja de lanzarnos agua.

Los moros, ni con fuego de cañón ni con fusilería dejaron de llevarse tablones. Pero en cuanto Muley Araaf se dió cuenta del caso, envió un puñado de *askarys*, que á estacazo limpio pudo rescatar la madera.

Todas las tablas fueron devueltas al siguiente día, de mañana. De no haber ocurrido así, se consideraba seguro que algunas fuerzas de nuestro ejército se hubiesen encargado de ello, tomando entonces el problema planteado un sesgo menos nebuloso é inactivo.

* *

Este incidente vino á patentizar muchas verdades conocidas y á esclarecer otras, envueltas por el farrago de tanta negociación y tanto dime y direte diplomático.

Primeramente comprobó el espíritu enardecido y dispuesto de nuestras tropas, cuyo regocijo era extremo al notar que *por fin* se salía de la pasividad.

Hase visto el temperamento enérgico al par que prudente de nuestro general en jefe; no se quiere provocar ni hacer alardes de inconveniente bravura: nada de eso. Pero hay resolución firmísima de no tolerar el menor desmán ó atropello, porque para eso

ha enviado aquí la Patria sus energías y sus soldados.

Por parte de las pseudo-autoridades del sultán se ha probado también el deseo que tienen de no alterar las cosas, ínterin Muley Assán no lance su palabra divina, que será allá en la época en que más cuadre á S. M. S.

Y últimamente, si alguien necesitaba saberlo, han demostrado por centésima vez los rifeños que su audacia es tan grande como su salvajismo, y que ni los consejos del bajá, ni las exhortaciones religiosas y jerárquicas de Muley Araaf, ni el ejército acampado del lado acá de los fuertes les hacen mella, ni impiden sus instintos montaraces.

Con estos rifeños no hay más regla ejemplar que el hierro y el plomo, é ínterin no se les haga sentir nuestra fuerza de un modo eficaz volverán las cosas al ser y estado que tenían antes del 2 de octubre.

Esto es, no podremos sembrar en nuestro campo, porque nos roban los frutos; apacentarán sus ganados en nuestros montes, y sólo serán respetuosos con nuestras autoridades en las horas que invierten en vender gallinas, huevos y hortalizas en este mercado de Melilla, único que tienen por esta parte del Rif, y cuya temporal clausura ha sido hasta ahora el castigo que se les ha impuesto.

* *

Desde que el general Arolas, fué designado para un mando en este ejército, las gentes vieron en tal nombramiento un hábil y patriótico empeño político del general en jefe. Además, la opinión militar auguró para el soldado valeroso y el gobernante sagaz un puesto de gloria en la campaña, si ésta se abriese, ó el cargo de gobernador de Melilla y sus presidios, caso de que todo terminase en paz.

Es el general D. Juan Arolas y Esplugues una personalidad militar de relieve propio y de significación rara y romancesca. Inteligencia lúcida y cultura esmerada; corazón noble y valeroso, abierto á todas las gallardías de la idea, desde mozo fué devoto de pensamientos novísimos, á los cuales guardó culto desinteresado allá en el fondo de su alma indomable.

Personaje de otras edades, si hoy existiera el ambiente de los siglos medioevales, sería un cruzado puesto á combatir por su fe, enamorado de la dama de sus ensueños, hidalgo y liberal para todos sus arranques.

Su fe fué y es la patria española, á la que adora como el creyente á su Dios y á la que codicia como el sectario á su ídolo; su dama la simbolizan el ejército, la libertad, formas políticas que los videntes apellidan del porvenir, y otros que no lo son consideran factibles en estos momentos.

Todo esto ha hecho de su vida una leyenda, de su porvenir una incógnita.

Y sin embargo, el general Arolas no es más que un soldado de su patria ante todo, un caballero fiel á sus creencias después, y una inteligencia puesta al servicio de un valor increíble, siempre y en toda ocasión.

Su nombramiento, pues, para el gobierno de Melilla merece aplausos, y de él puede ufanarse el general Martínez Campos. Porque Arolas, soldado victorioso de nuestras guerras, ha patentizado últimamente en Joló raras cualidades de administrador íntegro y previsor, de experto gobernante, de juez recto, consiguiendo durante su gestión reducir á los montaraces moros joloanos, transformar aquellas tierras en una colonia floreciente con capital bella, moderna, limpia y trabajadora.

Y su paso por Joló es la garantía de que en Melilla, donde tanta falta hace un administrador celoso, un general previsor y un gobernante de carácter é inteligencia, su gestión será fructuosa y de provechos indudables para España.

JOSÉ IBÁÑEZ MARÍN

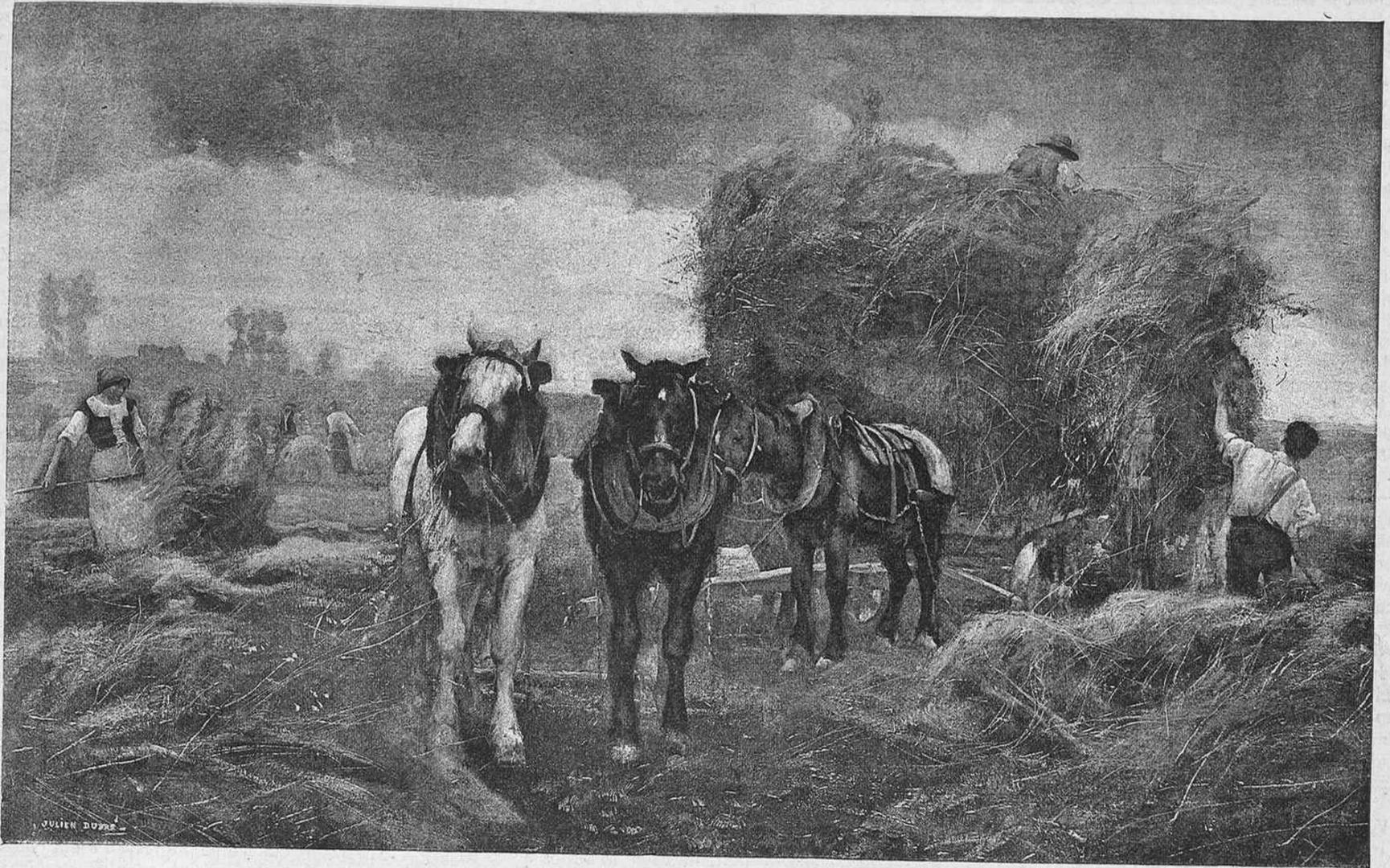
TIPOS MADRILEÑOS

EL HOMBRE DE ADMINISTRACIÓN

En todas las oficinas del Estado hay media docena de sujetos que gozan fama de notables y obtienen honores, ascensos y demás bicocas, gracias á la propopeya de que saben revestirse y á los conocimientos administrativos de que hacen gala.

Aquí para prosperar y ser dichoso no hay como conseguir fama de hombre de administración. Por lo mismo que nadie estudia el asunto, es cosa facilísima lograr que le crean á uno bajo su palabra; y con decir cuatro vulgaridades y fruncir las cejas y pasarse la mano por la frente en los momentos críticos, ya ha logrado usted que digan las personas candidas:

- Ese es un verdadero hombre de administración.



ANTES DE LA TORMENTA, cuadro de J. Dupré (Salón de París de 1983)



EN EL ROSARIO, cuadro de Miccisloao Reyzner (Exposición internacional de Bellas Artes de Munich, 1893)

Los primeros que se tragan la píldora son los ministros. Llegan a posesionarse de la cartera, toman asiento en la poltrona, y a los cinco minutos ya tienen en su presencia al «hombre de administración» que entra diciendo:

— Yo soy Rodríguez de la Grasilla, de quien habrá usted oído hablar. Llevo en la Dirección de contribuciones onerosas veintinueve años, día por día.

— ¡Ah, sí!, contesta el ministro. Le conocía a usted de nombre. ¿Quién no le conoce a usted?

— Mil gracias. Vengo a ponerme a su disposición y a manifestarle que estoy dispuesto a seguir prestando mis servicios con la lealtad y el celo que he demostrado siempre en pro de los intereses públicos. Yo no soy hombre político: soy hombre de administración...

Que es como si dijera:

«Yo no pienso dimitir el empleo, como hacen los demás altos funcionarios cuando entra un nuevo ministro. Por consiguiente, usted verá lo que hace.»

Y el ministro cae en la red y contesta:

— Lo que necesita el gobierno es que haya muchos funcionarios como usted, Sr. Grasilla. En España sobran hombres políticos: hombres de administración es lo que no tenemos.

Dicho se está que Rodríguez de la Grasilla permanece en el ministerio mientras dura aquella situación, y la otra, y la que le sigue, hasta que se muere de viejo o le jubilan con un «haber» morrocotudo.

En Madrid existen muchos hombres de administración como el que acabamos de bosquejar. En casi todos los ministerios hay tres o cuatro que consiguen *vivir de gorra* toda la vida; es decir, que no trabajan, ni discurren, ni proporcionan utilidad alguna al país, y cobran, sin embargo, sueldos pingües y figuran en una porción de comisiones honoríficas.

Vamos al teatro o a la Exposición Histórica o a la apertura de las Cortes o a cualquiera otra solemnidad oficial, y lo primero que vemos es a las de Rodríguez de la Grasilla, o sea a la esposa y a las dos hijas del elevado funcionario, que visten lujosamente y se colocan en el lugar más visible y miran con cierto desdén a todos los demás mortales que no percibimos sueldo del Estado.

La esposa de Grasilla se cree con derecho a figurar en todas partes, y aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para decir en alta voz, a fin de ser oída por el público:

— Mi esposo no ha podido venir porque se ha encerrado con el ministro desde anoche. Como el ministro no tiene confianza en nadie más que en él, le ha llamado para consultarle los presupuestos.

Antes se quedaría sin bastón el teniente alcalde de nuestro distrito que quedarse sin billetes la señora de Grasilla. No hay fiesta a que no concurra, siempre acompañada de sus hijas, que parecen dos langostines sin cocer. Hay una función de gala en el Real, las primeras que aparecen son las Grasillas; se inaugura la Exposición de Bellas Artes, las Grasillas figurarán entre las primeras personas invitadas; celebra sesión solemne cualquier Academia, allí estarán las Grasillas ocupando los primeros puestos...

Bien es verdad que Grasilla, padre, cifra todo su empeño en distraer a su esposa e hijas sin que tenga que sacrificar el bolsillo. En cuanto sabe que va a haber una fiesta de convite, ya está él molestando a todo el mundo con estas ó parecidas palabras:

— Hombre, mi familia tendría el gusto de asistir a la función. Si fuera cosa de comprar los billetes no molestaría a usted ni a nadie; pero como tengo entendido que son de convite...

Él se las arregla de modo que no hay quien le niegue lo que solicita, y se va a su casa con los billetes, porque si no lo hiciera así, ya le había caído el premio gordo con su mujer. Esta buena señora, que parece tan amable, tiene un genio de todos los diablos y trata a Grasilla como si fuera un ayuda de cámara o su cocinero.

— Grasilla, le decía, mañana se inaugurará la *Kermese* a beneficio de los pobres. Traémos billetes.

— No sé a quién pedirselos, contesta él con cierta humildad.

— ¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? ¿Vamos a quedarnos sin asistir a la inauguración? De ninguna manera. Las niñas tienen que estrenar los vestidos verdes. ¡Pues no faltaría más!

— Pero...

— Tú los buscas hoy mismo y nos los mandas por un ordenanza del ministerio. Tengamos la fiesta en paz.

Grasilla baja la cabeza y se va a su oficina, donde pone en juego a los escribientes para que redacten cartas solicitando los dichos billetes.

— A ver, Gómez. Escriba usted una carta al secretario del gobernador, que yo firmaré, diciéndole que estoy en un compromiso muy grande con mi familia.

— Usted, Sánchez, ponga otra carta al presidente del Círculo de la Unión Mercantil con el mismo objeto. No le conozco, pero en cuanto vea el membrete del papel le halagará mucho poder servir a un alto funcionario del ministerio.

— Martínez, déjelo usted todo y váyase a casa de López a decirle que necesito, sin falta, tres billetes. El está en buenas relaciones con el duque de la Ensañada y es fácil que tenga muchos.

Grasilla apela a cuatro ó cinco personas a la vez para conseguir su objeto, y acaba por reunir, no sólo tres, sino quince billetes, con los cuales aplaca el mal humor de su esposa y labra la felicidad de sus dos hijas, que exhiben sus vestidos verdes en la inauguración y provocan estas ó parecidas frases:

— ¡Jesús!, dice una señora. ¡Qué vestidos traen esas dos criaturas! ¡Parecen dos manojos de acelgas!

— ¡Y qué flacas están!, añade otra.

— ¿Quiénes son?

— No las conozco, pero las veo en todos los espectáculos gratuitos.

— La mamá parece una perra de lanas.

¡Si supiera la señora de Grasilla lo que hablan de ella! ¡Si pudiese oír las frases que inspira al respetable público! ¡Buen genio tiene la señora! Dígalo, si no, su esposo, a quien falta todos los días de palabra y algunas veces hasta de obra. Una tarde se le agarró a las patillas y por poco se las arranca, y todo porque le negó quince duros para unos corsés de las niñas.

— ¿Cómo se entiende?, gritaba la señora. ¡Negar a tus hijas una cosa tan necesaria! ¿Quieres que lleven los corsés como si fuesen las hijas de un empleado cualquiera? ¿No sabe todo el mundo que eres jefe superior de administración civil? Mañana les pasa cualquier cosa en la calle a nuestras hijas, y al aflojarles la ropa y verles el corsé la gente te criticará con mucha razón. Pues no quiero; mis hijas tienen que vestir como corresponde a su clase.

Grasilla siguió oponiéndose a lo de los quince duros, y entonces fué cuando su esposa se le agarró a los bigotes.

En aquella casa hay frecuentes disgustos por causa de la mujer, que siempre está diciendo al marido:

— ¡Parece mentira que lleves veintitantos años en el ministerio y no tengas una gran cruz como Verdugón!

— Verdugón es primo de un subsecretario, y por eso...

— Pues tú debías gestionar otra gran cruz, porque me da mucha rabia que la de Verdugón tenga tratamiento de Excelencia. Aun el otro día vi el sobre de una carta que le escribía un cuñado suyo y la llamaba *Excelentísima señora*. Tú no miras por tu familia ni tienes el menor interés en que yo brille en sociedad. ¡Miren la de Verdugón! Una mujer ordinaria, que antes de casarse tuvo casa de huéspedes; pero su marido es mucho más listo que tú y sabe sacar buen provecho de todo. De ti se rien los ministros.

— Demasiado hacen conservándome el destino.

— Pues no faltaba más sino que te lo quitaran.

— Todo es posible.

— El día que sucediera eso, sería capaz de extranulararte.

— ¿Por qué?

— Porque me probaría que no sabes hacerte valer como otros. ¿Qué sabe Verdugón? Nada, y sin embargo siempre está saliendo su nombre en los periódicos, que aún anteaer decía *La Correspondencia* que le habían nombrado vocal de la Comisión de los Aranceles y tú no eres más que socio sencillo de la Económica.

— ¿Qué le hemos de hacer?

— Tienes razón. Demasiado te consideran para lo que tú vales. Porque no me negarás que tienes poco entendimiento, y lo que yo extraño es que pases por hombre de administración, cuando nunca has sabido echar una cuenta; y si no, que lo diga el carbonero, a quien le dabas dos reales de más el otro día, porque ni aun conoces el valor de la moneda.

— Fué una equivocación.

— Hombre, tendría gracia que quisieras engañarme a mí. ¿Crees que soy como los ministros?

— Baja la voz, que nos está oyendo la criada y puede ir contándolo por ahí.

El caso es que Grasilla sigue figurando entre los hombres de administración más conspicuos de este país, y los únicos que le conocen a fondo son su mujer y el carbonero. Los ministros, en cambio, aseguran que no se puede prescindir de Grasilla, y que sin él no marcharía la complicada máquina de la administración pública.

Su nombre figura al frente de las revistas *financieras* — como se dice ahora — en clase de colaborador ilustre; la Sociedad Económica le tiene por uno de sus socios más distinguidos; la prensa en general le tributa elogios, suponiéndole ligado al ministro de

Hacienda para salvar al país, y hasta hay el propósito de darle la gran cruz que tanto desea su esposa.

Y él vive perfectamente, en medio de todo, porque las consideraciones que le guardan en la oficina borran el recuerdo de sus disgustos domésticos.

Los empleados se postran al verle en la oficina con la cabeza apoyada en la mano y los ojos fijos en los expedientes.

— Está estudiando, dice uno.

— Está reduciendo el presupuesto de gastos dice otro.

— Tiene un proyecto de Hacienda que va a regenerar el país, añade un tercero.

— Es persona que vale mucho, aseguran todos.

Y mientras pasa aquí por hombre de administración, digno de toda clase de respetos; y mientras el ministro le declara insustituible, la esposa se burla de tanta credulidad y tanta farsa, y dice al esposo metiéndole los puños por las narices:

— Parece mentira que haya tanta tontería en el mundo. ¡Mira que pasar tú por hombre de administración! ¿Cuántas son siete por ocho? ¿A que no lo sabes?

LUIS TABOADA

(Prohibida la reproducción.)

¡A BUEN TIEMPO!..

I

Año y medio haría que estaba el pobre Javier Villalba en la Casa de los orates cuando pasé yo por Valladolid y fuí a verle.

— Está enteramente curado, me dijo el médico, y en cuanto le observe un par de meses más, le voy a dar de alta.

Entré con esta buena impresión en la celda de Javier, que me reconoció en seguida, me abrazó, me hizo sentar y se sentó a mi lado.

Después de preguntarme qué había sido de mí en los últimos años y de escuchar la breve relación que le hice de mi vida, se quedó callado, con la vista fija en el suelo como si estuviera cantando las baldosas. Al cabo de un rato volvió a levantar la cabeza, me miró con una mirada muy triste y me dijo:

— Todavía no he contado a nadie la historia de mi desgracia, y tú vas a ser el primero que la sepas... ¿Te acuerdas de Luisa?

— Me acuerdo de oírte hablar de ella cuando estudiábamos, le contesté; de una Luisa que era algo novata tuya...

— No llegó a serlo, me replicó Javier; pero lo debió haber sido... Verás, verás...

«Luisa y yo nos conocimos de muy niños, porque su padre, D. Gabriel de Mendoza, estaba de juez de primera instancia en mi pueblo cuando nos criábamos. Juntos íbamos a la escuela, juntos pasábamos los días de satis y juntos solíamos irnos a moras al soto en cuanto empezaban a negrear. Nos queríamos como hermanos.

»Unos años después, cuando ya me habían llevado a mí al estudio de latín, se murió el juez D. Gabriel, y recogió a Luisa, que de recién nacida había perdido a su madre, un hermano de ésta, el general Sierra, llevándosela a vivir en la corte.

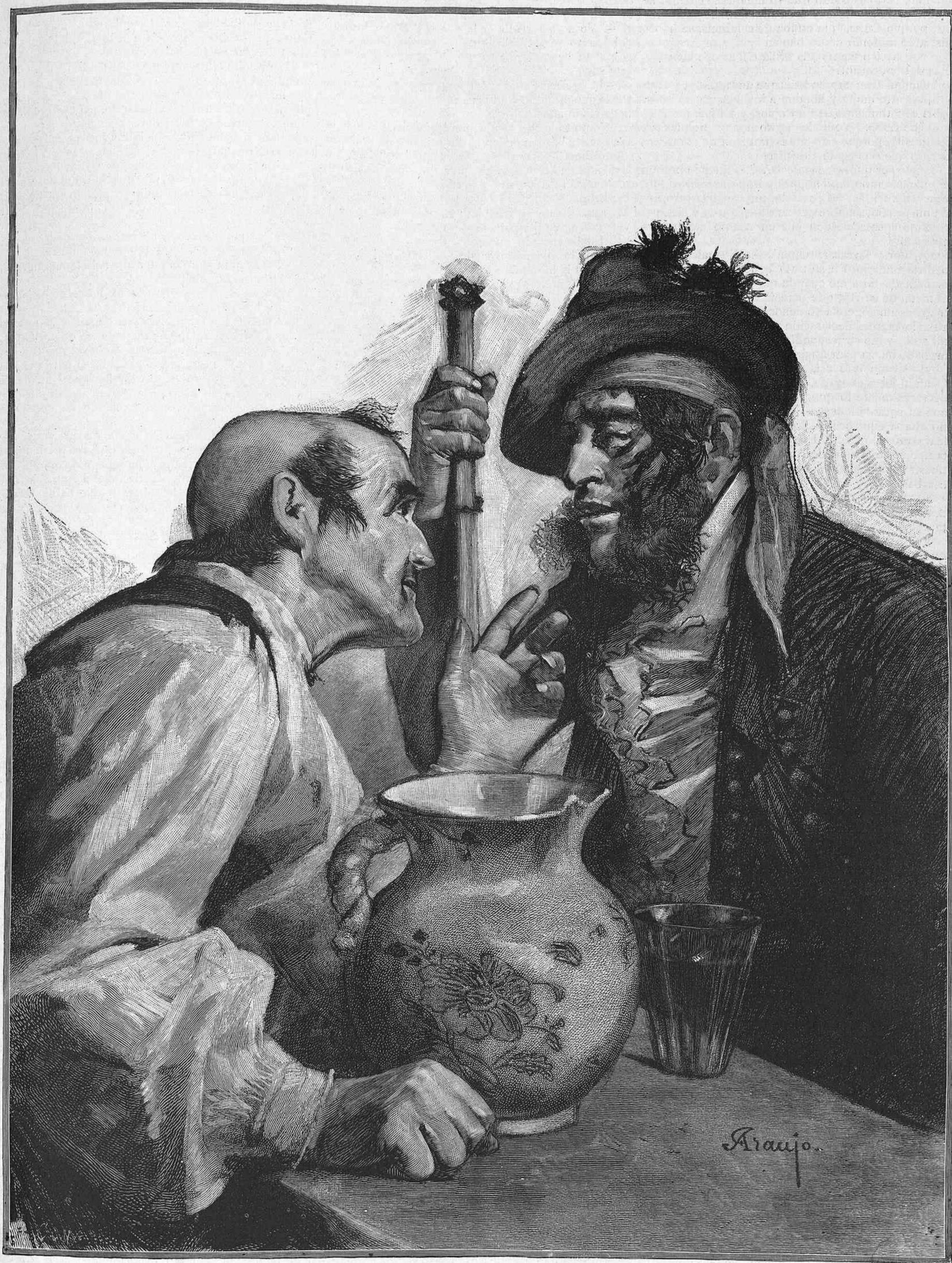
»Así es que luego, cuando yo fuí a Madrid a estudiar Leyes volví a encontrar allí a Luisa hecha ya una mujer; y como cabalmente el general Sierra, su tío, era amigo de mi padre, tuve ocasión de seguir tratándola mucho y viéndola con frecuencia, casi todas las noches.

»Era el general muy aficionado a jugar al tresillo, y jugábamos con él Luisa y yo, cuando no iba gente. Pero esto pocas veces sucedía, porque de ordinario solían ir el coronel Rodríguez (ó *Morralla*, como le llamábamos nosotros), antiguo asistente del general; la mujer de este coronel, que era muy fea y muy habladora; un magistrado del Supremo, pariente de la generala, y un ingeniero de caminos que vivía en la misma casa, en el piso segundo.

»Cuando acudían por lo menos estos contertulios, jugaban con el general el ingeniero, el magistrado y el coronel; la generala hablaba con la coronela ó por lo menos la oía hablar, que era lo único que al lado de la coronela se podía hacer, porque lo hablaba ella todo sin dejar a nadie meter baza, y Luisa y yo hacíamos conversación aparte.

»Contábamonos mutuamente lo que nos había pasado aquel día, verbigracia, si a mí me había preguntado el viejo Novar la lección de Derecho Romano, si ella había estado de visita con su tía en casa de las de Alcázar, que eran muy presumidas y muy fastidiosas...

»Después que se nos acababa lo del día, recordába-



ENTRE COMPADRES, cuadro de Joaquín Araujo

mos escenas de la infancia, riéndonos mucho, por ejemplo, de lo asustado que yo me quedé cuando la tía Reguila me sorprendió en su huerto cogiendo rosas, porque Luisa, que estaba de centinela, se había distraído mirando cómo bebían agua y se escogollaban y se hacían fiestas á la orilla del arroyo las palomas del boticario...

»Fácilmente comprenderás que una amistad así tan íntima entre mujer y hombre á los diez y ocho años, tenía que transformarse en amor, y así fué: me enamoré de Luisa. Lo que de seguro no comprendes tan fácilmente, porque esto no es tan fácil de comprender, es que no llegara á decirse.

»¿Que por qué no se lo decía?.. Al principio porque me parecía pronto... Después porque me parecía innecesario... Y así fui pasando, un año tras otro, los de mi carrera, siempre pensando en Luisa y siempre resuelto á casarme con ella en cuanto me hiciera abogado.

»¿Querría ella casarse conmigo?.. Ni siquiera se me ocurría dudarlo. En su trato llano y cariñoso, en la manera de mirarme cuando me marchaba, hasta en el metal de su voz, que parecía distinto cuando hablaba conmigo, creía yo conocer perfectamente que, aun sin expresa declaración mía, estaba enterada de mi amor y me correspondía con el suyo. Era ella demasiado buena para fingirlo si no lo sintiera...

»Y siendo esto así, ¿qué falta hacía decirse?.. Cuando fuera abogado, bien: entonces la manifestaba verbalmente lo que ya ella sabía de sobra, y ella con su encantadora sencillez me dejaría conocer que no estaba equivocado al creer de su parte sincera y leal correspondencia. Luego hablaba á sus tíos, que tampoco se harían de nuevas, pues bien conocían nuestras inclinaciones, se concertaba la boda y nos casábamos...

»¡Qué felices íbamos á ser, congeniando tan perfectamente, conociéndonos tan á fondo y queriéndonos tanto!..

»Tenía yo intención de hacer, con el primer dinero que ganara ejerciendo la abogacía, una casa de verano en mi pueblo; es decir, no en el pueblo precisamente, sino allí cerca, en la falda de un monte. Y, ya se sabía, lo primero que yo hacía todas las mañanas en cuanto despertaba, era edificar en la cuesta de los Avellanos, que así se llamaba el sitio elegido, una casita blanca con tres balcones al Mediodía, dos al Oriente y otros dos al Poniente. Toda la ladera, desde la casa hasta lo llano, la plantaba de árboles frutales y de adorno, formando deliciosa huerta, cerrada por lo cimero y por los lados con cerca de mampostería cubierta de teja, y por abajo, frente al camino real, con zócalo de sillería y verja de hierro vestida de lozanas trepadoras... En un instante crecían los árboles y empezaban á florecer y dar fruta; al poco rato veía yo á Luisa con una bata de color de grosella pasar por debajo de las primeras cerezas cargadas de cerezas, y sentarse á hacer labor en un sencillo banco de ramas de roble, sombreado de gigantescos rosales y romeros floridos...

»¡Qué hermosa estaba!

»Porque no te he dicho todavía que Luisa era muy hermosa. De regular estatura, más bien algo pequeña, eso sí, y menudita de cuerpo, pero escultural. ¡Qué cabeza tan elegante y tan bien colocada! ¡Había que verla cuando se ponía la mantilla!.. ¡Qué pelo tan negro y tan largo, qué frente tan pura y tan simpática, qué boca tan graciosa, qué hoyuelos aquellos que se la hacían en las mejillas al sonreír, y qué ojos, ante todo qué ojos!.. A pesar de ser grandes y negros, no tenían ese matiz de dureza, ese aire de tiranía que suelen tener los ojos de las morenas, sino un atractivo y una dulzura irresistibles. No eran de esos ojos que exasperan y matan, sino de los que consuelan y animan. Sus brazos mórvidos al par que delicados, sus manos rosadas y finas y su apostura sencilla y al mismo tiempo majestuosa completaban la belleza del conjunto... En fin, era un hacecito de primores, realizados y embellecidos todavía por la hermosura de su alma.

»Una vez, me había yo retratado y llevé mi retrato á enseñarle en casa del general. Le miraron todos los presentes, unos después de otros, y fueron diciendo esas frases de cumplido, no precisamente para el fotografiado, sino para el fotógrafo, que suelen decirse en casos tales, «está bien, está muy bien, está muy parecido,» etc. Cuando la llegó el turno á Luisa, después de mirar atentamente el retrato y decirme que estaba algo serio, lo cual era verdad, le retuvo en las manos como distraída, pero en realidad ideando un modo de quedarse con él, y luego que los demás habían reanudado la conversación, me dijo en un tono intermedio entre resolución y consulta.

—»Le voy á poner en el álbum.

—»Bueno, la contesté, muchas gracias.

»Trajo el álbum, comencé yo á hojearle, y después

de ver al general cuando era teniente, á la generala cuando la sacaron del colegio y otras novedades así, encontré un retrato de Luisa y me quedé mirándole.

—»Yo no tengo álbum, la dije al levantar los ojos del retrato para fijarlos en ella; pero en un seno de la cartera llevo el retrato de mi madre, y si me das este...

—»Cógeme, me contestó; pero, como ves, ya casi no soy la que está ahí: es de cuando me puse de largo... hace cinco años.

»Como todo llega en el mundo, aun lo que más lejano se ve, llegó también el día primero de junio del año último de mi carrera. Me examiné aquel día y el siguiente de las dos asignaturas que me faltaban, y me puse á reparar para el grado.

»Entonces comenzó á sucederme una cosa especial. Me asustaba de mi felicidad; y por lo mismo que la veía cerca, me iba pareciendo imposible alcanzarla.

—»¡Infeliz corazón humano!.. Padece la misma ilusión que los ojos; á los cuales, de lejos, se les figura muy baja la montaña y muy fácil subir á su cumbre; mas en llegando al pie, la ven altísima y la juzgan inaccesible.

»Comencé á ver dificultades que nunca se me habían ocurrido. ¿Era tan llano casarme con Luisa?.. ¿Me quería ella?.. ¿No sería simple amistad lo que yo creía amor?.. Y aun suponiendo que Luisa estuviera enamorada ó dispuesta á enamorarse de mí, á sus tíos que la tenían como hija ¿no les parecería poco para ella un abogado novel, un estudiante, como quien dice?.. Estaban siempre conmigo muy afectuosos, eso sí; me distinguían, me trataban con verdadero cariño; pero ¿no sería debido todo esto á la antigua amistad con mi familia?.. Y eso que por otra parte, bien conocían ellos que yo amaba á Luisa... debían de conocerlo... y si no les gustara... ¡Ah! Sí; pero aunque no les gustase, ¿con qué pretexto iban á prohibirme ir á su casa todas las noches ni á retirarme el perpetuo convite á comer los domingos, no dándoles yo motivo alguno de disgusto y no habiendo hablado nada de relaciones con Luisa?..

»Como se agranda y se espesa la sombra de un objeto á medida que se le aproxima la luz, así yo agrandaba y obscurecía las dificultades queriendo resolverlas.

»Por una coincidencia desgraciada, cuya razón entonces no entendí, pero que ahora me explico perfectamente, Luisa, sobrecogida también, sin duda, por lo inmediato de una felicidad años y años esperada, estaba en aquellos días más silenciosa, más ensimismada, menos expansiva.

»Solían preguntarme sus tíos todas las noches si sabía cuándo iba á ser el grado, y llegó una en que pude ya contestarles.

—»Al día siguiente de San Juan, el 25.

—»Tengo gana, dijo entonces Luisa, de que seas abogado... para darte la enhorabuena.

»Aquella noche crecieron mis temores hasta tocar las lindes de la certidumbre. Luisa no me amaba... O no me había entendido todavía, ó rechazaba mi amor... Era mi amiga nada más... Bien claramente lo daba á entender con aquella... salida, que, si no fuera intencionada, sería una simpleza...

»Verdad es, pensaba yo en seguida queriendo consolarme, verdad es que bien mirado, ¿qué iba decir? ¿Que estaba deseando la conclusión de mi carrera para casarse?.. Esto, no habiéndola yo hecho todavía declaración formal, hubiera sido una tontería... ¿Y no pudo haber empezado la frase inconscientemente, *ex abundantia cordis*, y luego, al comprender su indiscreción, volverse del camino?.. Todas estas cavilaciones me atormentaban sin descanso, privándome de saborear el placer del triunfo obtenido en las aulas.

»Esto tiene que concluir, pensé resueltamente; lo mejor será hablarla claro, y sabré la verdad aunque sea amarga... Esta noche se lo digo...

»Pero aquella noche no iban los demás tertulianos, teníamos que jugar al tresillo con el general y no había coloquio... Y á la noche siguiente estaba indisputada la generala y tenía Luisa que estarse haciéndola compañía en la alcoba... Y á la otra noche de más adelante me encontraba allí con un joven bajito y regordete que, según me decían, era primo de Luisa y venía del Ferrol, donde estudiaba para marino.

»Por cierto que contaba muchas aventuras del colegio, que no tenían traza de ser verdad, pero mantenía con ellas la atención de todos, y especialmente la de Luisa, á quien se dirigía muy á menudo con esta mulilla: «¿Has visto, chica, has visto?» Luisa no había visto nada de lo que decía aquel Gravina en capullo, pero tenía que hacerle á cada paso signos afirmativos y decirle *¡ya, ya!* de vez en cuando.

»Al fin una noche, la de San Juan señaladamente, pude hablar con Luisa.

»En cuanto acabé de saludar á los concurrentes y me senté á su lado, me dijo:

—»¿Cómo te ha ido estos días?... ¡Cuánto hace que no hablamos!..

—»Así es: ya hace mucho... Cuando más deseaba yo de hablarte, cuando tenía cosas más importantes que decirte... parecía que lo enredaba el diablo: todas las noches había estorbos...

»Luisa, que tenía muy claro entendimiento, comprendió al oír este exordio de qué la iba á hablar, y por más que no la sorprendiera ni la desagradara, por más que lo estuviera esperando, se puso colorada como la grana y bajó los ojos. Yo aguardé á que los levantara y dijera alguna palabra que me animara á seguir: ella aguardó á que yo siguiera, y así estuvimos unos instantes que me parecieron siglos, hasta que, no sé si compadecida de mi situación ó temerosa de que los señores de la tertulia se fijaran en nuestro desacostumbrado silencio, me dijo, como por decir algo:

—»Conque mañana te encierran, ¿verdad?..

—»Sí, mañana, si Dios quiere, le contesté.

—»Será muy pesado estar allí solo tantas horas... ¿Cuántas me has dicho?..

—»Tres; para luego hablar media sobre el punto que me haya tocado en suerte...

»Y luego... en vez de hablarla de amor, ya que no la media hora reglamentaria, siquiera dos minutos, dí en pensar si la desagradaría la conversación y por eso se habría puesto tan encarnada, si para evitarla habría bajado los ojos, etc.; y haciendo un ovillo de conjeturas favorables y adversas, decidí por último... no decidirme y seguí hablando de cosas sin substancia.

»Aquella noche la pasé lo mismo que me ves ahora: no prendí los ojos. Y no creas que me preocupaba tanto el ejercicio de la mañana siguiente como la empresa de por la noche, la de decir á Luisa lo que estaba ella cansada de saber, lo que había estado dándole á entender con toda claridad por espacio de seis años.

ANTONIO DE VALBUENA

(Continuado)

LA ACUSACIÓN FISCAL

Devuelve bien por mal, como el árbol del sándalo, que en el momento que se le derriba cubre con sus perfumes el hacha con que ha sido herido.

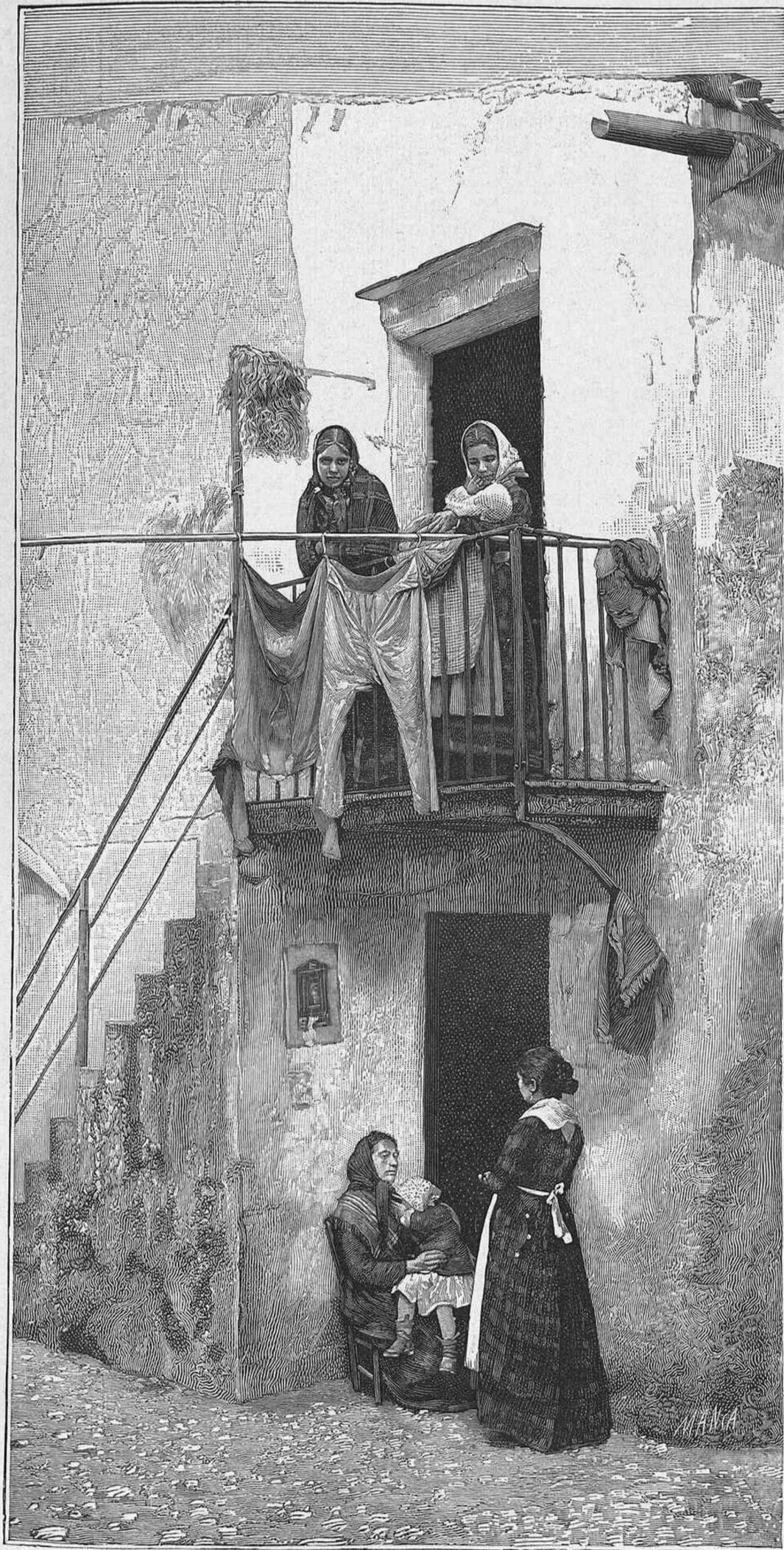
A^o RYA

I

Para el público que acude á los tribunales de justicia á presenciar el desenlace de las tragedias del vivir, ofreciéndose pródiga en incidentes aquella fría y desmayada tarde de diciembre.

Tratábase de un juicio por jurados en una causa terrible, que sería vulgar, á no intervenir en ella una aristocrática y hermosa joven, acusada de haber estrangulado á su marido.

Allá, en la sala, la luz plomiza de un día sin sol alumbraba un cuadro imponente: destacábase á la cabecera del tribunal un dosel con colgaduras de terciopelo carmesí y franja de oro; el retrato de S. M. en el centro, y debajo una amplia mesa ocupada por los magistrados, unos señores viejos, parecidos á los esfinges por su aparente inmovilidad: en la penumbra en que se veían no resaltaban más que los rostros y las medallas descansando sobre el terciopelo de las togas: frente á sus señorías y de espaldas á la barandilla que cierra el estrado, encontrábase la delincuente sentada en el banquillo. Vestía de riguroso luto. Su cara, hermosamente modelada, parecía de cera: brillaban los ojos como los de un calenturiento y la mueca que contraía sus labios era la del espanto. Próximo al banquillo veíase al fiscal, un joven delgado, moreno, surcado la frente por arrugas que imprimían al rostro un no sé qué de acre severidad. Permanecía como en éxtasis mirando á la acusada; el abogado defensor hojeaba unos papeles mientras que el acusador privado entreteníase en repiquetear con los dedos sobre la tabla de la mesa: los jurados ocupaban sus puestos: era una mezcla democrática de hijos del pueblo, vestidos de día de fiesta con sendos chaquetones que les hacían sudar á mares; traían los rostros recién afeitados, las camisas limpias y las corbatas de color chillón y forma estrafalaria: dos de los jurados parecían gente de mayor fuste, ostentaba el uno levita nuevecita, el cuello muy alto de deslumbrante blancura: el otro ciudadano lucía un chaquet pasado de moda y un soberbio chaleco de terciopelo azul, tan exiguamente descotado que ahorra el lucimiento de la pechera. Los de los chaquetones miraban á uno y otro lado y daban con el codo al compañero más próximo para advertirle probablemente alguna nonada. Encontrábanse sobrecogidos. Aquello era otra cosa que estar en el obrador



UNA CASA DE ALDEA (de fotografía)

ó en la taberna. El caballero del chaquet y el otro de la levita cambiaban una sonrisa con aire de superioridad cada vez que el relator leía un punto escabroso en la pieza de autos, ó trabucando, al doblar las hojas, uno de los folios, continuaba en otro que no venía á cuento.

El estrado veíase lleno de gente de toga; abajo en el salón apiñábase la muchedumbre formando alrededor de los bancos una masa impenetrable. Los afortunados que lograron un asiento tenían los rostros más alegres que los infelices que de pie, materialmente prensados, estiraban el cuello hacia el Tribunal, disponiéndose á costa de sinnúmero de incomodidades á saborear las peripecias que ocurriesen.

Llegó su turno al fiscal.

Al levantarse zumbó en toda la sala un murmullo: el presidente agitó la campanilla vociferando: «¡Orden, señores!» y el murmullo se apagó como se apaga el bramido de la ola que muere en la arena.

de la oración fiscal que, acaso por vez primera, palpitaba unánime en el corazón de todos.

La reo - sollozante - envolvía en una mirada de infinito agradecimiento á su acusador.

III

- Queda en libertad la acusada - dijo el presidente con voz solemne.

- Gracias, muchas gracias - balbuceó la mujer.

Y llevada casi en triunfo por la muchedumbre que palmoteaba el desenlace de aquel juicio, salió de la sala.

En los pasillos se encontró de manos á boca con el fiscal.

El grupo de curiosos que iba detrás de la joven paróse á respetuosa distancia al ver que aquélla detenía al fiscal, asiéndole de un brazo.

- ¡Enrique! - murmuró la mujer en voz baja.

II

No fué la fría acusación del fiscal atiborrado de leyes, ducho en los procedimientos, sistemático y ortodoxo en su ministerio; fué la brillante oración de un hombre conocedor del mundo, que no se apoyaba para administrar justicia en tales y tales artículos del Código: apoyábase en ese indestructible código del corazón, cuyas leyes rigen todos los actos de la humanidad.

Con palabra sobria relató el hecho de autos: aquella mujer joven y rica que ultrajada por el marido obedeció más que al reto de éste al de su dignidad herida en lo más hondo, no era acreedora, no debía serlo, al ensañamiento de la sociedad: aquella mujer era una excepción: era una histérica apasionada de un hombre, y este hombre con la superioridad del tirano llegó á escarnecerla, presentándole en público pruebas fehacientes de un amorío nuevo recogido en la calle, manchado de lodo, asqueroso, repugnante, vanagloriándose de aquella conquista mercantil... Un marido cruel, desconsiderado, sin pudor, que se permitió establecer un paralelo entre el cariño de una esposa amante sin tacha, que hacía de sus amores legítimos un culto religioso, y el egoísmo de una hembra que venía á desbaratar el hogar con caprichosas imposiciones.

No pidamos á todas las mujeres la resignación de los mártires - decía el fiscal, - no las pidamos lo sublime de un idealismo ultraterreno; pidámoslas únicamente que sean mujeres: no abusemos nosotros de nuestra indiscutible superioridad para con ellas, respetemos sus creencias, fomentemos sus cariños, y en ellas no arraigará el letal fruto del odio que se venga, ni tendremos que intervenir en hechos que como el presente muestran hasta qué grado infame puede empujar á un ser todo ternura la conducta extraviada de un marido sin pundonor.

En la sala, al escucharse esto, se acentuó el murmullo de simpatía hacia aquel hombre que alejándose de su odiosa misión de acusador, no empleaba su elocuencia en amontonar cargos, sino que desviaba la espada de la ley suspendida sobre una hermosa cabeza femenil: los magistrados estaban atónitos: los jurados mirábanse los unos á los otros como si sus conciencias respondiesen á las frases del fiscal: el defensor hacía signos afirmativos con la cabeza, y la acusada, allí, en el banquillo, dirigía al representante de la Themis la misma sonrisa de gratitud que la Magdalena debió dirigir á Jesucristo al escuchar de sus labios la absolución de sus faltas.

Describió la vida de la delincuente, niña mimada, pucela sin noviazgos - aquí tembló la frase en boca del fiscal, - y por último, mujer de irreprochable conducta, casada por amor con un hombre egoísta, de dudosa moralidad.

Pintó los dolores y angustias que torturarían á aquella niña desde el momento en que supo las relaciones de su marido con otra mujer anónima, despreciable por todos conceptos: las disputas cada vez mayores y más agrias entre la esposa que pedía al hombre que siguiese la senda del honor, y los sarcasmos de aquél ante esta súplica: la exacerbación de afectos, la lucha entablada en el alma de esta heroica mujer que veía deshacerse rápidamente sus ilusiones como si fueran témpanos de nieve licuados por el bochornoso sol del desengaño más cínico.

Describió el hogar, frío, sin caricias, exhausto de amores, y por último, después de un brillante apóstrofe al dualismo de aquellas almas sumidas en un divorcio que por necesidad había de precipitarlas á un combate de funestos resultados, llegó al punto psicológico de la catástrofe. Mostró á la mujer atada legalmente á un hombre sin corazón, indefensa, á quien una enfermedad hereditaria de histerismo arma el pecho de un valor salvaje y arrastra la voluntad á un momentáneo delirio. ¿Pediríais acaso responsabilidad á la leona que mata al que hirió á su hijuelo?..

Pues así esa mujer en un momento histeriforme vengó los ultrajes mansamente recibidos un día y otro día. Al escuchar en boca del hombre que más amó la negación de su cariño y la ponderación de otro tan bastardo, vióse menospreciada hasta lo infinito, y vibrantes aún los alardes de impudicia que como blasfemias caían en sus oídos, en un segundo de locura y ciego dolor, la mano fué anillo contráctil de acero, que, ciñéndose á la garganta del marido, produjo la asfixia en el organismo viciado por todo linaje de abusos.

La ley me dice que pida condenéis á esa mujer - terminó el fiscal; - la humanidad, señores del jurado, ha hecho que no estime agravantes contra esta desdichada... Vosotros resolveréis en conciencia.

Un aplauso - á duras penas contenido por la campanilla presidencial - resonó en la sala: los espectadores estaban conmovidos y hablábanse los unos á los otros ponderando la justicia

de la oración fiscal que, acaso por vez primera, palpitaba unánime en el corazón de todos.

La reo - sollozante - envolvía en una mirada de infinito agradecimiento á su acusador.

III

- Queda en libertad la acusada - dijo el presidente con voz solemne.

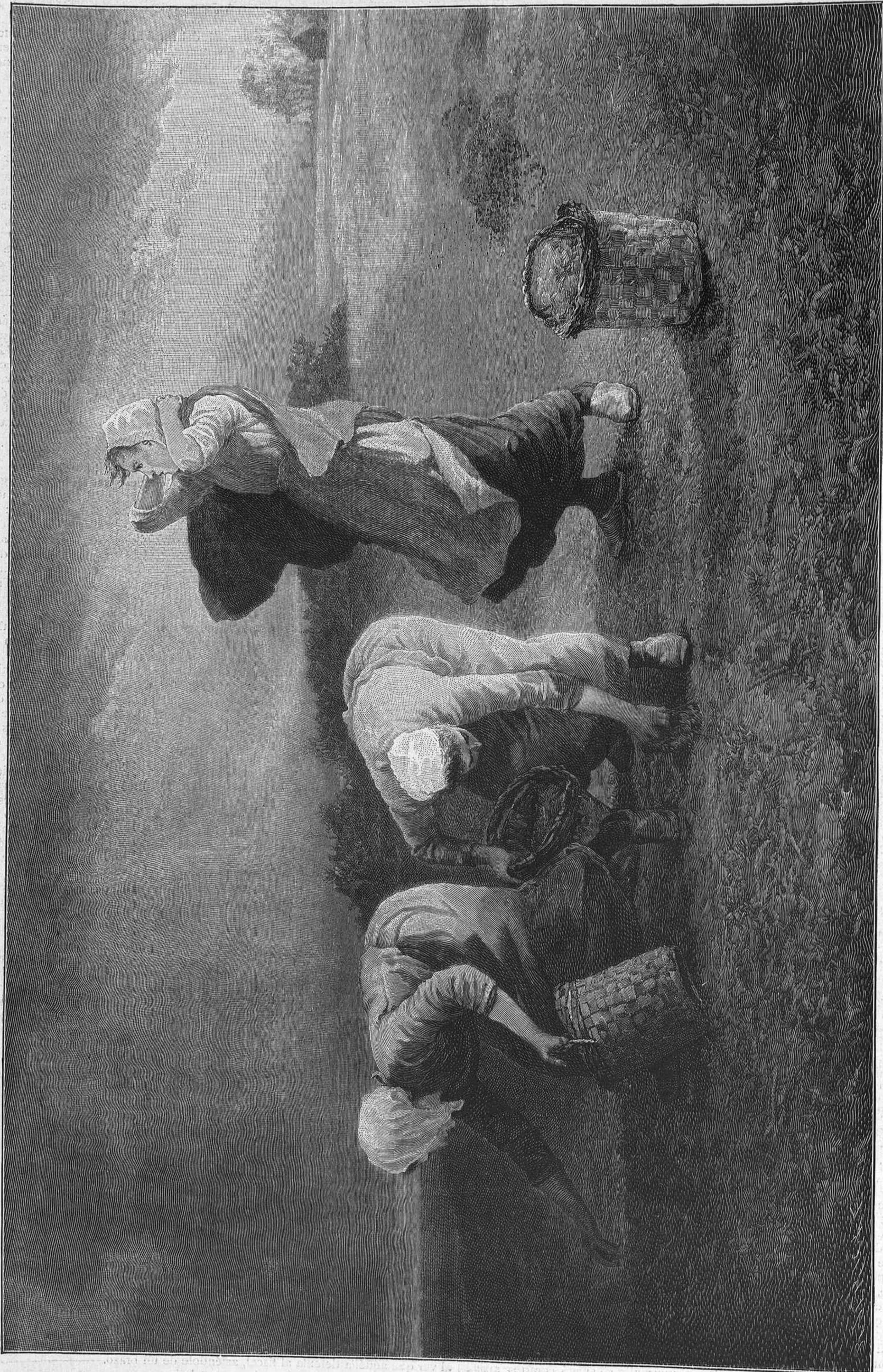
- Gracias, muchas gracias - balbuceó la mujer.

Y llevada casi en triunfo por la muchedumbre que palmoteaba el desenlace de aquel juicio, salió de la sala.

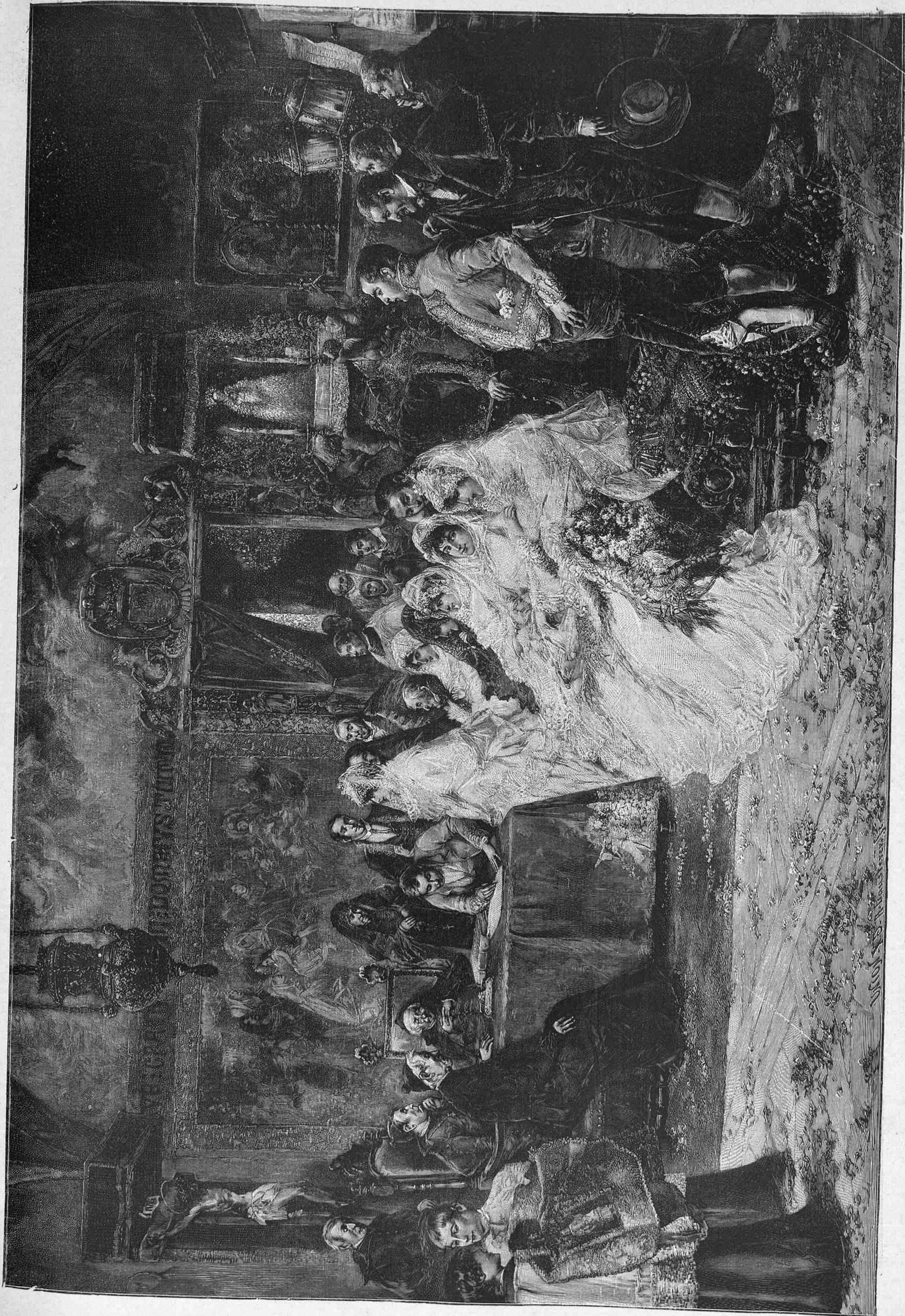
En los pasillos se encontró de manos á boca con el fiscal.

El grupo de curiosos que iba detrás de la joven paróse á respetuosa distancia al ver que aquélla detenía al fiscal, asiéndole de un brazo.

- ¡Enrique! - murmuró la mujer en voz baja.



ESPIGADERAS, cuadro de J. F. Beadle



UNA BODA EN ARAGON, cuadro de P. Salinas

Volvió rápidamente la cabeza el aludido, coloreáronse sus mejillas y replicó con acento intraducible:
 — ¡Angelina!
 — ¡Me ha salvado usted!.. ¡Qué bueno es usted, Dios mío! ¡Y yo qué desgraciada he sido al no com-



EL GENERAL PEIXOTO,
presidente de la República del Brasil



EL ALMIRANTE MELLO,
jefe de la revolución del Brasil

prender hace años que usted me amaba de veras!.. Era una chiquilla sin peso... No acepté sus relaciones porque se me antojaba usted un hombre demasiado serio. Si las cosas pudieran hacerse dos veces... Ahora seré para usted una mujer muy despreciable, ¿verdad, Enrique?.. Y sin embargo — tartamudeó Angelina en un momento pasional irresistible — mi corazón me empuja á usted porque... ¡no debía decirselo!, se burlará usted acaso de mí, pero desde que le he oído hablar á usted en mi defensa, su generosidad ha despertado en mí sentimientos de que no me avergüenzo, porque... ¡le quiero á usted con toda mi alma!

Un sollozo interrumpió aquella confesión extraordinaria.

— ¿De veras? — preguntó Enrique con loco transporte de alegría, asiendo una de las manos de su interlocutora.

— Sí, Enrique, de veras.

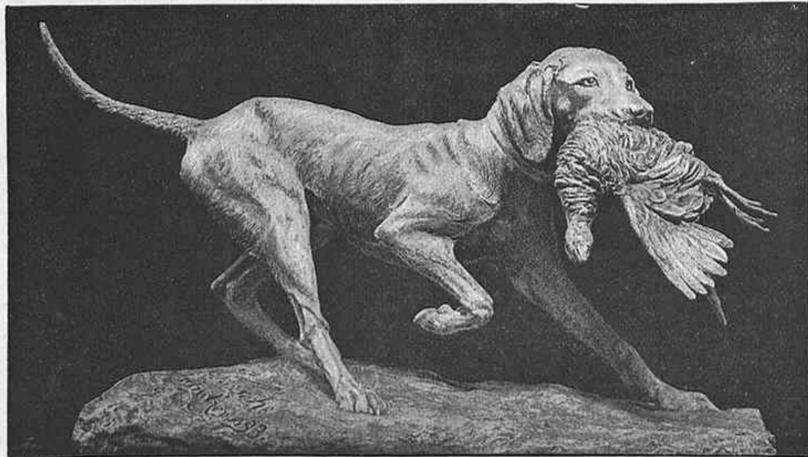
— ¡Gran Dios, qué feliz me haces! Encuentro, después de perdidas todas las esperanzas, la única felicidad á que aspiré... ¡La de que me amases, Angelina!..

¿Qué mucho que Himeneo atase en indisoluble lazo á aquellas dos almas generosas?..

ALEJANDRO LARRUBIERA

NUESTROS GRABADOS

En el palco, cuadro de Ramón Ribera. — Siempre distinguido y correcto; tal podría ser el lema ó el mote heráldico-artístico del excelente pintor Román Ribera, pues aparte de esa envidiable seguridad en el trazo y de la maravillosa ga-



EL PERRO Y EL FAISÁN, escultura de Emilio Wunsche (Exposición de la Asociación Artística de Munich, 1893)

ma que se amasa en su paleta, tienen todas sus obras el sello de la distinción, de la elegancia y del buen gusto. Si como pintor careciera de sus distintivas cualidades, notaríanse siempre sus producciones por la belleza de la línea y la seguridad del dibujo. Ribera no decae ni se vulgariza, y sea cual fuere el género que cultive, siempre hallará medio, aun en los más nimios asuntos, para revelarse como artista de buena cepa, como castizo pintor y maestro, pues tal calificativo, tal título debe concederse á quien se considera y respeta, lo mismo en nuestra patria que en extranjero suelo.

Antes de la tormenta, cuadro de Julián Dupré. — Con razón figura Dupré entre los primeros paisajistas franceses contemporáneos: pocos como él han logrado identificarse con el modo de ser de los tipos, de las escenas y de los lugares campestres, que traslada al lienzo con toda su rusticidad y sencillez, pero también con toda su poesía. El espectáculo de la naturaleza le atrae y en sus cuadros se adivina que los contempla con entusiasmo y los estudia con cariño: sólo así pueden producirse obras tan bellas como *La forrajera* y *La pradera*, que publicamos hace tiempo, y *Antes de la tormenta*, que hoy reproducimos.

En el rosario, cuadro de Miccisloa Reyner. — Las viejas que diariamente acuden á la iglesia á la hora del rosario pueden clasificarse en tres grupos: unas van por verdadera devoción, otras por costumbre y otras por hacer algo del mismo modo que han ido antes ó irán después á chismosear con las comadres de su barrio. Las primeras rezan fervorosamente, las segundas echan sus sueñecitos entre misterio y misterio, las terceras procuran hacer lo más agradable posible aquella media hora que pasan en el templo, y así dejan el rosario para tomar sus sorbitos de rapé como sueltan la lengua para murmurar con la vecina. Los tres grupos están admirablemente sintetizados en los tres tipos del notable cuadro de Reyner, figuras llenas de vida que revelan la mano de un consumado artista.

Entre compadres, cuadro de Joaquín Araujo. — Nacido Araujo en Ciudad Real, fué desde muy joven á Madrid, en cuya Escuela Superior de Pintura y Escultura prosiguió los estudios que en su ciudad natal había comenzado; en 1872 pasó á París, en donde tuvo por profesor á Bonnat, y posteriormente á Londres, en donde expuso con gran éxito varias obras. Desde hace muchos años reside en Madrid, dedicado siempre al arte que con tanto entusiasmo como aplauso de inteligentes publica. El cuadro que reproducimos es una elocuente prueba de lo que Araujo vale: las figuras de esos dos compadres en actitud de cerrar algún trato que sellarán vaciando el jarro de vino, testigo mudo de sus negociaciones, están ejecutadas con una firmeza y una verdad que sólo los maestros consiguen.

Una casa de aldea (de fotografía). — La fotografía resulta en algunos casos competidora del dibujo, si el que maneja la máquina tiene temperamento artístico y sabe escoger los asuntos que en la placa sensible han de quedar impresos. Recordamos aún algunas que en la última Manifestación Artística del Ateneo Barcelonés se expusieron y que parecían reproducciones de hermosos cuadros: lo mismo podemos decir de la que hoy publicamos, que representa una casa de aldea, y en la cual no se advierte el menor artificio, sino que toda ella rebosa de naturalidad, elemento principal del arte.

Las espigaderas, cuadro de J. P. Beadle. — El autor de este cuadro cuenta en la actualidad treinta años, reside en Londres y se ha dedicado especialmente á la pintura militar, sobre todo á las escenas en que figura la caballería y en las cuales puede hacer gala de los muchos y largos estudios que del caballo tiene hechos. De muy distinto género es el lienzo que con el título de *Las espigaderas* pintó á la edad de veintidós años; nota ruralista, cuyas figuras aparecen á nuestros ojos en toda su rudeza campestre, y cuyo paisaje, oscurecido por densas nubes que anuncian próxima tormenta, tiene toda la poesía de la naturaleza sin ninguno de los artificios que muchas veces suelen desfigurarla por completo.

Una boda en Aragón, cuadro de P. Salinas. — En distintas ocasiones hemos reproducido obras del celebrado pintor Sr. Salinas, dedicando á éste los elogios á que sus indiscutibles talentos le hacen acreedor. En el cuadro que hoy publicamos revélase el artista español de buena cepa que ha sabido trasladar al lienzo un cuadro de costumbres de nuestra tierra, trazando una composición hermosa bajo todos conceptos y exornándola con un verdadero derroche de detalles tan bien dispuestos y con tanto acierto combinados, que no producen la menor confusión, destacándose cada uno de ellos en todo su valor y armonizándose todos para formar un conjunto bellísimo.

El general Peixoto y el almirante Mello, presidente de la República del Brasil y jefe de la revolución brasileña. — Son tan contradictorias las noticias que de la revolución brasileña llegan á Europa, que es imposible formarse idea exacta, así de las causas del movimiento revolucionario, como de la marcha de los sucesos que allí se desarrollan. Lo único positivo que se sabe es que el almirante Mello se ha sublevado con una parte de la escuadra contra el presidente Peixoto, que los insurrectos bombardean Río Janeiro y que algunas potencias han reconocido á éstos como beligerantes. Son, pues, de verdadera oportunidad los dos retratos que publicamos, porque sintetizan á los dos bandos que tienen empeñada una contienda cuyos resultados es difícil prever.

El perro y el faisán, escultura de Emilio Wunsche. — Varias veces hemos hecho observar que los asuntos más triviales pueden servir para obras de verdadero valor artístico. La escultura de Wunsche es de ello una nueva prueba. ¿Qué interés tiene, al fin y al cabo, el grupo del perro y el faisán? Interés propiamente dicho, ninguno; y sin embargo, nadie podrá negar que la obra resulta en extremo agradable á la vista y que en ella no hay un detalle que no se ajuste perfectamente á la técnica de ese arte que da vida á la materia inanimada y hace interesantes hasta los asuntos más triviales.

Fernando de Magallanes, escultura de D. F. P. de Tavera. — Otra nueva producción del escultor filipino señor Pardo de Tavera ofrecemos á nuestros lectores, en la que si bien de distinto género de aquellas á las que debe su ya citada reputación artística, obsérvase sin embargo igual grandeza y facilidad de modelado, la misma valentía, análoga simplicidad. Nuestro amigo, establecido hace algunos años en la capital de la vecina nación, ha podido saturar su espíritu de esa corriente modernista que tanto distingue la escuela escultórica francesa, á la que debe, sin ningún género de duda, su genioso renacimiento y sus grandes maestros. Félix Pardo de Tavera ha patentizado repetidas veces sus excepcionales aptitudes en las exposiciones de Bellas Artes y especialmente en el Salón, en donde el Jurado ha premiado algunas de sus obras. El busto de Magallanes, el famoso navegante que dió nombre á un estrecho, ha sido adquirido para figurar en el Museo del ministerio de Ultramar.

El monumento de Wattignies, en Maubeuge, obra de Fagel. — La ciudad de Maubeuge ha erigido este monumento en conmemoración de la batalla de Wattignies que obligó á los austriacos, hannoverianos y holandeses á levantar el sitio que tenían puesto á aquella plaza. El grupo principal del monumento, obra del escultor Fagel, representa á Carnot, Jourdan y Duquesnoy abrazándose después de la batalla: en lo alto de la columna un voluntario agita el fusil y el tricorno con entusiasmo. En la parte posterior del monumento hay la estatua del *pequeño tambor*, joven alsaciano de catorce años que fué asesinado por los austriacos el primer día de la batalla, á la entrada de la aldea de Doullers.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — En la Galería artística de Dusseldorf se ha verificado una exposición de obras del reputado pintor de historia Carlos Muller, hijo de aquella ciudad y recientemente fa-



FERNANDO DE MAGALLANES, escultura de F. P. de Tavera

llecido, exposición que constituye una verdadera historia artística del celebrado maestro.

— El pintor sueco Eduardo Munch ha expuesto en Berlín una nueva serie de cuadros, estudios y croquis por los cuales se demuestra que prosigue imperturbable ante las censuras de una parte de la crítica por la senda de la oposición ultraradical á todos los preceptos que han venido rigiendo y rigen aún en materias de arte.

— El tribunal de casación de París no ha dado lugar á la petición del gobierno italiano para que fuesen embargados los cuadros que procedentes de la famosa galería Sciarra fueron secretamente remitidos á la capital francesa; de suerte que Italia no podrá recuperar las joyas artísticas que con tanto empeño reclamaba.

Teatros. — En el teatro Viejo de Leipzig se ha estrenado con buen éxito una opereta de Strauss *Una noche en Venecia*.

— En el teatro de la Ópera de Berlín y con motivo del ciclo de obras de Mozart que se está representando en aquel coliseo, se ha estrenado la ópera cómica del gran maestro *La jardinera*.

— En Italia se han estrenado con buen éxito las siguientes óperas: en Mantua *En avant marche*, de Querrieri, y *Notti Romane*, de Villafiorita, y en Bolonia *La Vandea*, del poeta compositor Clementi.

— En el teatro de la Corte de Dresde se ha estrenado con gran éxito la ópera en cuatro actos de Antonio Rubinstein *Los hijos del brezal*.

— En el teatro de Viena se ha representado con éxito la opereta de Millocker *El castillo maldito*, reformada por sus autores, el citado maestro y el libretista Hugo Wittmann.

— En Amberes se ha estrenado con aplauso una ópera de C. de Linden titulada *El sitio de Leyden*.

Necrología. — Han fallecido recientemente:

L. Chabry, célebre fisiólogo francés.

Sir Alejandro Cunningham, general inglés, gran conocedor de las antigüedades indias y autor de una *Geografía antigua de la India*.

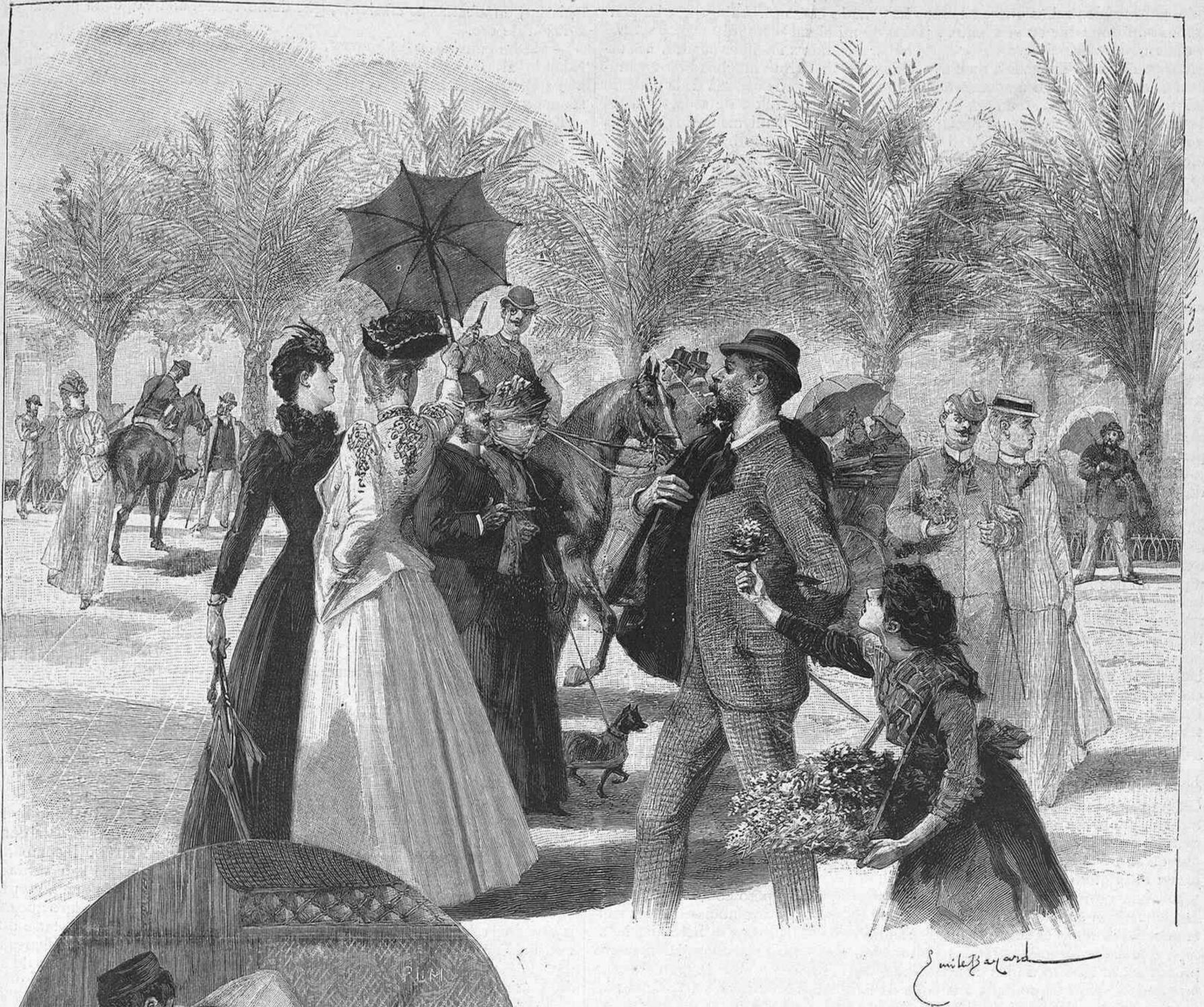
Carlos Augusto Fraikin, notable escultor belga, autor de importantes monumentos y de bellísimas esculturas.

Carlos Teodoro Reiffenstein, paisajista alemán.

Antonio Scheibmaier pintor de historia alemán.

María Wiegmann, pintora alemana.

Carlos Wolfel, arquitecto de Baireuth, constructor del teatro Wagner.



... holgábase contemplando el ir y venir de los aficionados al paseo de los Ingleses



HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA

ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

I

— Vamos, Cristina, date prisa; ya son las once. El Sr. Lechantre y el doctor Langlois vendrán á almorzar con nosotros, y ya sabes que cuando vienen suele ser larga la conversación de sobremesa, y pudiera suceder que nos faltara después tiempo bastante para terminar el arreglo de la maleta de Santiago... Luego todas son prisas, y se olvidan las cosas... Vale más hacerlo todo antes.

La persona que se expresaba en tales terminos era la madre del pintor Santiago Moret, una mujer pequeña, viva como un pájaro, vestida con un traje de lana negro. Tenía la buena señora cabellos grises, algo encrespados; habíase levantado las mangas del vestido hasta el codo, con lo que dejaba ver dos brazos redondos, bien hechos, morenos, como de quien tiene el hábito del trabajo,

y hallábase en pie delante de una maleta abierta, forrada de lienzo fuerte y marcada con las iniciales S. M.

Aunque acaso no había cumplido los cincuenta años, la madre del pintor parecía tener más edad. Su rostro moreno, soleado, de pómulos salientes, con la nariz un poquito remangada, la barba corta y macerada, presentaba esas arrugas precoces que el trabajo al aire libre y los cuidados de una casa de labor dan á las personas dedicadas á la labranza. Pero esta prematura demacración del rostro, compensábase sobradamente la benévola expresión de los labios sonrientes, la viveza del gesto y sobre todo por la juvenil movilidad de los ojos azules, claros é inteligentes. Sus dulces á la vez que expresivas miradas, bajo los párpados arrugados, parecían como flores de infinita ternura y singular delicadeza. En aquellos ojos, así como en los de un perro leal, y valga la comparación, se adivinaba una abnegación á toda prueba y una simpática y adorable sinceridad.

Cristina, á quien la señora Moret acababa de llamar, apareció en la puerta del taller y respondió con un tono ligeramente áspero:

— Aquí me tiene usted, mamá.

Avanzó con paso mesurado, llevando con cuidado en sus brazos una pila de ropa. Era una joven de veinticuatro años, pequeña, delgada y de aspecto de campesina, como su madre, pero menos franca y expansiva. Tenía movimientos un tantico torpes, en sus ojos grises una mirada recelosa y dura, y en sus labios un no sé qué de altivez y desdén ó hipocresía... Todo, hasta el corte y el color de su vestido obscuro y estrecho, le daba el aspecto de una santurróna de pueblo. Al contrario que su madre, faltábale el perfume de la juventud, y la cordialidad y la expansión que hacían tan simpática á aquella señora. Dejó su montón de ropa sobre una mesa próxima á la maleta, y se arrodilló delante de ésta.

— No he podido, dijo con el acento propio del país, darme más prisa porque no acababa nunca de vaciar los cajones de la cómoda de Santiago. Yo no sé dónde vamos á poder colocar todo esto.

— No tengas cuidado que todo cabrá, dijo la señora Moret, extendiendo cuidadosamente las camisas en el fondo de un compartimiento vacío. Ya las tienes colocadas, y ahora, en los huecos, ponemos muy guapamente los calcetines y las medias.

— Hay no sé cuántas docenas... y de seda, repuso Cristina con un movimiento de desdén. ¡Virgen santa, no se comprende cómo un cristiano cae en semejantes futilidades!.. ¿No es un pecado llevar en los pies lo que tan caro cuesta?..

— Cristina, interrumpió severamente su madre, tu hermano trabaja bastante y gana lo suficiente para pagarse ese lujo... Además, eres muy injusta censurán-

dole, porque bien sabes que en cuanto ha ganado con su trabajo, antes ha pensado en nosotras que en sí mismo... ¡Hijo de mi alma! Siempre tengo presente el día en que volvió á casa después de haber vendido su primer cuadro. Me escribió que fuera á Langres á recibirle, y después de darme muchos besos y muchos abrazos me obligó á acompañarle al gran almacén de sedería de la calle de Saint-Amatre. «Mamá, me dijo, quiero que tengas un vestido de seda,» y á los dependientes de la tienda les decía: «Enseñen ustedes á mi madre los mejores cortes de vestido de seda.» Y ninguno le parecía bastante bueno para mí, y aunque yo no quería tanto lujo, me compró el de moaré negro, que no me atrevo á ponérmelo, porque yo no soy una reina ni una duquesa para llevarlo... Solamente una vez me lo puse, el día que mi Santiago se casó con Teresa... Conque me parece que no tenemos motivo para quejarnos de él... Es un buen hijo, un buen hermano, que nos quiere mucho, y Dios le premia... Tiene talento, gana lo que quiere, se ha casado á su gusto y al mío, está contento, y yo soy feliz viéndole dichoso.

Y la excelente mujer rellenaba la maleta con una actividad nerviosa, mientras sus claros ojos los humedecía la ternura de madre. Cristina estaba impasible. Su rostro no se animaba; por el contrario, apretábanse sus labios y entre sus párpados medio abiertos se filtraba una mirada amarga. En aquella naturaleza descontenta de sí misma y de los demás había cierto rencor celoso contra el hermano mayor, á quien todo había sonreído y que siempre había sido el Benjamín de su madre.

— ¡Dichoso!, objetó Cristina con malévolamente aviesa intención. Verdaderamente siempre ha tenido mucha suerte Santiago... y es una lástima que su salud no le permita pasar aquí el invierno y le obligue á irse al Mediodía.

El rostro de la señora Moret se contrajo dolorosamente y otra vez se humedecieron sus ojos.

— Sí, sí, murmuró, su salud..., eso es lo que me atormenta; pero el doctor Langlois asegura que no tiene cosa grave, y que lo que siente es consecuencia únicamente de la fatiga del trabajo... No importa, yo no voy á vivir todo el tiempo que esté lejos de mí, á más de doscientas sesenta leguas de aquí, en un país donde no conoce alma viviente... Por fortuna, Teresa va con él. Es una mujer buena, una esposa amante, que tiene tanto juicio como corazón, y esto me tranquiliza. Ella sabe cuidarle como lo haría yo misma, porque adora al marido tanto como yo adoro al hijo, y si algo sucediera...

— Pues si tanto le quiere, insinuó Cristina, y tanta influencia ejerce sobre él, bien podía haber impedido que trabajara con exceso... y otras cosas. Antes de casarse, bien bueno estaba, y sólo hace un año que el pobre padece ese mal de corazón... Pero hay que frecuentar la sociedad, los bailes, admitir y dar banquetes y vivir con lujo, y el marido tiene que trabajar sin descanso para pagar los gastos que esa vida fastuosa de placeres ocasiona.

— Calla, Cristina, dijo severamente la madre, que no es exacto ni justo lo que estás diciendo. Tú no has sabido jamás comprender ni estimar á tu hermano. Cuando se pone á pintar no hay poder humano que le obligue á interrumpir su trabajo, y le irrita que alguien lo intente. Teresa no es responsable de que su marido, entusiasta por el arte, trabaje, y trabaje sin preocuparse de otra cosa que de su trabajo, y tú debieras tener más reflexión y ser más caritativa para juzgar al prójimo.

Cristina consideró, sin duda, inútil contestar. Calló, pero como una condescendencia con su madre. Seguía doblando con extremada minuciosidad los pantalones y los chalecos sobre la mesa, con las cejas fruncidas y la boca desdenosa, y entregaba luego las prendas á su madre, que las colocaba con las mayores precauciones en otro de los compartimientos de la maleta. Por la gran ventana orientada al Norte, que daba á la calle de Ampere, la luz igual y fría de la mañana iluminaba directamente las dos siluetas de madre é hija, y las paredes del taller, cubiertas de una tela roja oscura, cuyo monótono color interrumpía alegremente los tonos claros de cuadros colocados con poco orden. Eran estudios hechos casi todos en la montaña donde Santiago Moret había pasado su infancia, y recordaban paisajes muy conocidos de las dos mujeres inclinadas sobre la maleta medio llena ya. — Aquí, una laguna bordeada de pinos, en la que se reflejaba un cielo azul y blanco; allí, una corta de árboles en invierno, que se destacaban sobre la tierra cubierta del resto de una nevada, y más allá, la plateada corriente de un río bajo el arco irregular de un puente antiguo.

Las alfombras arrolladas, los *portiers* sobre las sillas, las cajas clavadas, las butacas y sillones hundidos denunciaban la inminencia de un viaje y producían una melancólica impresión más acentuada por la brumosa atmósfera del exterior y hasta por la voz infantil de un vendedor, enronquecida por la frialdad de principios de noviembre.

— ¿Se puede entrar?... ¿Vengo demasiado pronto?, preguntó la voz de un hombre que se detuvo á la puerta de la sala.

Las dos mujeres levantaron la cabeza.

— Viene usted como siempre, oportunamente, Sr. Lechantre, respondió la señora Moret. No nos estorba usted, porque ya casi hemos concluido. Santiago no puede tardar y Teresa bajará dentro de un instante.

Francisco Lechantre dejó sobre un sillón un paquete cuidadosamente atado, se quitó el impermeable y el sombrero, y estrechó sucesivamente las manos de la mamá y de Cristina.

— Buenos días, señora Moret; buenos días, señorita Cristina... Vaya, que tenemos un día fresco de veras... Nuestros viajeros no van á tener calor..., pero á fe que luego les compensará de este frío el sol de Niza... ¡Felices ellos, señora Moret, que van allí á saturarse de aire puro y de luz radiante, mientras á nosotros se nos helarán aquí las orejas y la punta de la nariz y tendremos que andar sobre hielo... ¡Buena suerte tiene el matrimonio!

Y hablando así, reía con esa franca y espontánea risa del hombre bueno, sano y contento de la vida. El pintor Francisco Lechantre llegaba á los sesenta años en la plena serenidad de un talento seguro de sí mismo y admirado de todos. Se le consideraba el maestro paisajista contemporáneo, y llevaba el hombre alegremente su gloria y sus sesenta años sobre sus robustos hombros. Sus cabellos y su barba habían blanqueado, pero esta nieve prematura servía de marco á un rostro de rosadas mejillas, de labios rojos y sanos, de frente despejada que iluminaban dos ojos azules, llenos de animación y vida. Su cuerpo, fuerte y bien proporcionado, sosteníase sobre infatigables piernas de cazador, derecho como aquellas encinas esbeltas y membrudas que pintaba á maravilla. La savia de la juventud que conservaba en todo su organismo se revelaba en su constante buen humor, en sus canciones del taller y del campo, en donaires y oportunidades propias de su cultivado ingenio, y también en admiraciones en-

tusiastas, en afectuosas efusiones, que demostraban una exquisita bondad y un corazón de oro.

— Me he convidado á almorzar, continuó dirigiéndose á la señora Moret, señalando al paquete que había dejado al entrar; pero he traído mi plato... Es una sorpresa que reservo al amigo Santiago y á ustedes también, mis queridas señora y señorita.

En este momento oyóse hablar en el recibimiento y apareció Teresa Moret, acompañada del doctor Langlois, un joven de treinta y cinco años, grueso, corto de piernas, fornido, con abdomen demasiado abultado y cara redonda, en que brillaban dos ojillos penetrantes y escudriñadores como de médico.

La joven señora Moret era alta, gallarda, blanca y con hermosos ojos negros. Al lado del doctor, bajo, rechoncho, destacaba más la airosa figura de la cuñada de Cristina. Venía ya con su vestido de viaje, sencillo y elegante, que modelaba sin exageración los sobrios contornos del cuerpo nervioso y flexible. Sus cascos bellos, separados por una graciosa raya en lo alto de la cabeza, coronaban la frente más alta que ancha; su perfil, de una perfecta pureza; sus ojos, serenos, de largos párpados, le daban el aire de una virgen de Rafael. Tendió la mano á Francisco Lechantre y le presentó al doctor Langlois.

— ¡Oh!, exclamó el artista, la presentación es inútil, el doctor y yo nos hemos encontrado varias veces en el taller de la calle Campagne, donde Santiago pasaba las horas mortales de los primeros pasos en el camino de la gloria... ¿Se acuerda usted, doctor? Usted era entonces interno en la Piedad, y á fe mía que usted y Santiago han hecho desde aquel tiempo mucho camino...

Teresa se había acercado á la señora Moret, que acababa de arreglar la última bandeja del mundo, lleno hasta no poder más, y lo cerraba y comenzaba á sujetar las correas de la funda de lona.

— ¡Ajajá!, exclamó la anciana, levantándose y arreglándose el vestido. Ya hemos acabado la tarea... Ahora, amigos míos, puesto que ustedes se conocen, vamos á dejarlos solos. Ustedes nos perdonarán que los tratemos con tanta confianza. Yo tengo que dar una vuelta por la cocina para que las cosas estén á punto, y Teresa y Cristina lo dispondrán todo en el comedor. Santiago no puede tardar, y en cuanto llegue nos sentaremos á la mesa.

— En ese caso, señora mía, recomendó Lechantre, hágame usted la merced de llevar este paquete al comedor..., pero con precaución. Es un vino superior que por su vejez tiene derecho á todas las consideraciones.

Las tres mujeres salieron. Cuando Langlois y Lechantre quedaron solos, el artista invitó al médico á sentarse junto á él en un diván, le ofreció un cigarrillo, encendió otro, y le preguntó:

— ¿Puede saberse, doctor, por qué envía usted al Mediodía á nuestro amigo Santiago? ¿Teme usted que tenga dañado el pecho?... ¿Le considera usted gravemente enfermo?

— No, no tiene nada grave. Una ligera neurosis con ruidos anormales en los movimientos cardíacos y nada más. Nuestro amigo ha abusado de sí mismo desde su gran éxito en la última Exposición. Son muchos los encargos de cuadros que se le han hecho, y como no estaba acostumbrado, el triunfo se le ha subido á la cabeza, y ha hecho esfuerzos superiores á sus fuerzas para cumplir todos los compromisos contraídos. Además, las hermosísimas é incomparables mundanas que constituyen lo que se llama *todo París*, y que son verdaderas ovejas de Panurgo, tenían curiosidad de conocer al pintor de quien con tanto encomio hablaban los periódicos, y le han puesto en el grave peligro que ofrece la asistencia á sus *soirées*; Santiago ha tenido la debilidad de prestarse á tales exhibiciones. Cuando se ha estado trabajando todo el día, ir á los salones á las diez de la noche para no volver á casa hasta la mañana, es un conato de suicidio que debía estar previsto y penado en el Código. Se necesita poseer un sólido fondo de reserva vital para resistir, y ese fondo no lo tiene Santiago; á pesar de su constitución robusta, los años primeros del arte, de que hablaba usted antes, le han anemiado, si así puede decirse, le han enervado, le han fatigado por demás, y por esto ahora el corazón no funciona tan regularmente como se necesita.

— ¡Diablo!, ¡diablo!, murmuró Lechantre, contristado; pero usted me le va á curar, ¿no es verdad?... No quiero que se nos eche á perder un muchacho que será dentro de pocos años honor y gloria de la pintura francesa.

— ¡Oh! Sí, es cierto; tiene mucho talento, afirmó el médico.

— ¡Ya lo creo que tiene talento!, exclamó el artista con entusiasmo. Jamás he visto ningún otro mejor dotado. Admirable golpe de vista, sentimiento, gusto, ejecución... Todo, todo lo tiene ese demonio de chico... Yo lo puedo asegurar, yo que le he seguido paso á paso desde el día que, encogido y tembloroso con su traje de provinciano, vino á presentarme sus primeros dibujos... Había en aquellos croquis tomados del natural una seguridad, una valentía, una verdad, un sabor... que me dejaron embobado como ante un espectáculo maravilloso... Le hice trabajar conmigo, y nadie podría imaginar con qué pasión, con qué tenacidad ha trabajado. Le he visto llorar de rabia delante de un modelo que no acertaba á colocarse con la expresión y en la actitud que él quería... Crea usted que sabe bien, pero muy bien, el oficio, y á los veintiocho años ha llegado á conseguir lo que los impresionistas entreveían, pero no han podido jamás ejecutar: la vida y la expresión de las figuras moviéndose al aire libre. Todos los adeptos de la pretendida escuela *modernista* han querido ensayar, pero en vano, porque les falta la precisión del dibujo y el arte de la composición, sencillamente. Cuando Santiago ha llegado á la Exposición con sus cualidades de ejecución, su sencillez, su emoción ante la naturaleza..., los impresionistas han comenzado á reír, pero con la risa del conejo, mientras los aficionados inteligentes se agrupaban delante de aquel prodigio. Y note usted que el niño no ha hecho todavía todo lo que puede hacer... Así, pues, doctor, hay que conservarle á toda costa, y que no se nos quede entre las manos. Hay que velar por él, vigorizarle, recomponerle, dejarlo, en fin, como nuevo, y que el corazón y el cerebro funcionen con toda regularidad.

— No tenga usted cuidado, amigo mío. Cinco meses de permanencia en el litoral, una vida tranquila de planta delicada al sol, ningún exceso de trabajo, nada de vigiliias ni de cuidados, y Santiago quedará como nuevo, como usted dice... Estoy más seguro de la eficacia del tratamiento, porque sé que Santiago no se va solo y que tendrá por auxiliar á Teresa. Es una mujer muy inteligente y que me parece que ama verdaderamente á su marido. ¿No es usted de mi opinión?

— ¿Teresa?... No solamente adora á su marido, sino que también le comprende. Tiene un talento muy claro, un buen sentido incomparable, y siempre ha aconsejado bien á Santiago. Sí, doctor, Teresa es un corazón de oro, enérgi-

ca, firme, leal y sincera. Ha traído de su provincia todas las cualidades indispensables para un hogar de artista, cualidades preciosas cuando no las empujara, como en su cuñada Cristina, esa ruindad de alma que suelen producir los hábitos de la vida campesina. En fin, Teresa es la única mujer que me ha hecho dudar de la rigurosa exactitud de una teoría exclusivamente mía...

— ¿Tiene usted una teoría?, interrumpió Langlois con una sonrisa un poquito irónica, ¿se puede saber qué teoría es esa?

— Sí, señor, prosiguió el pintor; creo que un artista no debe casarse hasta después de haber llegado á la plenitud de su desarrollo, cuando ya está tan seguro en su éxito como una muralla sobre sus cimientos... Hasta ese momento, la intervención de la mujer, con sus exigencias, sus caprichos, sus fantasías, su intolerancia, sus celos, sus aprensiones y suspicacias puede perjudicar considerablemente á la buena dirección y á la expansión del talento... Por esto permanezco yo soltero. Sin embargo, desde que he tenido el gusto de conocer á Teresa confieso que si, en tiempo oportuno, hubiese encontrado mujer como ella, quizá hubiérame hecho renegar de mis principios y enviar al diablo mi teoría... Así es que estoy persuadido firmemente de que rodeará á su esposo de los más exquisitos cuidados morales y materiales; y si para que se restablezca no es preciso otra cosa que buen régimen y reposo...

— Nada más. Afortunadamente no hay lesión en el corazón y nuestro amigo recobrará fácilmente la salud si observa exactamente el plan curativo que le he dispuesto... En este caso respondo de su vida...

— Mucho me complace oír á usted. Habiendo tantos imbéciles que disfrutaban la más perfecta salud que yo para mí deseo, sería una grande injusticia que un mozo de tan colosal talento se malograra... La naturaleza no produce todos los días artistas de tan altos vuelos, y la escuela moderna necesita á nuestro Santiago para que los discípulos de la misma sigan el camino derecho...

— Me parece que aquí se habla de mí, dijo desde fuera una voz un poco opaca.

— Sí, hijo, sí, replicó Lechantre, de ti se habla, y aunque tienes la mala costumbre de oír detrás de las puertas, esta vez no has oído hablar en tu disfraz, como suele suceder á los que escuchan, si es cierto aquello de que «quien escucha, su mal oye.»

Santiago Moret entró alegre, sonriente. Era pequeño como su madre y su hermana, sólidamente formado, ligero, ágil, con brazos y piernas de excelente musculatura. Su morena fisonomía era sumamente expresiva. No era hermoso en la clásica acepción de la palabra, pero en los rasgos irregulares de su rostro había una espiritualísima movilidad encantadora. La frente arqueada, la nariz un poco respingada, los ojos pequeños, penetrantes y escudriñadores, los contornos firmes y carnosos de la boca rodeada de una barba negra corta, indicaban que el sujeto poseía fuerza de voluntad y carácter decidido; pero cuando cesaba en él la tensión de la seriedad y la reflexión, y aparecía en sus labios la sonrisa, su boca adquiría una graciosa movilidad y reflejábanse en sus claros ojos una expresión picaresca y á las veces una ternura simpática y seductora; solamente la palidez de las mejillas y un ligero tinte violado en los párpados inferiores revelaban algo de enfermizo en aquel sólido organismo de aldeano.

Porque había seguido siendo un aldeano, á pesar de su apariencia correctamente elegante y del barniz parisiense que había adquirido con suma facilidad. En ciertos momentos el ardor de la mirada, el pliegue nervioso de sus labios denunciaban una naturaleza indómita, apasionada, á la que la exasperación podía llevar á los mayores extremos.

— Me hice esperar, dijo, estrechando con efusión las manos del pintor y del médico; perdonen ustedes... Pero cuando se va á emprender un largo viaje hay que poner orden previamente en los negocios... Sobre todo, añadió mirando al doctor, cuando el viaje se emprende en obediencia á las órdenes inapelables del médico.

— Es cosa averiguada, exclamó jovialmente Lechantre, que sólo necesitas un poco de tranquilidad. Ahora mismo me lo decía este simpático doctor: un hombre como tú no está malo cuando no quiere estarlo.

— De todos modos, repuso el joven artista, mi enfermedad no me quita el apetito. Estas dos horas de discusión que he tenido con el prójimo que me vende los cuadros me han extenuado, y vengo con una gazuza más que regular. Y como creo que sólo yo faltaba, pareceme que podemos pasar al comedor, puesto que ya estoy aquí.

— Un minuto, interrumpió el doctor. Desabróchate la americana y el chaleco, y ven aquí para examinarte otra vez.

Obedeció Santiago con la mayor humildad, y el médico aplicó el oído al lado izquierdo del pecho del enfermo, auscultándole con la mayor solicitud, mientras Lechantre, contemplando el grupo que formaban el artista y el hombre de ciencia, procuraba en vano leer el pensamiento de éste en su impassible rostro.

— Me parece, dijo Langlois después de un momento, que has subido una escalera demasiado de prisa.

— No, aseguro que no, replicó Santiago.

— No te muevas, que no he concluído.

Volvió á empezar la auscultación, poniendo, si era posible, más atención, sin que su fisonomía, á despecho de Lechantre, revelara su pensamiento. Al fin, el doctor levantó la cabeza con un movimiento rápido.

— ¿Y qué hay, viejo Casandra?, preguntó Santiago bromeando.

— Nada nuevo, todo sigue muy bien. Lo que te recomiendo cuando estés allá es un régimen tónico, reposo y baños de tilos no muy calientes.

— ¿Y podré trabajar en mi cuadro?

— ¡Oh! No, no; me harás el favor de ser holgazán por algún tiempo. Niza es una ciudad que ofrece al ocio innumerables delicias. Resígnate á la ociosidad durante cinco meses, y á la vuelta verás cuánto y qué bien trabajas.

— Pero ¿no vienen ustedes, sempiternos habladores?, preguntó la señora Moret desde la puerta del comedor. Bueno se va á poner el almuerzo; el arroz pasado, las chuletas frías...

Acudieron inmediatamente al comedor donde esperaban las tres mujeres. El comedor era una pieza alegre, pintada de verde claro, sobre el que resaltaban los vivos colores de las porcelanas y barros de Aprey, coleccionados por Santiago en la montaña. Sentáronse todos á la mesa, y el almuerzo comenzó silenciosamente. A pesar de los esfuerzos que hacía Lechantre para animar la conversación, no lo conseguía. La perspectiva de una próxima separación influía sobre todos; solamente Lechantre y el doctor Langlois hacían honor á la excelente cocina de la simpática mamá. En cuanto á Santiago, bien se advertía que había querido engañarse á sí propio, asegurando que sus quehaceres de la ma-

ñana habían estimulado su apetito; trituraba la carne en la boca y no la pasaba sin mucha dificultad. La idea de abandonar á París, de interrumpir durante cinco meses sus relaciones y sus costumbres le ponía melancólico y le contrariaba por todo extremo; además, le consternaba la prohibición de trabajar en un espacio de cinco ó seis meses. Veía en esta obligación de renunciar temporalmente á la pintura una especie de humillante abdicación, un síntoma evidente de penosa y prematura decrepitud. «¿Estoy ya, pensaba, tan echado á perder que he de vivir sujeto á un régimen estrecho, medicinándome como un viejo?..» Haciéndose estas reflexiones, levantó la cabeza y sorprendió la mirada profunda de Teresa fija en él, en una contemplación tan tierna como ansiosa. Por esa infalible intuición de los corazones amantes, la joven esposa adivinaba las preocupaciones del artista y le enviaba una cordial mirada de aliento y esperanza, una protesta dulcísima de amor y de fe en el porvenir, á la que Santiago correspondió con una de sus más cariñosas sonrisas.

Bajo sus párpados beatamente inclinados, Cristina sorprendió al vuelo este cambio de afectuosas miradas, y no pudo reprimir un movimiento imperceptible de despecho. Tampoco Cristina comía; el mal humor provocado por el trastorno de los preparativos del viaje y por el disgusto que le causaba la obligada permanencia en París le había quitado el apetito. Habíase convenido que durante la ausencia del matrimonio, ella y su madre ocuparían la habitación de Santiago, y este alejamiento del país en pleno invierno, en oposición con sus aficiones y sus devociones campesinas, la contrariaba extraordinariamente. No perdonaba á la señora Moret haber consentido en salir de Rocatallada para complacer á su Benjamín. Al mismo tiempo sentía cierta envidia celosa de hermana desdeñada, espiando las demostraciones de ternura de la gentil pareja. Viendo festejado y mimado por todos á su hermano, se exacerbaba su mal humor de solterona, y se preguntaba: «Pero, Señor, ¿qué tiene de extraordinario mi hermano para tantos mimos y para que todos le contemplen como en adoración?»

La señora Moret, por su parte, se multiplicaba para servir á sus convidados, y se movía de un lado á otro, excitándoles á comer, á beber, y todo esto lo hacía para disimular su emoción y también para que no se notase que no probaba bocado.

— ¡Usted no come!, decía á Lechantre... ¿No le parece á usted bueno este pollo?.. Pues yo le encuentro ternísimo. ¿Acaso no está bien sazonado?

— Lo encuentro excelente, contestaba el pintor con la boca llena; bien se conoce que ha sido asado en el horno y que no emplea usted en su cocina los aparatos de gas recientemente introducidos. Un pollo asado á la llama del gas no estaría dorado como éste, ni tendría este rico sabor tan delicado...

— Tiene usted mucha razón, añadía la buena señora; usted lo entiende. Y así halagaba las pretensiones culinarias del pintor, que se preciaba de ser muy inteligente... ¿Y la ensalada? ¿Qué le parece á usted esta ensalada?

— Exquisita, mi querida señora Moret... Esta lechuga tan admirablemente aderezada, y se necesita mucho talento para aderezar bien una ensalada, le lleva á uno la primavera al corazón, es decir, que rejuvenece á quien la saborea. A propósito, ¿no le parece á usted que ha llegado el momento de presentar la sorpresa?.. Tenga usted la bondad de darme las botellas que están sobre el aparador... Esto, amigo Santiago, repuso Lechantre, descorchando una de las botellas con paternales precauciones, es un vinillo viejo de Barincourt, cosechado en mis propias viñas hace diez años, y he querido que hoy bebas de este néctar para que al partir lleves en los labios el sabor del vino que sabe hacer tu maestro y compañero.

Y al mismo tiempo Lechantre servía á todos del precioso licor, mostrando á la contemplación general el límpido color de rubí. Él lo probó el primero, paladeándolo solemnemente, en la actitud de un conocedor peritísimo en tan importante materia.

— Esto, exclamaba, es verdadero jugo de uva, sin otro manipulador que el sol de allá abajo... Este es un vino que hay que beberlo de rodillas, un néctar de los dioses... ¿Qué te parece, buen mozo?

— Es perfecto, querido maestro, contestó Santiago sonriendo; cuando se bebe este vino parece que deja el paladar forrado de terciopelo como un estuche.

— Te enviaré unas botellas á Niza para que no olvides á los camaradas del país. Y ahora, amigos míos, á la salud de todos; brindo también porque esta dulcísima pareja de enamorados haga un feliz viaje, y en fin, por el terreno bendito que produce este vinillo.

Chocáronse los vasos, y luego, como el *bouquet* especial del vino de Barincourt había evocado el recuerdo del rincón de provincia de donde procedían todos los presentes, desatóronse las lenguas, se recordaron los conocimientos y amistades comunes, las historias de gentes del país, las partidas de caza, las jiras, los estudios del natural, y pasó el tiempo en una conversación animadísima é igualmente agradable para todos.

Sin embargo, á medida que avanzaba el tiempo, un malestar indefinible volvió á apoderarse de la familia Moret, y la conversación languideció. Sentían todos más ó menos esa especie de fiebre que precede á un viaje. Los que se van quisieran haberse ido ya y verse libres, por consiguiente, de las emociones de la despedida, y los que se quedan no saben ya qué decir después de haber agotado todo el vocabulario de los buenos deseos, de las recomendaciones y encarecimientos acerca de la salud en un país nuevo, y ponen una cara muy triste, pensando que pronto va á sonar la hora del último abrazo y del último beso desde el estribo del vagón.

— ¡Las tres ya!, suspiró la señora Moret, oyendo, arrasados de lágrimas los ojos, las tres campanadas en el reloj del taller. Mañana á estas horas estaréis muy lejos de mí, hijos míos...

— Mañana á estas horas, dijo Santiago procurando mostrarse contento y jovial, estaremos en San Rafael y nos acordaremos mucho de mamá.

— ¿Pero ya son las tres?.., exclamó el doctor Langlois, y yo aquí tan tranquilo como si hubiera olvidado á mis enfermos... Adiós, adiós, querido Santiago, buen viaje; no olvides mis saludables consejos y escribeme...

El médico salió el primero, Teresa y la señora Moret subieron á sus habitaciones para recoger algunos objetos, y Cristina, que no pensaba acompañar á los viajeros hasta la estación, se quedó en el comedor, recogiendo la vajilla y guardando lo que no se había usado en el almuerzo.

Lechantre se proponía acompañar á sus amigos al camino de hierro de Lyon, y luego á la mamá á casa. Mientras llegaba el momento de la partida fué con Santiago á fumar su pipa en el taller del querido discípulo.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

JUAN TYNDALL

La muerte de Tyndall, acaecida el día 7 de diciembre último, deja en la ciencia un vacío difícil de

servó hasta 1887. En 1866 sucedió á Faraday como consejero científico de la *Trinity House*; en 1872 dió en los Estados Unidos una serie de conferencias científicas cuyos beneficios, que excedieron de 130.000 francos, se repartieron entre el Colegio Columbian de Nueva York, el Colegio Harvard de Boston y la Universidad de Pensilvania de Filadelfia.

Las controversias de Tyndall sobre asuntos científicos han tenido una resonancia tan grande como sus trabajos y conferencias, y sus ideas filosóficas le valieron duros ataques de los cristianos ortodoxos y levantaron contra él, en Inglaterra, una oposición teológica cuya efervescencia no se había calmado aún cuando en 1887 abandonó la vida activa para retirarse á las soledades de Hindhead y de los Alpes, que tanto le deleitaban.

Tyndall gozó también de gran reputación como alpinista, y desde 1856 puede decirse que no dejó de visitar ningún año las montañas suizas: él fué el primero que solo y sin guía realizó la ascensión al Weisshorn y al Mont-Rose. Sus viajes alpinos están consignados en dos obras, *The Glaciers of the Alpes* (1860) y *Mountaineering* (1861), que obtuvieron gran éxito y son muy estimadas por los alpinistas y por los geólogos.

Entre sus obras puramente científicas pueden citarse: *El sonido*, *El calor como modo de movimiento*, *La luz*, *Notas sobre la electricidad* y *Fragmentos de ciencia*.

Tyndall, que practicó notables trabajos sobre los gérmenes y polvos del aire, fué uno de los grandes partidarios de las teorías de Pasteur, y contribuyó al triunfo de los métodos quirúrgicos antisépticos por la manera magistral como Tyndall los expuso.

Tyndall, según expresión de un periodista inglés, fué siempre sincero consigo mismo, con sus amigos y con su patria, enérgico en la investigación de la verdad, audaz y á veces brutal en el modo de expresar sus convicciones y nunca temió á los hombres ni á la adversidad; fué, en suma, un verdadero carácter. — E. H.

**

EL FERROCARRIL INTRAMURAL

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO

El ferrocarril intramural constituía una atracción y una novedad en la Exposición de Chicago. Las colosales dimensiones de ésta y la creencia de que á ella acudiría una muchedumbre extraordinaria de visitantes imponían la necesidad de recurrir á medios de locomoción especiales, distintos de los empleados en exposiciones anteriores. Por esto se adoptó la idea de un ferrocarril elevado, movido por un sistema de tracción eléctrica.

La construcción del *Columbian Intra-mural Railway* y todo el material del mismo salieron de los talleres de la *General Electric Co.*, que empezó sus trabajos en 3 de agosto de 1892 y pudo hacer funcionar el primer tren en 20 de abril de 1893.

Los generadores eléctricos que proporcionan la corriente al intramural y al *side walk* (otro medio de locomoción originalísimo) estaban instalados en un gran edificio especial denominado *Power House*: la pieza principal de la instalación era indudablemente la dinamo de corriente continua de 1.500 kilowats, que es in-

dudablemente la más potente de cuantas hasta ahora se han construido, y que estaba accionada directamente por un motor Corliss de 2.400 y en caso de necesidad 3.000 caballos de fuerza. Además de ésta había otras dinamos de menor potencia que podían ser enlazadas con aquélla hasta formar una potencia eléctrica total de 2.000 kilowats.

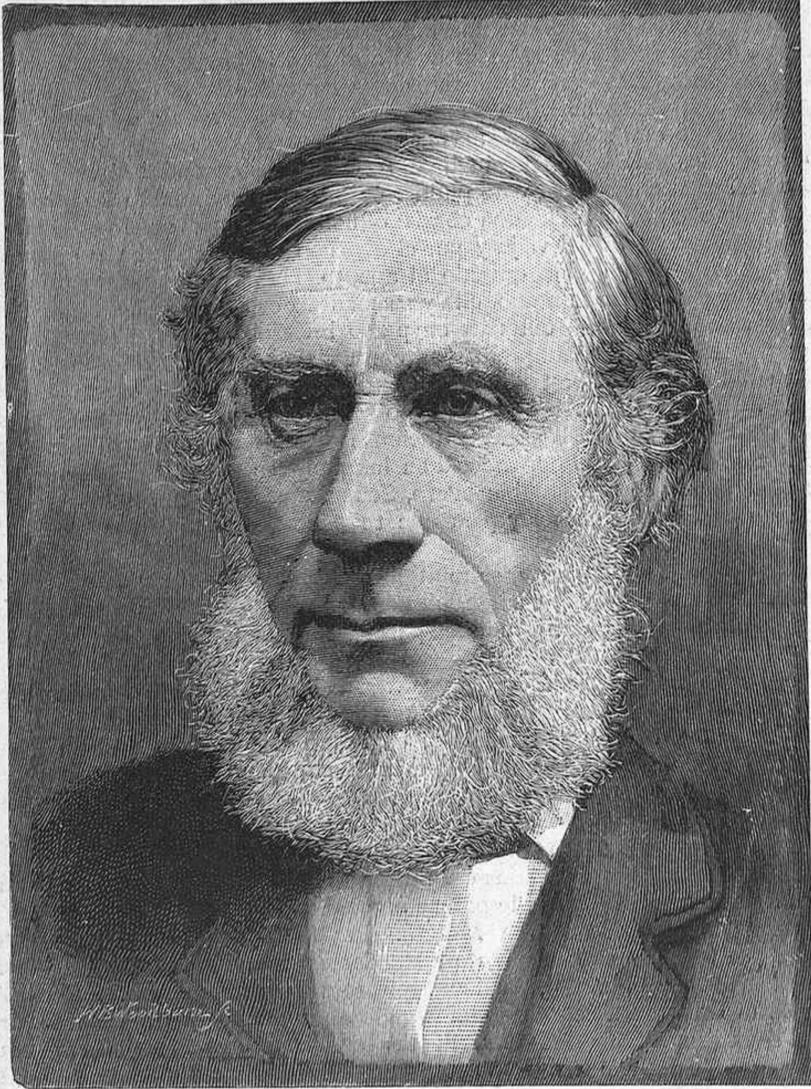
Alimentaban estos motores 10 generadores de vapor calentados por petróleo, cada uno de los cuales podía producir 3.000 kilogramos de vapor por hora.

La vía, completamente aérea, componíase de 4.500 metros de vía doble y de 480 de vía sencilla y se desenvolvía en un trazado sinuoso impuesto por las disposiciones arquitectónicas. Las pendientes de la vía aérea alcanzaban en algunos puntos un 2 por 100 y las curvas en los extremos de línea tenían un radio máximo de 30 metros.

La vía (fig. 1) estaba asentada sobre una serie de estacas cuadradas de madera, de 30 centímetros de lado, que sostenían las traviesas sobre las cuales descansaban hierros en doble T dispuestos longitudinalmente, que á la vez servían de retorno de corriente y que aguantaban los rieles. Además de los rieles de servicio había otros cuatro de iguales dimensiones, colocados á 30 centímetros debajo de aquéllos y montados sobre bloques de madera creosotada para aislarlos. Los dos rieles más próximos á cada vía servían de toma de corriente al *trolley* y los otros dos de *feeders* ó alimentadores: las conexiones entre estos rieles estaban hechas por medio de buenas soldaduras. El retorno de corriente se verificaba por los rieles de servicio y los hierros en doble T que formaban el armazón que descansaba sobre las estacas. El empleo de rieles de un tipo único debióse á consideraciones económicas por el carácter provisional de la instalación.

Las tomas de corrientes ó *trolleys*, en número de cuatro, estaban montadas sobre gruesas planchas de roble y eléctricamente aisladas del vagón: cada una de ellas (fig. 2) se componía de un armazón de hierro con dos brazos en los que se articulaban dos palancas que sostenían una plantilla de roce, de hierro fundido, que por su propio peso rozaba con el riel, pues la articulación sólo servía para que el vagón pudiera ejecutar ciertos movimientos. La conexión entre la plantilla del *trolley* y el conductor que llevaba la corriente al comutador se obtenía por medio de delgadas tiras de cobre flexibles y sobrepuestas. De los cuatro *trolleys* sólo dos, montados en cantidad, servían simultáneamente. Al potencial útil normal de 500 volts y á potencia máxima normal un tren tomaba hasta 1.000 amperes, pasando por consiguiente 500 á cada *trolley*.

Cada tren normal se componía de un coche motor y tres remolcados, pesaba 96 toneladas y podía conducir 400 personas. Los motores del primero eran de



El eminente físico J. Tyndall, fallecido en 7 de diciembre de 1893 (de una fotografía)

llenar: con ese gran sabio desaparece una de las figuras más originales y salientes del presente siglo.

Nació Tyndall en Leighlinbridge (Irlanda), en 21 de agosto de 1820; entró en 1839 en la *Ordinance Survey*, en donde se perfeccionó en los estudios geodésicos; dedicóse en 1843 á la construcción de ferrocarriles, y en 1847 fué nombrado profesor adjunto del Colegio Queenwood, de Hampshire. En 1848 partió para Alemania, y de entonces datan sus primeros trabajos científicos, relativos al diamagnetismo y á las propiedades electro-ópticas de los cristales. En 1852 obtuvo el codiciado título de *Fellow of the Royal Society*, y en 1853 dió la primera de sus célebres conferencias en la *Royal Institution* y fué nombrado profesor de Filosofía natural de ésta, cargo que con-

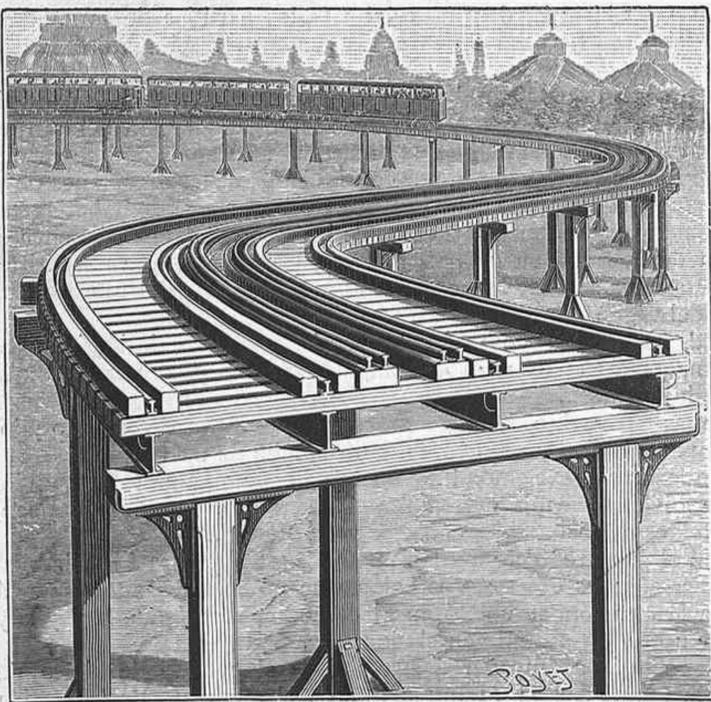


Fig. 1. Detalle de la vía del ferrocarril intramural de la Exposición universal de Chicago

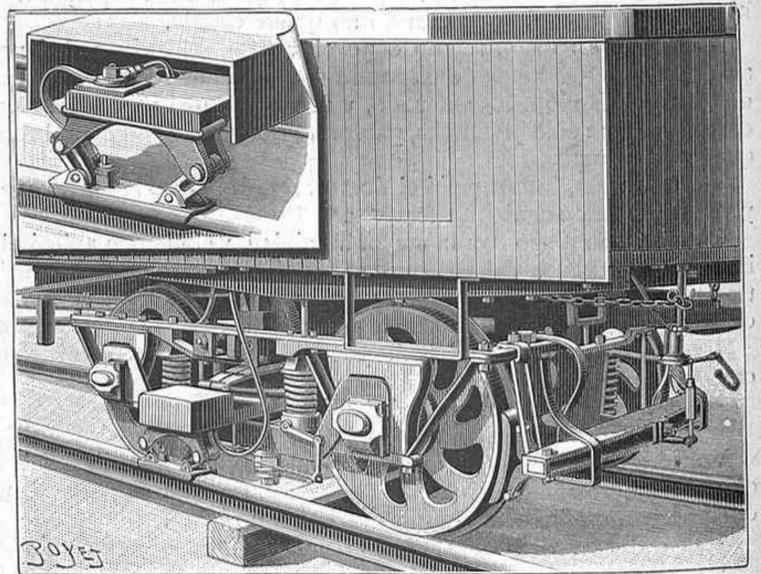


Fig. 2. Colector de corriente del ferrocarril intramural de la Exposición universal de Chicago

100 kilowats y podían dar una velocidad de 48 kilómetros por hora: para la tracción de un tren había cuatro iguales, lo que daba una potencia de 400 kilowats. Gracias á la potencia enorme de que se disponía, el tren podía adquirir muy rápidamente su velocidad, de suerte que á los 100 metros ésta era ya de 16 kilómetros por hora, lo cual es una gran ventaja para un servicio entre estaciones muy próximas y con trenes muy frecuentes. La potencia del vagón motor era muy superior á la de las locomotoras movidas por el vapor que hacen el servicio de los trenes de viajeros en los ferrocarriles *elevated*.

La parte original de la instalación consistía en la maniobra de los conmutadores y de los frenos, todos

los cuales funcionaban por medio del aire comprimido: á este efecto, un pequeño motor eléctrico especial, montado en el vagón motor, hacía funcionar una pequeña bomba de aire que mantenía automáticamente una presión constante en un depósito: este aire era luego distribuido por varias espitas á los pistones que hacían funcionar los conmutadores calculados para 1.000 amperes, sin que el maquinista tuviera nada que hacer, y á los frenos de aire comprimido dispuestos en todos los vagones del tren.

El sistema de desamarre y de cambio de velocidad era también muy original: en el acto de empezar á andar el tren, los cuatro motores estaban aparejados en tensión, y cuando el tren había adquirido cierta velocidad montábase dos á dos en tensión y derivación sobre la canalización; por último, cuando el tren marchaba á gran velocidad montábase en de-

rivación sobre la línea. Algunas resistencias adicionales introducidas en el circuito ó retiradas de él permitían cambiar la velocidad del tren sin sacudidas.

Por la noche los trenes y las estaciones estaban brillantemente iluminados por lámparas incandescentes montadas entre sí en tensión en series de cinco y empalmadas en derivación con la canalización general.

Un viaje completo en el intramural constituía uno de los medios más rápidos, más cómodos y más agradables de formarse una idea general del conjunto de la *World's Fair*. El día 4 de julio de 1893, aniversario de la independencia de los Estados Unidos, transportó ese ferrocarril más de 63.000 viajeros: el número de los transportados en junio fué de 784.756 y en septiembre más de un millón.

El intramural ha sido el ferrocarril eléctrico aéreo más potente de cuantos hasta ahora se han construido: su éxito técnico ha sido completo, pues ha correspondido á las esperanzas más optimistas de sus iniciadores y organizadores, y su éxito financiero habría sido mucho mayor si su trazado se hubiese ajustado mejor á las necesidades de los visitantes de la exposición. De todos modos constituye una prueba cierta de la practicabilidad de los ferrocarriles eléctricos elevados, así en las exposiciones como en las poblaciones, pues el tráfico del intramural ha sido durante la exposición no menos activo y difícil que el de los ferrocarriles aéreos de vapor de Nueva York y Chicago, con la ventaja de no lanzar torrentes de humo y de no producir el ruido insoportable del otro sistema. — E. H.

(De La Nature)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTEPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOSES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso
 GARNIER et Co. 84, Boulevard des Capucines, París

LICOR LAVILLE GOTA REUMATISMOS
 Especifico probado de la **GOTA y REUMATISMOS**, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.
 F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS
 VENTA POR MENOR.—EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho**, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los **Reumatismos**, Dolores, **Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 81, Rue de Seine.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes**, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del **corazon**, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Especieiones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE HAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

MEDICACION ANALGÉSICA
 Solucion y Comprimidos DE **EXALGINA** DE **BLANCARD**
 JAQUECAS
 COREA
 REUMATISMOS
 DOLORES NEURALGICOS, DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento **CONTRA EL DOLOR**
 PARIS, rue Bonaparte, 40

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energetico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la **Anemia** y el **Apocamiento**, en las **Calenturas y Convalecencias**, contra las **Diarreas** y las **Afecciones del Estomago** y los **intestinos**. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
 Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
 EXÍJASE el nombre y la firma **AROUND**

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 à 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias**, Toses nerviosas, **Bronquitis, Asma**, etc.
 Empleado con el mejor éxito

Gragreas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la **Anemia, Clorosis**, Empobrecimiento de la Sangre, **Debilidad**, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Ergotina y Grageas de BÉRGOTINA BONJEAN **HEMOSTÁTICO** el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el **labor del parto** y **detienen las perdidas**.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París
LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emision de la voz.—Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma **Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS**

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con **BISMUTHO y MAGNESIA**
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de **J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS**

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES



EL MONUMENTO DE WATTIGNIES, EN MAUBEUGE, obra de Fagel

EPISTOLARIO, por D. Víctor Balaguer. — La Redacción de la importante revista *Pro Patria* ha comenzado sus publicaciones con este libro que contiene algunas cartas escogidas entre las que D. Víctor Balaguer tiene publicadas en varios libros y periódicos ó inéditas aún entre los manuscritos del archivo de Villanueva y Geltrú. El renacimiento catalán, el monasterio de Piedra, el idealismo, la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, las ruinas de Poblet, la noche del 25 de julio de 1835 en Barcelona, recuerdos de Italia, la Nochebuena en Cataluña, la tragicomedia *Fernandus Servatus*, recuerdos del Montseny, la literatura catalana, la casa de Moncada, la cuna de Cristóbal Colón, tales son los asuntos que se tratan en las veintiocho cartas que consta el libro, y con enumerarlos y con saber que éstas son del eximio literato y sabio historiador, gloria de Cataluña y de España, creemos innecesario añadir una palabra más para demostrar el interés de un libro lleno de bellezas y útiles enseñanzas. La obra, que forma dos tomos elegantemente impresos y encuadernados, se vende al precio de 8 pesetas y sus productos se destinan al fomento y sostén de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú.

TRATADO LEGAL DE LAS OBLIGACIONES Y CONTRATOS, por D. Cándido de Uzurrun y Orue. — Esta obra es una exposición completa de los principios del Código civil español sobre tan importantes materias con referencias al proyecto de Código de 1851 y los precedentes del derecho antiguo. Su autor, abogado fiscal de la Audiencia territorial, ha realizado con ella un trabajo de una utilidad práctica y de interés general, pues pocos son los que en nuestra vida social no tienen algo que ver con contratos y obligaciones en materia civil. El libro forma un abultado tomo de más de 700 páginas, ha sido editado por D. Pascual Aguilar, de Valencia, y se vende á 4 pesetas.

ALMANACH DE «LA ESQUELLA DE LA TORRATXA.» — Abundancia de bellos grabados originales de los principales artistas españoles y variado y ameno texto de nuestros primeros escritores catalanes, son elementos más que suficientes para componer un conjunto agradable é interesante. Pues bien; todos los reúne el elegante almanaque del popular periódico *La Esquilla de la Torratxa*, que con el éxito de siempre ha publicado el editor don Innocente López y que se vende en las principales librerías á una peseta.

JOGUINAS, per Manuel Rocamora. — La Biblioteca Popular Catalana, siguiendo sus laudables propósitos de popularizar nuestra literatura regional, ha publicado en su volumen séptimo una colección de bellísimas poesías del joven poeta D. Manuel Rocamora, cuyo nombre es bien conocido en las letras catalanas por las composiciones publicadas en diversas revistas literarias y por su drama *La dama de Reus*, estrenado durante la anterior temporada en el Teatro Catalán. *Joguinas*, como los demás tomos de la Biblioteca, se vende á 50 céntimos de peseta.

SOBRE LA V Y LA B EN CASTELLANO, por Alberto Liptay. — El movimiento revolucionario ortográfico adquiere cada día mayor importancia en Chile, en donde se publican multitud de libros y folletos defendiendo la reforma de la ortografía castellana. En el que tenemos á la vista, D. Alberto Liptay trata del empleo de la *v* y de la *b*, completando sus interesantes trabajos con una porción de cartas de notables escritores chilenos sobre el mismo asunto. Contiene, además, un ingenioso discurso sobre la posibilidad de un idioma internacional adoptado por sufragio universal.

ALMANACH DE «LA CAMPANA DE GRACIA.» — En este almanaque se han reunido chispeantes artículos y poesías de los principales colaboradores literarios del popular semanario é intencionados dibujos debidos á artistas tan reputados como Moliné, Apeles Mestres, Pellicer y Foix, casi todos ellos sátiras políticas de oportunidad hechas con inimitable gracia. Editado por don Innocente López, véndese el almanaque á 50 céntimos.

TABLAS ALCOHOLOMÉTRICAS, por Juan Aguilar y Esteve. — Contiene esta obrita las instrucciones necesarias para averiguar el grado real de un líquido espirituoso y una colección de cálculos prácticos para la contratación de alcoholes, siendo por consiguiente muy útil para las muchas personas que á esta clase de negocios se dedican. Véndese á 50 céntimos de peseta.

CANTARES AFRICANOS, por José Carlos Bruna. — Colección de cantares que su autor, distinguido poeta malagueño, divide en cantares de allá y cantares de acá, los primeros puestos en boca de los rifeños y los segundos de los españoles; en ellos habla el sentimiento y se hace ligeramente la historia de lo sucedido en Melilla, mezclada con reflexiones un tanto amargas y con el humorismo que caracteriza al soldado español. *Cantares africanos*, algunos de los cuales han sido publicados en *La Gran Vía*, de Madrid, y en otros periódicos, han sido impresos en Málaga y se venden á 25 céntimos de peseta el ejemplar.

JARABÉ ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
El **JARABÉ DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de aboboles, conviene, sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

CARNE, HIERRO y QUINA

El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la **Carne**, el **Hierro** y la **Quina** constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorosis*, la *Anemia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteracion de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas* y *escorbúticas*, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el *Vigor*, la *Coloracion* y la *Energia vital*.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS
ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. — La caja: 1 fr. 30.**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK**

Querido enfermo. — Fíase Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros **GRANOS DE SALUD**, pues ellos le curarán de su constipación, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO**Pepsina Boudault**

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS - LYON - Viena - PHILADELPHIA - PARIS
1867 - 1872 - 1873 - 1876 - 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DEBORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. de **PEPSINA BOUDAULT**
VINO. de **PEPSINA BOUDAULT**
POLVOS. de **PEPSINA BOUDAULT**

PARIS, Pharmacie **COLLAS**, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.